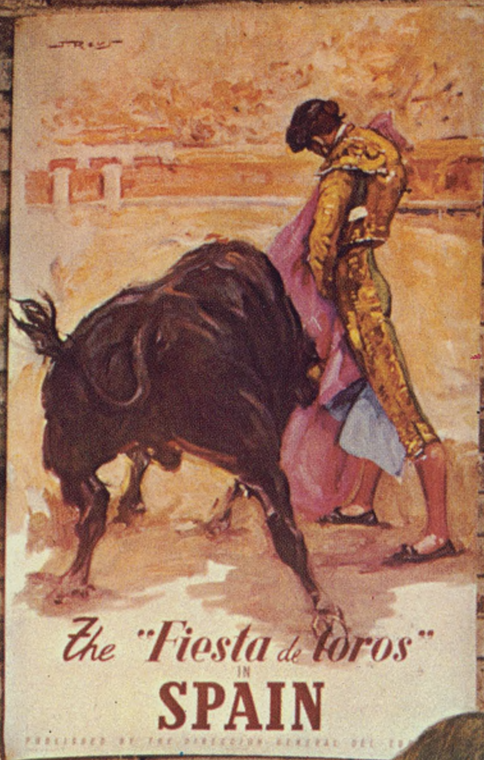
MVNDO HISPANICO



arte de américa y españa

Núm. 182
MAYO
1963
15 pts.

LA CONQUISTA DE LOS ASTROS: LAS LEYES DEL ESPACIO: EL ABISMO Y LA PROFECIA • UN DIA EN LAS CARRERAS • EL TEATRO EN MANOS DE LA JUVENTUD • ESPAÑA Y AMERICA ANTE UNA NUEVA ETAPA DE COLABORACION



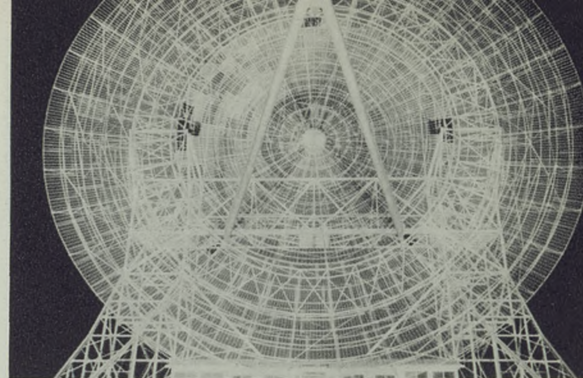


EL SCOOTER MAS FAMOSO DEL MUNDO

182
mayo
1963
Año XVI

MUNDO HISPANICO

Director: FRANCISCO LEAL INSUA
Subdirector: JOSE GARCIA NIETO



HACIA LA LEY DEL ESPACIO



MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

sumario

	PAGS.
PORTADA: **«Figura en ocre y rosa»**, óleo de Fernando Botero (Colombia).	
La ley del espacio, por Rubén Darío y Basualdo	4
Entre el abismo y la profecía, encuesta	8
Fin de semana con la «Chunga», por Francisco Umbral	12
Un día en las carreras, por Rafael Castellano	18
Madrigal de las Altas Torres, por Julio Escobar	23
Concurso de reportajes en MUNDO HISPANICO	28
Arte de América y España	29
Pintura española en París, por M. F. Prieto Barral	41
El libro español en el extranjero, por J. M. de Azaola	46
Gaspar Cassadó, por A. Fernández-Cid	49
Susana Mara, la Antígona argentina	50
Teatro Nacional Universitario	52
Objetivo hispánico	59
Homenaje del Ejército español a los héroes de la Independencia filipina	60
I Congreso de Estudiantes Hispanoamericanos	63
Nuevos horizontes de colaboración entre España y América	66
«El arca de alcanfor», por Alfonso de la Serna	67
Rueda callejera de oficios madrileños, por Juan Sampelayo	68
Pregón de las fiestas de San Isidro, por José García Nieto. (Encarte.)	
La Milana (cuento), por Miguel Delibes	73
Motivo de ángeles (cuento), por Orlando Ferrer	76
Heráldica, por Julio de Atienza	79
Estafeta	80



ARTE DE AMERICA Y ESPAÑA

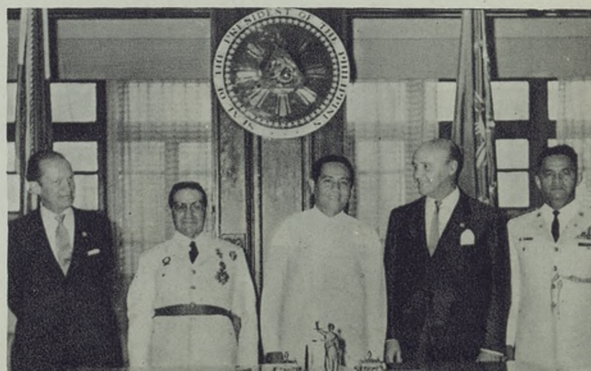


PINTURA ESPAÑOLA EN PARIS



TEATRO NACIONAL UNIVERSITARIO

AMISTAD HISPANO-FILIPINA



DIRECCION, REDACCION
Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria
Madrid (3)

TELEFONOS

Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL
PARA TODOS LOS SERVICIOS

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.)
Oñate, 11 - Madrid (20)

IMPRESO: EN LA FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PAGINAS DE COLOR, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1963 NUMBER 182, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.

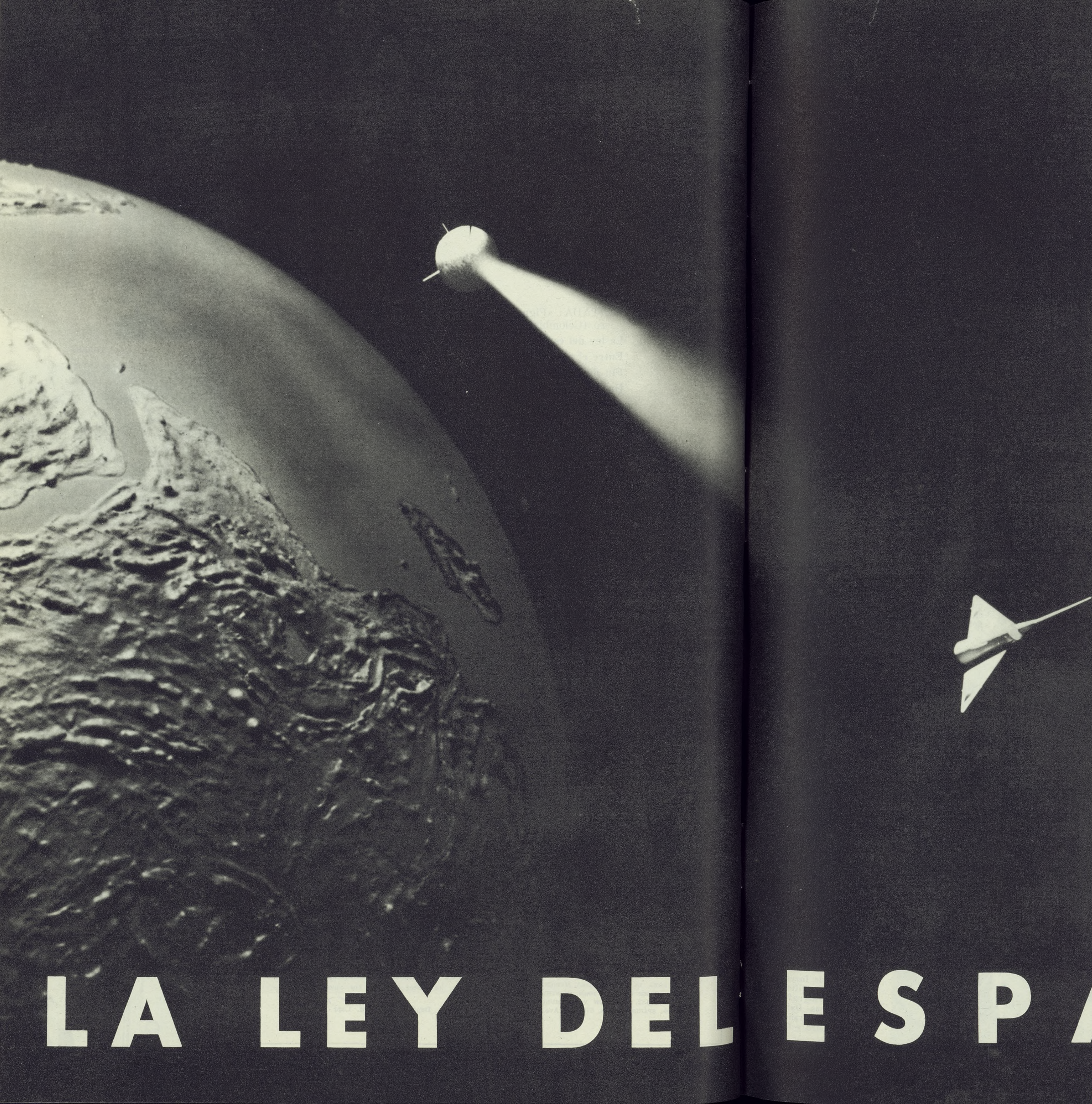
AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 170 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034 - 1958



■ El posible dominio de los astros

■ La fabulosa propiedad de un planeta

■ Hacia un Universo regido por la Tierra

Por RUBEN DARIO Y BASUALDO

«LA posibilidad de una participación por medios propios en la conquista interplanetaria pondrá en evidencia la desigualdad económica y tecnológica de las naciones pequeñas o Estados poco desarrollados para contrarrestar con alguna medida las pretensiones de quienes alcancen el espacio superior, sea para los objetivos que se persigan en provecho propio o con propósitos pacíficos, como también con fines bélicos. De donde la inquietud por tales designios y la necesidad de evitarlos pueden ya presentarse.» — ALDO ARMANDO COCCA.

LA LEY DEL ESPACIO

la ley del espacio

Con esas palabras, escritas en 1957, ponía de manifiesto el autor de *Teoría del Derecho Interplanetario* uno de los problemas más agudos de nuestro tiempo. Y también nosotros tratamos en diferentes oportunidades este tema de tan singular relieve, resaltando la circunstancia de que la inferioridad económica, tecnológica y científica de las naciones del orbe, frente a la tremenda potencialidad de los Estados Unidos y Rusia, traería como consecuencia la estructuración de nuevas unidades económico-políticas, que cambiarían de hecho—como está sucediendo actualmente—el mapa socio-político de nuestro mundo libre.

La conquista del espacio

En nuestra obra *La conquista del espacio y sus repercusiones en la vida internacional* hacíamos notar que el presupuesto de la N. A. S. A. (Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio) para 1961 estaba cercano a los mil millones de dólares, y que destacaba el ingeniero Teófilo Tabanera, en un artículo de *La Nación*, de Buenos Aires, la circunstancia de que «el total del plan para los diez años significará una cifra superior a los veinte mil millones de dólares, con un presupuesto de gastos de cerca de los dos mil millones para el año 1965 y cerca de cuatro mil millones para fines del decenio». Nosotros llegábamos a la siguiente conclusión: «Si pensamos que desde 1960 hasta el presente se ha ido intensificando ininterrumpidamente la carrera por la supremacía espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como consecuencia de la creciente tensión política internacional, y que ahora el próximo objetivo de la cosmonáutica es la conquista de nuestro satélite natural, podremos medir la magnitud del esfuerzo de las naciones más poderosas de la Tierra, imposible de parangonar con nuestras rudimentarias estructuras económicas, tecnológicas y científicas.»

Volvimos a abordar esta importante cuestión económica en nuestra conferencia *La condición jurídica de la Luna y los planetas*—pronunciada en la sede del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, el 21 de marzo de 1963—, en la que afirmamos que el primero que alcance la superficie lunar escribirá, sin duda, el primer capítulo del Derecho cósmico del porvenir.

Si pasamos a considerar ahora el problema de la conquista de la Luna—próxima etapa en la pugna espacial entre los dos colosos que se disputan la supremacía política de nuestro planeta—, debemos recordar que Wilfred Jenks era de la opinión, en el año 1956, de que el espacio interplanetario debía considerarse una *res extracommercium*. Y señalaba: «¿Pero puede decirse lo mismo respecto de los inocupados territorios de la Luna o de cualquier otro planeta? ¿Son tales territorios susceptibles de ocupación? En este caso, ¿qué clase de título debe ser invocado y por cuánto tiempo y qué grado de efectividad debe alcanzar la ocupación para perfeccionar el título?»

El mismo Jenks daba una respuesta adecuada a tales interrogantes, al expresar que el ideal sería convenir que la soberanía sobre los territorios no ocupados en la Luna y demás planetas o satélites recayese exclusivamente en las Naciones Unidas. «Fallando esta solución—aclara—, el título a la ocupación del territorio podría ser determinado por aplicación de las usuales reglas concernientes al descubrimiento y ocupación, con las necesarias adaptaciones y análogos problemas a los que surgieron durante la partición de Africa, o, aún con más aproximación, los surgidos más recientemente, con motivo de la Antártida. Aunque un territorio no ocupado en la Luna u otro planeta o satélite se considerase de apropiación nacional, también debería ser considerado como susceptible de ocupación por las Naciones Unidas...» «Sería razonable—concluye—que todo territorio que fuera objeto de apropiación nacional estuviese sometido a un sistema de fideicomiso internacional.»

Antes de seguir debemos decir que consideramos que Jenks no estaba equivocado al sostener que, a falta de un estatuto particular para el espacio interplanetario, los principios clásicos del Derecho internacional planetario (terrestre) debían ser considerados de aplicación en el supuesto de la conquista de la Luna y demás cuerpos celestes de nuestro universo solar.

Derecho internacional cósmico

Pero podemos agregar algo más a lo dicho: que el Derecho internacional interplanetario del futuro irá formándose sobre la base del Derecho internacional terrestre, por lo que constituirá una evolución de esta disciplina jurídica y una adecuación de los principios fundamentales de ese mismo Derecho a los problemas de nuevo cuño que suscite la conquista del espacio cósmico y de los planetas.

Ya el internacionalista español Modesto Seara Vázquez ponía de relieve en su interesante libro *Introducción al Derecho Internacional Cósmico* que esa para él «nueva rama del Derecho» guarda íntimos contactos con el Derecho internacional. «Puede considerarse—afirma—el Derecho interplanetario como el Derecho que regula las relaciones entre Estados, respecto al espacio interplanetario. Así, sus diferencias con el Derecho internacional son mínimas, y nosotros podríamos concebirlo, bien como una rama del Derecho internacional o bien como una disciplina independiente del Derecho, inspirada, sin embargo, en el Derecho internacional. Su base sería la misma de éste. Y aquí encontramos el laberinto de doctrinas que buscan un fundamento al Derecho internacional.»

Y después agrega: «Desde luego, si se considera que el Derecho interplanetario forma parte del Derecho internacional, la misma base puede ser atribuida a los dos. En realidad no podría discutirse la íntima relación existente entre el Derecho internacional y el Derecho interplanetario.»

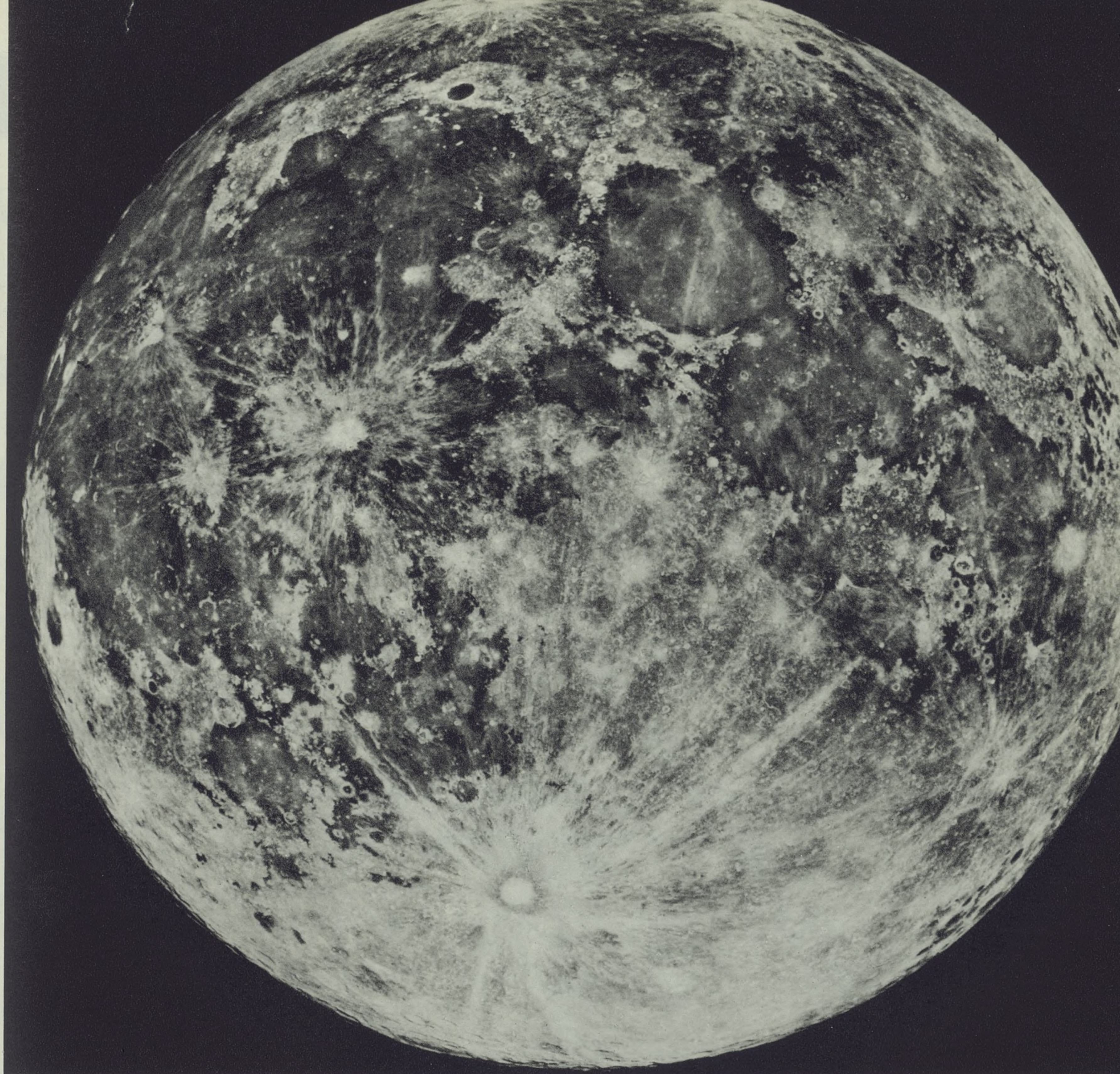
Debemos aclarar en este momento que una cosa es la visión *inmediata* de los problemas que suscita la conquista de la dimensión espacial y otras las perspectivas *mediatas* que plantea ese mismo acontecimiento de carácter extraordinario.

Cuando hablamos hoy del Derecho astronáutico y del Derecho interplanetario, lo hacemos con un criterio «geocentrista», lo que distorsiona la perspectiva «cósmica» del mundo futuro. Por ahora, los problemas «interplanetarios» son los «extraterrestres». Mañana, cuando sea una realidad la vida humana en un plano cósmico, la Tierra no será sino *una* de las residencias planetarias del hombre del futuro. Debemos recordar aquí que el fin mediato de los vuelos espaciales y de la empresa de la Luna y demás cuerpos fríos de nuestro universo es el establecimiento de «colonias» de terrícolas, lo que, en caso de lograrse, habrá de señalar el comienzo de una vida humana interplanetaria.

Terminábamos esa conferencia sobre *La*



Sobre «La condición jurídica de la Luna y los planetas» pronunció una conferencia en el Instituto de Cultura Hispánica don Rubén Darío y Basualdo, catedrático y director del Instituto de Derecho Aeronáutico y del Espacio de la Universidad Centroamericana. Al fin del acto les fueron entregados los diplomas de miembros correspondientes de este Instituto a don Antonio de Luna García, don Gregorio Marañón, don Luis Tapia Salinas y don Pedro Rubio Tardío. Don Rubén Darío recibió asimismo el de miembro correspondiente del Instituto Francisco de Vitoria, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En la fotografía. los señores Darío. De Luna, Marañón, Prieto Castro y Rubio Tardío.



Fotografía detallada de la Luna en un instante de máxima iluminación.

condición jurídica de la Luna y los planetas con estas palabras: «No seguiremos reseñando las distintas opiniones de los juristas sobre un tema de tan candente actualidad. Sólo cabe señalar que las mismas oscilan entre una tesis *internacionalista* (de Derecho internacional terrestre) y otra de perspectivas *interplanetarias* (de Derecho internacional interplanetario o cósmico). Ambas opiniones son dignas de meditación. La solución *internacionalista* puede plantear serios problemas de naturaleza política, que pondrían en juego la paz mundial. La tesis *interplanetaria* es la que debería triunfar, para el bien de las naciones terrestres. Sin embargo, en su universalismo, parte de una premisa más alejada de la realidad política internacional. Prima en ella el *deber ser* sobre el *poder ser*. Es una síntesis de las esperanzas de los hombres de Derecho—y en general de todos los hombres de buena voluntad—que desean con todas las fuerzas de su espíritu que la conquista de una nueva dimensión—la del espacio—sirva para lograr el bien de toda la humanidad, y no la destrucción de la vida humana sobre el planeta.» Y no podemos cerrar estas líneas sin hacer mención del *poder espacial* de las naciones, al que definimos ya en 1960 (en nuestra obra *La política en la era del espacio*) como «la capacidad efectiva y potencial de los Estados de enviar al espacio superior de nuestro planeta vehículos autopropulsados, cualesquiera fuesen los fines que se persigan».

Dijimos también en aquella ocasión que no es posible considerar la eventualidad de un probable Derecho astronáutico e interplanetario sin tomar en cuenta la influencia decisiva de la política espacial, a la cual, ineludiblemente, habrán de subordinarse las disposiciones jurídicas que regirán la actividad del hombre en el espacio.

De Oppenheimer a Teilhard de Chardin

Recordemos, con Ernst Wagemann, que «en la política mundial la democracia ha tomado la forma de un monstruo bicéfalo, pues tanto el hemisferio oriental como el occidental pretenden ser democracias grandes y poderosas. Ambas partes se enfrentan esgrimiendo un poder más o menos igual, el de las armas, cuyo despliegue podría hacer estallar el globo terrestre, según lo teme la ciencia seria. Nos estremecemos de horror cuando la fantasía se imagina cómo el hombre y la Tierra se precipitarán en una catástrofe parecida al ocaso de la Atlántida».

Sin embargo, después de analizar a conciencia estos problemas de la Economía, del Derecho y de la Política del Espacio en otra conferencia que pronunciamos en la Escuela del Estado Mayor del Ejército de España—a la que titulamos *La cuarta dimensión de la guerra*—, llegamos a la conclusión de que el hombre del alborear de la Edad Cósmica no puede estar tan ciego como para no comprender que una nueva conflagración mundial sería el *suicidio* de la especie humana, la que ahora—con la Astronáutica, la Atomística y la Cibernética—ha llegado, como hace notar Erwin Oppenheimer en su libro *Prisioneros del mundo atómico*, «al umbral de la era fabulosa en el momento en que se hace técnicamente posible producir alimento para su hambre, evitarle el suplicio del frío y del calor, liberarle del yugo de las fuerzas ciegas de la naturaleza, organizar finalmente una sociedad conforme a su carácter: la de la verdadera libertad».

Y digamos con el sabio jesuita padre Teilhard de Chardin que, «económica y espiritualmente hablando, la edad de las civilizaciones ha terminado: comienza la de la civilización».— R. D. B.

entre el abismo



Radiotelescopio utilizado para el estudio de las radiaciones galácticas.

LA LEY DEL ESPACIO

y la profecía

El tema actualísimo de la investigación y dominio del espacio plantea varias incógnitas, varias cuestiones que los técnicos y los juristas tratan de despejar. A tres de ellas hemos pedido respuesta de la autorizada opinión de otros tantos especialistas. Don Luis Tapia Salinas, profesor de Derecho Aéreo y del Espacio de la Facultad de Derecho de Madrid y jefe de la Sección de Derecho Aeronáutico del Instituto Francisco de Vitoria. Don Pedro Rubio Tardío, teniente coronel auditor del Aire, miembro de la «Société International de Droit Militaire et Droit de la Guerre» y del Instituto Francisco de Vitoria. Don Antonio de Luna García, catedrático de Derecho Internacional Público de la Facultad de Madrid; miembro del Instituto de Estudios Políticos, Sección de Relaciones Internacionales, y embajador de España.

Estas fueron nuestras preguntas:

1 Supuesto el interés científico, ¿qué compensación se logrará de la conquista del espacio?

2 Los "territorios" de la Luna o de otros astros, ¿son susceptibles de ocupación?

3 ¿Cómo se regularía el uso y exploración de esos "territorios"?

Luis Tapia Salinas:

EL MODERNO DERECHO INTERNACIONAL ESTA EN TRANCE DE REVISAR SUS DOCTRINAS

1 No estoy en condiciones de determinarlo, pero mucho me temo que uno de los principales motivos por los que se está tratando de conseguir este objetivo es el de lograr un poder y dominio verdaderamente preponderante. Probablemente, en el futuro, el dueño del espacio será dueño del mundo. De aquí los esfuerzos en el aspecto internacional para tratar de eliminar un monopolio de poder, aunque esto no deba llevarnos de ningún modo a la aceptación forzosa de un bipolio, tal y como la situación parece planteada.

2 La contestación a esta pregunta lleva consigo, con carácter previo, el resolver el problema de la naturaleza jurídica de ese satélite y planetas.

Si los consideramos como «res nullius» (esto es, cosa de nadie), no cabe duda de que podrá admitirse con ciertas condiciones la ocupación de cualquier Estado, cumpliéndose, naturalmente, aquellos requisitos de voluntad, efectividad y publicidad que suelen ser exigidos por el Derecho internacional.

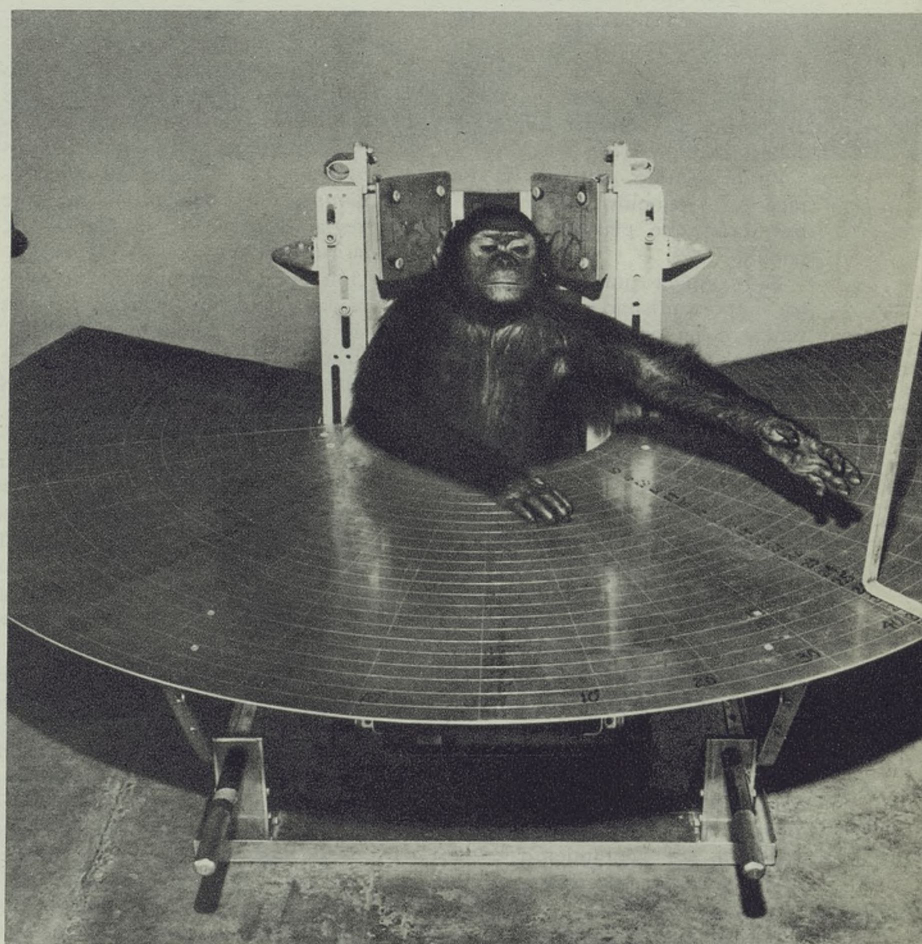
Si, por el contrario, se los considera como «res communis» (esto es, de todos), es evidente que no cabrá la ocupación por un solo Estado, ya que al ser para uso común, este uso y aprovechamiento y utilización deberán ser ejercidos por todos los Estados de la comunidad internacional.

Este es un asunto complejo, ya que el moderno Derecho internacional está en trance de revisar sus doctrinas sobre la ocupación y soberanía.

3 Precisamente a esta futura reglamentación van orientados los trabajos de multitud de organismos internacionales, entre los que cabe destacar: la Federación Astronáutica Internacional, el Instituto Internacional del Espacio, etc.

Recientemente, en febrero de 1961, en Bogotá, la Federación Interamericana de Abogados aprobó la que se llamó «Carta Magna del Espacio», y en la que al espacio y al sistema interplanetario se los consideró como *res communis.* Más recientemente aún, y también en Bogotá, el Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional aprobó igualmente una resolución, en la que precisamente fui ponente, declarando solemnemente la necesidad de que las informaciones y ventajas obtenidas en la utilización del espacio exterior sean aprovechadas en beneficio de toda la humanidad y no sólo de aquellos Estados que por poseer mayores medios efectúan esta utilización.

Pero quizá lo más importante en este orden son las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, adoptadas por unanimidad en 20 de diciembre de 1961, en las que, entre otras cosas, se declara la libertad para exploración y uso por todos los Estados del espacio exterior y los cuerpos celestes.



Entrenamiento de un chimpancé para un vuelo espacial.

Pedro Rubio Tardío:

QUIEN POSEA LA TIERRA DOMINARA LOS ESPACIOS

1 Más que supuesto, real y efectivo el interés científico, ha de considerarse que en general, y a la larga, tales esfuerzos compensarán económicamente, pues lo que inicialmente, y aun para el primer ocupante, podría ser un mal negocio, será, en definitiva, para la humanidad, fuente de inapreciables valores, en muchos aspectos de trascendencia económica.

2 Es conveniente aludir a la necesaria revisión de términos y conceptos, pues basta pensar que la palabra «territorio» —de tierra—, referida, como viene haciéndose, a todo o parte de la Luna o planetas, es licencia notoriamente extensiva en su significado. Si tales licencias se refieren a conceptos elaborados científicamente, pueden llevar a las más graves inconsecuencias y errores.

En la *ocupación* debe considerarse, de una parte, su sentido material como mera acción o efecto a ocupar, y de otra, como concepto jurídico o modo natural y originario de adquirir la propiedad o soberanía.

En el sentido material, la técnica y las conquistas de cada día nos dirán qué planetas son ocupables.

En el aspecto jurídico, sería factor importantísimo el de la existencia o no en tales planetas de seres vivientes y racionales (hombres), su género de vida, civilización, organización política, etc., que condicionaría el comportamiento de los terrícolas, la obligación o no de reconocerles su independencia y soberanía y aun la probabilidad de negársela.

Pero quizá el sentido de la pregunta se refiera, desde un punto de vista geocentrista, a los derechos que pudieran atribuirse al Estado que los alcanzara primeramente frente a los demás de la Tierra.

En efecto, la ocupación fue medio normal de adquirir la soberanía sobre los territorios descubiertos hasta que perdió su virtualidad por agotamiento de zonas terrestres susceptibles de ser ocupadas.

Parece que la exploración, que parece próxima, de la Luna y planetas, abriría un nuevo campo extenso y propicio para el nuevo ejercicio de tal modo de establecimiento de la soberanía de los Estados, y que ello precisamente se ventila en la pugna de los dos colosos por alcanzar la prioridad. Sin embargo, la ocupación como título de soberanía no será aplicable en el Derecho interplanetario. Es la común opinión de la doctrina de los organismos internacionales y de los mismos Estados, incluso los que figuran en la vanguardia de la conquista espacial.

Los motivos y fundamentos de tal negativa son muy varios, y entre ellos se señalan: el temor de los países participantes en la carrera espacial ante la inseguridad de quién será el primero y posibilidad de que lo sea el adversario; el de los pequeños países al verse excluidos de los beneficios incluso económicos que la conquista pueda proporcionar sin evitarse los riesgos inherentes a ella, y la manifiesta e ineludible solidaridad e interés de los Estados, sin distinción, en la utilización pacífica de los nuevos espacios en beneficio de la humanidad, y, en suma, la mayor conciencia de unidad de la especie humana ante un posible peligro y como titular solidario indiscutible del progreso que ha hecho posible empresa tan grandiosa.

3 Se postulan muchas soluciones que generalmente coinciden en la consideración de los cuerpos celestes como «res communis omnium» (cosas comunes), cuya jurisdicción debe atribuirse a la Comunidad Internacional como persona moral, que reglamentaría los problemas de su utilización, o bien la atribución a tal Organismo de la soberanía de dichos cuerpos, o más simplemente por su internacionalización, sin especial atribución de soberanía, con referencia a casos históricos: Tánger, Trieste, etc., aunque con las modificaciones necesarias. A nuestro juicio, deben atribuirse a la humanidad, hoy Comunidad Internacional, que actuaría a través de una entidad general, como es la O. N. U., o de otra específica a tal efecto, y nunca a favor de un concreto Estado.

Reglamentado el uso y exploración de esos territorios, el problema de la efectividad no es menos inquietante ante la posibilidad de que el Estado que primeramente alcance un cuerpo celeste pueda eludir su cumplimiento. No puede desconocerse que el problema tiene un gran contenido político, que si es gran verdad que quien posea la Tierra, base de partida, dominará los espacios ultraterrestres, lo es también que quien posea éstos dominará la Tierra. Dos graves verdades que condicionan el porvenir de la humanidad. La grave interferencia política condiciona, lo vemos cada día, el resultado feliz o catastrófico de esta nueva era.

Como juristas, debemos hacer votos para que el principio de la era espacial sea también de un orden moral y nuevo Derecho, instrumento de la paz universal.

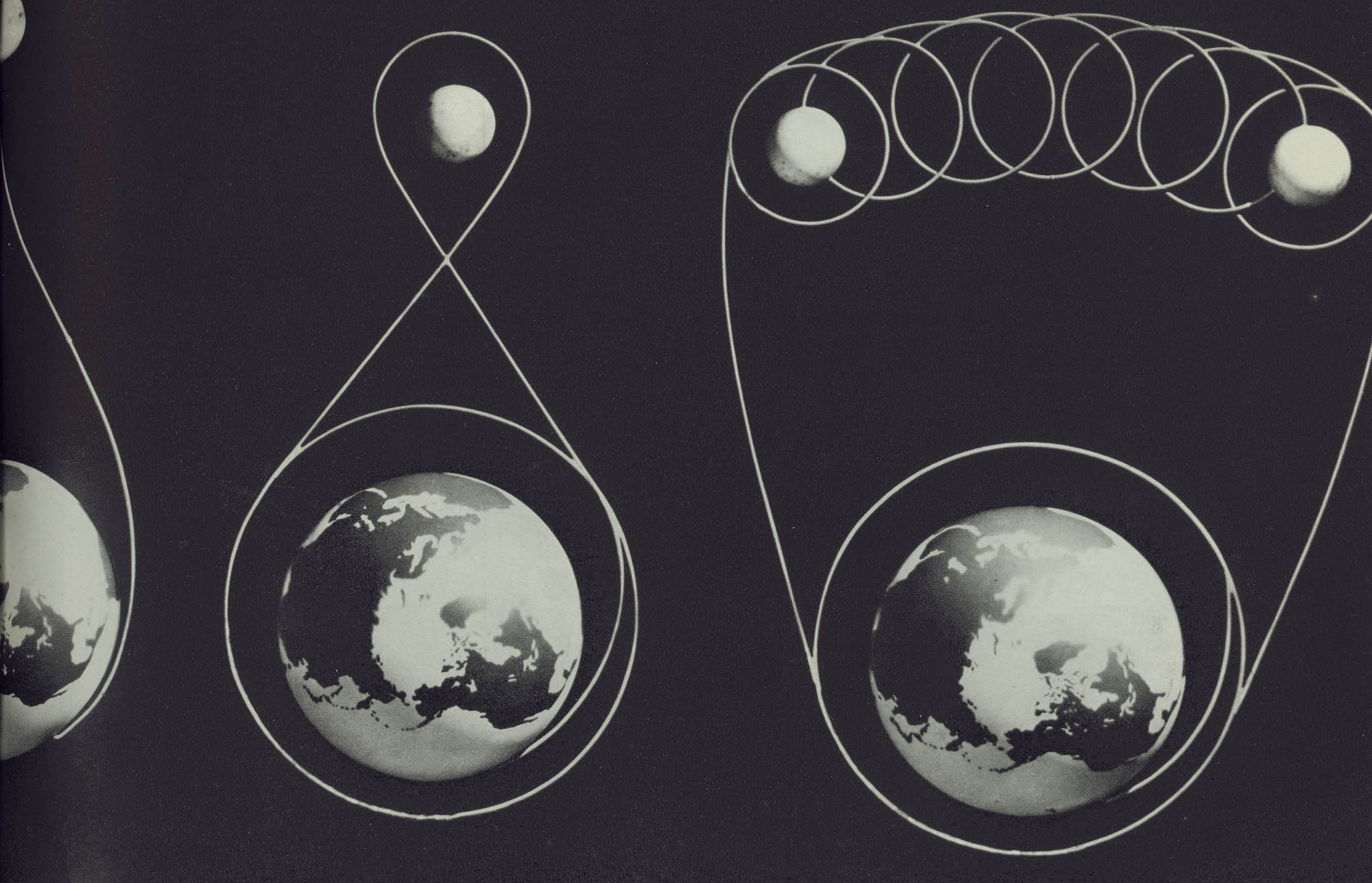


Antonio de Luna García:

EL ESTADO QUE ESTABLEZCA UNA BASE SERA RESPONSABLE DE LO QUE EN ELLA OCURRA

1 Desde hace milenios, la posibilidad y utilidad de los viajes espaciales ha preocupado a la humanidad. Ya Luciano de Samos, ciento sesenta años antes de Cristo, describió un viaje a la Luna. Nuestro Cervantes, con su *Clavileño*, nos muestra la ilusión de los viajes espaciales, que un astrónomo realista, Kepler, describe en su *Somnium* en 1634. Poco después, un literato, Cyrano de Bergerac, al que no hay que confundir con el personaje de Rostand, escribe en 1656 *El otro mundo o los Estados e Imperios de la Luna y el Sol*. Voltaire echa también su cuarto a espadas en 1752 con su *Micromegas*, y todos recordamos aún a Julio Verne, a Wells y a Ziolkowsky, mezclando la ficción con profecías técnicas que no tardarán en ser realidades.

Es indudable la gran utilidad militar, meteorológica, de telecomunicación, geodésica y de fijación automática de las coordenadas de longitud y latitud para la navegación marítima, submarina y aérea que representa la exploración y dominio del espacio exterior. El *Eco I*, de 17 de agosto de 1960, demostró la utilidad para las comunicaciones globales del método de reflexión de las ondas radioeléctricas, y el *Courier IB*, de las comunicaciones activas, al retransmitir 68.000 palabras por minuto. Los *Tiros* y *Midas* informan acerca de las masas de nubes, de la circulación general y balance térmico de la atmósfera, permitiendo una mucho más eficaz predicción del tiempo, y de paso ejercer un espionaje al que no se le escapa ni la marca de un automóvil circulando por los caminos de



Orbitas múltiples de un teórico vehículo espacial que vuelve a la Tierra.

la Tierra. Todos pudimos contemplar por la Eurovisión que el puente intercontinental para la transmisión en directo de la televisión era un hecho gracias al *Telstar*, fletado el 10 de julio de 1962.

2 No soy astrónomo, sino jurista. Ignoro, por consiguiente, las posibilidades de ocupación permanente de los planetas de nuestro sistema. De los tres posibles: la Luna, Venus y Marte, el asombroso éxito del *Mariner II* ha descartado por completo al segundo. Queda aún la incógnita de Marte; pero respecto a la Luna, cuya cara oculta retransmitió un *Sputnik* ruso, parece que hay seguridad de que se podrá explorar y establecer colonias permanentes en ella. En 1961 pude asistir en el Columbus Circle, de Nueva York, a una exposición de vehículos de transporte adaptados a las especiales características lunares: menor gravedad y espesa capa de materias polvorientas. Sea de ello lo que fuere, es elocuente el hecho que nos refería recientemente la prensa de que Rusia y Estados Unidos habían llegado a un acuerdo en principio para la cooperación en la investigación espacial, «exceptuada la Luna». El motivo es que ambos tratan de llegar primero allí y creen que pueden establecer bases militares permanentes, que al utilizar la energía solar para activar gigantescos LASER—el tan buscado «rayo de la muerte»—, permitirían destruir con toda precisión un edificio determinado en Washington o Moscú. Con ello se rompería el actual equilibrio del terror atómico, que para destruir base militar tiene, por natural imprecisión balística, que arrasar millones de kilómetros cuadrados.

3 Formo parte, con el profesor inglés Jenks, de la Comisión del Instituto de Derecho Internacional que estudia los problemas jurídicos del espacio exterior, y en 1961 tuve el honor de votar en nombre de España, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, la Resolución número 1.721 (XVI), de 20 de diciembre, adoptada por unanimidad, y que es, hasta ahora, el hito más importante en la historia de la cooperación internacional para usar pacíficamente el espacio exterior. En ella, aparte de la obligación de informar inmediatamente a las Naciones Unidas del lanzamiento de cualquier objeto al espacio y la de cooperar en la investigación espacial para el perfeccionamiento de las predicciones meteorológicas, se declara solemnemente que *el Derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas se aplican al espacio exterior y a los cuerpos celestes, que se hallan abiertos a la libre exploración y uso por parte de todos los Estados sin susceptibilidad de apropiación nacional por parte de ninguno de ellos.*

Siendo el establecimiento de bases espaciales, en órbita y en los cuerpos celestes, no sólo probable, sino seguro, al parecer de los técnicos y de los Estados, resulta que aun cuando se respetara la mencionada resolución 1.721 y no se permitiera la apropiación por parte de ningún Estado de dichas bases, siendo el Estado que establezca la base responsable de lo que en ella ocurra, ha de tener jurisdicción sobre las personas en ella establecidas. Al fin y al cabo, el hombre continuaría siendo un animal aun en las estrellas, y no puede haber sociedad sin autoridad. Aunque la resolución 1.721 supone un gran avance, vemos, pues, que aún falta mucho para construir un sistema de Derecho del espacio exterior. Aparte del problema de las bases enumeraremos algunos más: desmilitarización (íntimamente unida al desarme terrestre), demarcación entre espacio aéreo y espacio exterior, responsabilidad por daños causados a terceros por astronaves y objetos artificiales, código de circulación del espacio exterior y eliminación de chatarra circulante, distribución de frecuencias y evitación de interferencias en las comunicaciones radioeléctricas del espacio exterior (piénsese que hay satélites artificiales que surcarán durante miles de años el espacio emitiendo señales ya innecesarias); asistencia y salvamento de astronautas y astronaves, contaminación biológica, química y radiactiva del espacio; ley aplicable a los hechos y actos jurídicos llevados a cabo en el espacio exterior, solución pacífica de los conflictos derivados de actividades estatales en dicho espacio, etc.

La tarea ni es fácil ni sencilla, y hay que darse prisa en realizarla si no queremos vernos desbordados por los acontecimientos. Pronto, pues el «mentir de las estrellas» dejará de ser un lejano y poético mentir para convertirse en un prosaico elemento del delito de estafa interestelar, y las parejas de novios terrícolas convertidos en selenitas no podrán declararse su amor a la luz de la Tierra, pues ésta, muchas veces más potente que la de la Luna, no permitirá ni misterio ni penumbra. El progreso nunca es progreso para todo.

con LA CHUNGA

- **"Preparo una exposición de mis cuadros en París."**
- **"Berlanga va a llevar mi vida al cine."**
- **"Pasaré el verano bailando en la Costa Brava y la Costa Azul."**

LA pusieron a correr con los pies descalzos. Sólo acaba pisando fuerte, quizá, quien empezó pisando con pie desnudo. Micaela Flores Amaya, descalza frente al mundo. Desnuda de los pies. Era la niña gitana, temperamental, guitarrera, trepadora, inspiradísima. Se le notaba la raza, se le notaba el genio bajo la piel ofidia. Y ya tuvimos juerga al norte y al sur. Otra española de rompe y rasga armando la marimorena. Y se plantó la zambra en Picadilly Circus, en los Campos Elíseos, en San Marcos y en Columbus Circle. La cerveza sajona se emborrachó cien veces de manzanilla cuando Micaela Flores Amaya, la niña campamental y peleadora, se subía a bailar encima de las mesas. Una vez más había que ganarles la batalla a Próspero Merimée y a Pierre Louys en su propio terreno, metiéndose en su tercio, saliéndoles al encuentro, antes de que don Pierre y don Próspero se nos metan aquí otra vez para luego ir contándolo a su manera. Micaela Flores, *La Chunga,* nació sabiendo todo esto, y sin esperar a calzarse unos zapatos, ni siquiera una alpargata gitana y trashumante, se echó al mundo para remediarlo.

—Eso tenemos que agradecerle.

—Bien dicho. ¿Vive aquí Micaela Flores?

Es una casa donde las enredaderas ribetean como una alegoría la línea rápida y funcional de la fachada, de los balconajes, de las columnas. Colonia madrileña del Niño Jesús, sobre un mapa de solares que deja ver en la distancia el espejismo de Vallecas, quinta capital de España, crecida y recrecida—como un espejismo, sí—en la geografía de Castilla la Nueva.

—En el cuarto, que es el último, vive Micaela Flores.

La tarde de sábado, y primavera, el joven matrimonio la dedica a la pintura. Dándose la espalda uno a otro, cada cual se aplica a terminar su cuadro. *La Chunga* viste algo así como un quimono negro con adornos dorados. Es una mane-

Micaela y José Luis, con Currito José.





ra muy elegante de estar en casa. A José Luis lo hemos encontrado en mangas de camisa.

—Y el niño, ¿cómo se llama?

—Currito José.

Currito José es rubio y descarado. Tiene año y medio, y le gusta meterse en todo. Currito José es madrileño gitano, churumbel de barrio elegante. Todavía —aunque a sus padres los fotografían tanto—le maravilla eso del «flash» y la lucecita.

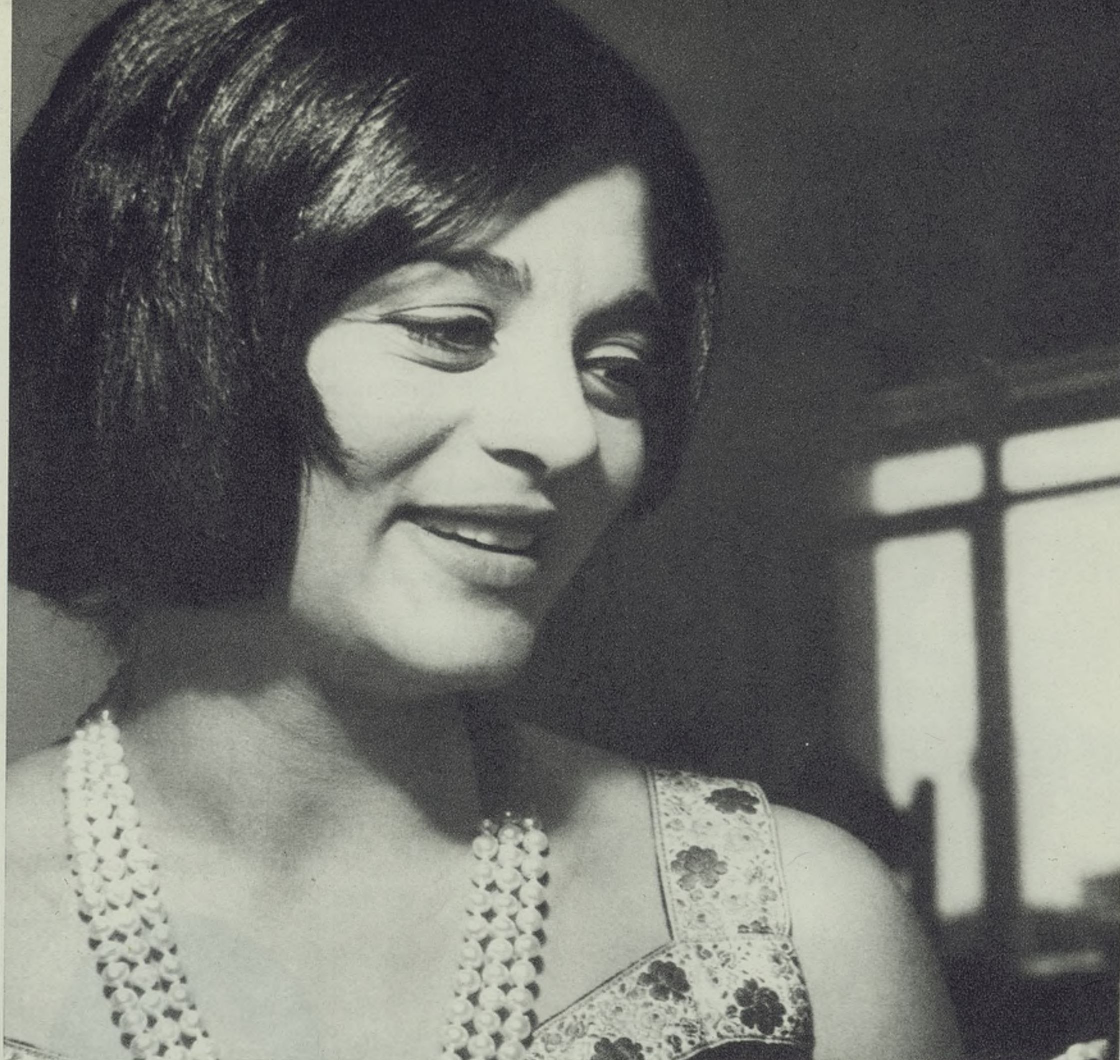
—¿Dónde bailaste la última vez, Micaela?

—En Palma de Mallorca.

—*Chunga*, que nos traigan el café.

José Luis Gonzalvo siempre le llama *Chunga* a su mujer. José Luis Gonzalvo —pelo apaisado, voz profunda y risa de niño— anda muy atareado con eso de las películas. «Me está dando mucho trabajo mi próxima película larga.» Micaela y José Luis; el cineasta y la bailaora. Un matrimonio publicitario a todos los efectos. Aprovechan el fin de semana para estar juntos, hacer vida de hogar y pintar. Pintan mucho. Esto es como una segunda vocación para cada uno de ellos. Una sirvienta nos ha traído el café en tacitas blancas por fuera y verdes por dentro.

—¿Y cómo se llama esa película, José Luis?



«Berlanga va a hacer la película de mi vida.»

Una noche con cena y fiesta fuera de casa.



«Voy a exponer mis cuadros en París.»

—*La fin del mundo.*

—¿De quién es el guión?

—El guión es mío, y los diálogos, de Alfredo Mañas.

José Luis está pintando un *Pantocrátor* que ocupa casi una pared entera. El cuadro que *La Chunga* tiene sobre el caballete representa una gran cabezota, muy ingenua de línea y de color. «Pero me falta ponerle el pelo.»

—¿Tú no haces retratos, *Chunga*?

—No, hijo. Sólo estas cabezotas y cosas así.

Muy morena y muy señora, con un peinado «Marienbad» y la risa más joven que nunca, Micaela entona muy bien en el clima refinado y cordial de esta casa. Hay un toque de buen gusto en cada cosa, en cada rincón, sobresaltado a veces por el alegre disparate, por la audacia de un capricho insospechado, como esa chistera que sirve de pantalla para la luz en el vestíbulo. El amplio comedor está convertido en taller de pintura. Un proyector cinematográfico se alza junto al caballete de *La Chunga*. En una repisa, cerca de la chimenea, la colección de pistolas de juguete—quizá sólo les falta la pólvora para hacer pum pum—que José Luis utiliza en sus películas.

—¿Es que te has especializado en policíacas, oye?

Hay un revólver, una automática, otra de largo alcance... Currito José se arma hasta los dientes en cuanto le dejan un momento solo. Fotografías de *La Chunga* actuando. Unas impresionantes cabezas con la melena de la bailaora al viento. Algunas de las fotos se las ha hecho el propio José Luis. «Qué gran fotógrafo», íbamos a decirle al chico. Pero nos queda la duda de que si eso de «gran fotógrafo» será casi ofensivo para todo un director de cine.

—¿Y ese traje de luces?

El traje de luces, viejo, barroco, con pátina de años sobre los brillos y los oros, está en el respaldo de una silla. Perteneció —descubrámonos—nada más y nada menos que a Cúchares. «Pero cómo pesa, oye.» El peso de la gloria y la leyenda, el peso de toda la historia de la tauromaquia lo tiene esta taleguilla goyesca bordada en oro. «Lo compramos por veinte mil pesetas. Ahora nos ofrecen doscientas mil.» En otra silla hay un viejo y deslucido capotillo de paseo. En el revés del capotillo dice, en letras negras: «Cuchareta.» «Cuchareta» fue el primer peón de Cúchares. Otra reliquia como para volverse a quitar el sombrero.

—A ti, ¿quién te ha enseñado a pintar, *Chunga*?

—Nadie.

—Ni falta que hace—interviene el marido.

—No digas eso, José Luis.

—Es la verdad. Y no ha habido pintor como mi tío don Francisco de Goya. Era de mi pueblo.

Sobre un mueble, una fotografía de la madre de José Luis, con Currito en los brazos. Uno había saludado y entrevistado por primera vez a *La Chunga*, de soltera, cuando ella acababa de plantar sus improvisaciones flamencas en una sala de la Gran Vía. Luego, ya de señora casada y madre expectante, volvimos a charlar con ella largamente cuando seguía los primeros pasos artísticos de su hermana, Lorenza Flores, *La Chunguita*, temblando de incertidumbre y ansia de triunfo, como cuando su propia carrera empezaba. Micaela era la mejor maestra de Lorenza, que con dieciséis añitos salió a los tablados para ser «una artista independiente». Micaela le arreglaba el faralae, le colocaba la flor en el pelo, le daba el último consejo y el empujoncito definitivo para que saliese a escena segura y triunfal. Ahora *La Chunga* ríe y sonríe recordándolo todo.

—Casi todos los pintores han copiado de nuestro Goya, como casi todos los directores de cine han copiado de nuestro Buñuel—prosigue José Luis, dándole vuel-

tas a su teoría de la universalidad del genio ibérico.

—¿También este Colt es de juguete?

—El Colt 45 está colgado en la pared, limpio y esbelto, oscuro y un poco siniestro, como un arma de museo. Pero se adivina que en su tambor ha estallado mucha pólvora.

—¿Cuándo bailarás de nuevo, Micaela?

—En seguida empezaré una larga gira. Primero tengo que montar la exposición de mis cuadros en París.

Sábado y domingo en casa de Micaela Flores Amaya, *La Chunga*. José Luis saldrá de viaje dentro de unos días, a buscar exteriores para su película.

—Hacemos mucha vida de hogar. Sólo salimos, alguna que otra vez, de noche.

Micaela descansa y acumula fuerzas para su próxima *tournée* veraniega. Bailará en la Costa Azul y en la Costa Brava. «José Luis no quiere dirigirme en una película suya. Pero Berlanga va a llevar mi vida al vine. Ya está haciendo el guión Alfredo Mañas.»

—¿Te gustan las películas de tu marido?

—Me gustan, porque lo que hace José Luis no se parece a lo de nadie.

—¿Presentarás algún baile nuevo en tu vuelta a los tablaos?

—Quisiera montar la «toná», pero no sé si me va a dar tiempo.

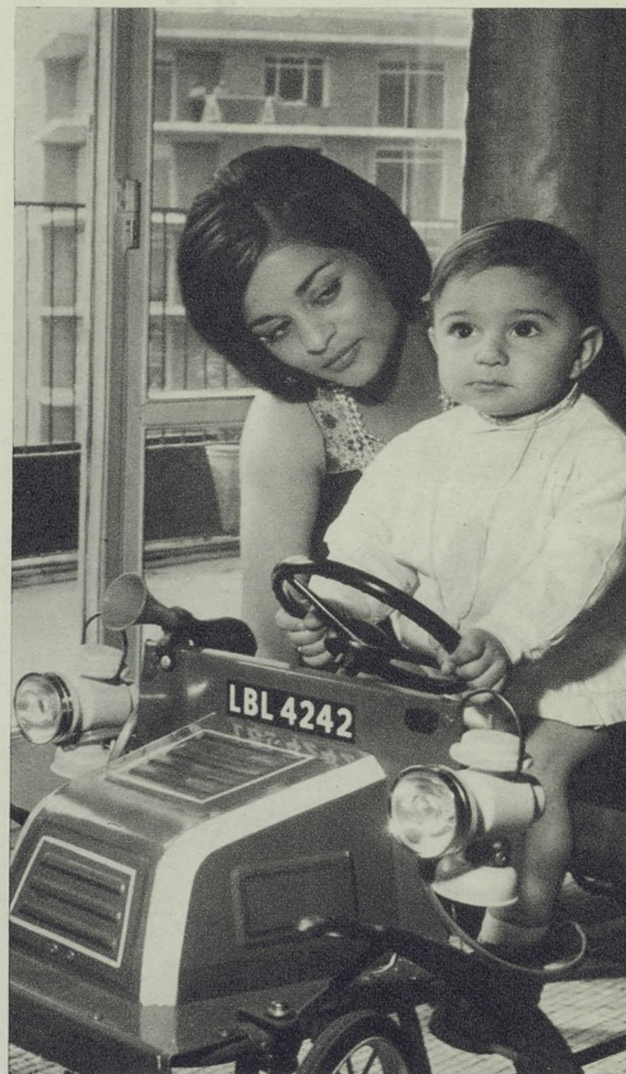
Tardes plácidas y mañanas alegres en el hogar de esta pareja de famosos. Currito José Gonzalvo Flores se pasea en su vehículo—un automóvil de pedales—por los pasillos de la casa. Cruza bajo la mesa del comedor y prosigue su intrépida excursión automovilística, sin guardias ni semáforos. Llegamos tras él a la habitación matrimonial, decorada por *La Chunga* con unas deliciosas figuras: la Sagrada Familia en versión casi infantil de la mano gitana, acompañada de unos churumbeles. Y en un extremo de la pared, el diablo; un Lucifer niño, festoneado de crestas rojas, con su ombligo infantil y su tenedor.

—¿Habéis visto los diplomas de José Luis?

José Luis es cineasta galardonado en varios festivales. *La Chunga*—en seguida se nota—está orgullosa de los triunfos de su marido. *La Chunga* y José Luis—también se nota en seguida—son completamente felices. La tarde del domingo se ha abierto las venas para morir en silencio. A través de los amplios ventanales de esta casa, sobre un mapa de solares, el espejismo lejanísimo de Vallecas. Currito y su automóvil vuelven a pasar de largo por el comedor.

FRANCISCO UMBRAL

(*Reportaje gráfico de Alfredo.*)



Currito en su automóvil de pedales.

Tarde de domingo en casa de «La Chunga».

un día en las carreras



La gloriosa incertidumbre del "turf"

En el verde *paddock* del hipódromo madrileño de La Zarzuela—sucesor del ya histórico y desaparecido hipódromo alfonsino de la Castellana—se reúne, domingo tras domingo, una élite de viejos y nuevos aficionados, señoras de mucho *charmant* y apostadores impenitentes que saben bien lo mucho que hay que perder para ganar «a los caballos». He aquí un bello deporte de minorías, sobre el que los *niños* de Serrano han hecho su última frase: «¿Vamos esta tarde a los *burros*?» La tribuna del hipódromo, a diferencia de los inmensos graderíos futbolísticos, es un lugar circunspecto donde se habla a media voz, como en un salón, y sólo en los dos minutos escasos del *sprint* la afición se encrespa, vocea y agita los prismáticos.

—Perdón, amigo aficionado, pero tengo un ligero despiste respecto a todo cuanto se refiere a la hípica. ¿Sería usted tan amable que me informara de lo que pasa aquí?

—Con mucho gusto. ¿Por dónde empezamos?

—Por este mismo lugar en que nos hallamos. ¿Es preciso llamarlo *paddock*? Los que no somos aficionados nos hacemos un lío cuando nos hablan de *turf*, de *handicap* y de *box*.

—Porque les parece pretencioso el empleo de esos vocablos exóticos. Sin embargo, encuentran perfectamente normal que hayan pasado al dominio público el *off-side* y el *corner*. Y no me niegue que esta palabra suena bastante mal.

—Quizá se deba esto a que la jerga futbolística se nos ha hecho familiar por tratarse de un deporte popular. Pero las carreras de caballos son, en cambio, un espectáculo de minorías.

—Lo serán aquí en España. Pero en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en la Argentina, son un espectáculo de masas. Y aquí mismo acudirían esas masas si se enteraran—que no se enteran—de que la entrada general del hipódromo cuesta tan sólo tres pesetas. ¿Sabe usted de otro espectáculo tan económico?

—No, desde luego. Pero ¿y las apuestas? ¿No constituyen una tentación?

—La tentación nos sigue hoy como la sombra al cuerpo. Nos tienta el fútbol con sus quinielas, nos tientan los ciegos con sus «iguales», nos tienta el Estado con su lotería... Con no dejarse tentar, listo. Yo le aseguro que hay muchas carreras, sobre todo en los premios importantes, donde el aderezo del espectáculo es lo bastante sabroso como para no necesitar de la pimienta de la apuesta.

—Pero no me negará usted que muchos de los que vemos aquí son jugadores empedernidos, a quienes el caballo importa un pitoche y sólo piensan en el dinero que puede proporcionarles si gana.

—Jugadores los hay en todas partes, dispuestos a apostar por un caballo, por un puñetazo o por un puntapié a un balón. Sin embargo, se encuentra uno aquí, cosa que no ocurre en otros deportes, con unos hombres realmente desinteresados, que son los propietarios de las cuadras. Salvo algunos ejemplares de excepción, los *cracks*—y perdone este nuevo exotismo—, el entretenimiento de un caballo

Los prismáticos son complemento indispensable de aficionados grandes y pequeños.



En el Hipódromo madrileño de La Zarzuela, sucesor del ya histórico y desaparecido hipódromo alfonsino de La Castellana, se reúnen, domingo tras domingo, una élite de viejos y nuevos aficionados, señoras con mucho «charmant» y apostadores impenitentes...

La gloriosa incertidumbre del «turf». Tras el carrusel plácido y alegre del «paddock», donde los jinetes pasean a sus caballos entre un público curioso y entendido, los escasos minutos de la carrera, con la emoción de la arrancada final y la entrada en la meta.

MADRID: Reuniones de primavera, otoño e invierno
LASARTE: Temporada de verano

cuesta dinero al cabo de la temporada. Y un señor que pierde dinero a sabiendas es, no puede negarlo, un puro aficionado.

—Bueno, para mí resulta comprensible esa afición. Se pueden tener caballos por amor a los animales, del mismo modo que se tienen perros, gatos o pájaros. Lo que no acabo de entender es la afición del espectador corriente.

—Como yo, por ejemplo.

—Como usted, en efecto. ¿Qué es lo que puede mover a una persona a permanecer en el hipódromo durante cerca de tres horas, para presenciar seis carreras cuya duración, entre todas, no llega a los diez minutos?

—Sí, una carrera no dura más que un minuto o minuto y pico; de acuerdo. Pero es que esos dos minutos escasos son para nosotros, los aficionados, el desenlace, la última escena de un drama cuyos tres actos hemos seguido con interés a lo largo de nuestra afición. Puede decirse que hemos visto nacer a los potros, hemos seguido sus primeros galopes, los hemos visto competir en distintas ocasiones y al fin hemos llegado, como en los dramas ortodoxos, al triunfo de los buenos. En cambio, para los que desconocen el argumento carecen de interés las escenas que preceden a la palabra «Fin». Son, simplemente, espectadores que han llegado tarde y que, si quieren descubrir el intríngulis, deben ver la función desde el principio.

—¿Y dura mucho esa función?

—Un año, sobre poco más o menos. A lo largo de las temporadas de invierno y primavera, en Madrid; de verano, en Lasarte, y de otoño, de nuevo en Madrid, se conoce a la nueva generación de potros de dos años, se ve madurar a la generación clásica, de tres años, y consagrarse en los grandes premios al mejor caballo del año. Con esto se tienen suficientes elementos de juicio para divertirse en la temporada siguiente.

—Por lo visto, el espectáculo hípico es de sesión continua, como los cines. ¿No se descansa nunca? El fútbol tiene sus paréntesis en verano, para que el aficionado pueda recuperar sus fuerzas en la montaña o en la playa. Luego, llegado el otoño, se encuentra de nuevo en forma para gritar y discutir.

—Nosotros preferimos descansar en invierno, durante los meses de diciembre y enero. Claro que si no queremos tener esa solución de continuidad, podemos trasladarnos a Sevilla para presenciar las reuniones del hipódromo de Pineda.

—Bien. Hasta ahora hemos tratado del aficionado químicamente puro, sin mezcla de interés crematístico. Pero no cabe duda de que hay una gran cantidad de espectadores de este deporte que se interesan principalmente por las apuestas, ¿no es verdad?

—No cabe duda. Pero aun en éstos existe un deseo de emulación que supera al propio interés económico. ¿Usted sabe en qué consiste la apuesta quíntuple?

—No.

—¿Y la triple gemela?

—Menos aún. Y perdone mi escasa erudición hípica.

—Pues la primera consiste en acertar los ganadores de las cinco últimas carreras. Y la segunda en adivinar qué caballos llegarán en los puestos primero y segundo de las tres carreras que cierran el programa. Ambas, sobre todo la segunda, son de una gran dificultad. Pues bien, el apostante disfruta no sólo con la ilusión del dinero que pueda cobrar si acierta, sino con ir manteniéndose a lo largo de las cinco o de las tres carreras, para mostrar su boleto a los amigos y decir con orgullo: «Aún estoy vivo.» De esta manera deja de ser un espectador pasivo, para convertirse en cierto modo en actor.

—Pero eso me parece absurdo. Es como si un jugador de póker se envaneciera de la jugada que le han dado servida.

—¡De ninguna manera! El aficionado no deja jamás al azar decidir cuál será el caballo que gane una carrera. El «hincha» hípico madruga los martes y los viernes, que son los días en los que tienen lugar los entrenamientos, para asistir al hipódromo. Allí ve correr a los caballos a la luz incierta de la amanecida, en el galope incógnito de las cuadras, sin mantillas, números ni colores. Luego, a lo largo de la semana, hace sus cálculos, con arreglo a las actuaciones de cada caballo, al peso que le corresponde llevar, al jockey que ha de conducirlo. Con eso forma su *handicap*, que es una especie de escalafón de los caballos con arreglo a sus méritos. Y de él deduce cuál va a ganar cada carrera.

—¿Y acierta?

—Unas veces sí y otras no. Los caballos no son máquinas y no se pueden someter a fórmulas, como si se tratase de elementos de una ecuación. De modo análogo a las personas, tienen sus días buenos y sus días malos, sus buenas y malas digestiones, sus simpatías y antipatías por el que los monta. Luego está el adelantarse o retrasarse en la salida, las incidencias de la carrera, los mil imponderables, en fin, que condicionan el resultado de una competición de este tipo, y que se concretan en una frase que para nosotros es tópica: «La gloriosa incertidumbre del *turf*.»

—Que no es, en fin de cuentas, sino una faceta de la gloriosa incertidumbre de la vida. Pero creo que en este análisis que hemos llevado a cabo, debido a mi interés por enterarme de las razones por las cuales la gente concurre a un espectáculo que hasta ahora yo consideraba aburrido, hemos dado de lado un elemento importantísimo. ¿Todas estas mujeres bonitas, bien vestidas y mejor peinadas, que llenan el hipódromo, no constituyen un elemento formidable de atracción y proselitismo?

—Uno de los principales. Las señoras estupendas son tan indispensables al hipódromo como la salud al hombre. Si un día faltaran, las carreras se convertirían en un espectáculo insulso y sin contenido.

—¿Y a qué espectáculo no le ocurriría lo propio?

(El periodista queda por unos momentos abstraído, fijos sus ojos en el carrusel multicolor del *paddock*. Y el aficionado aprovecha su ensimismamiento para alejarse, en busca de un asiento en la tribuna.)

RAFAEL CASTELLANO

(Reportaje gráfico, en color y negro, de BASABE.)



«Hagan juego, señores...»

Un cigarrillo entre carrera y carrera.





Julio Escobar

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

Aquí nació Isabel la Católica
Aquí murió Fray Luis de León

HACIA el extremo norte de la provincia de Avila, en plena llanura castellana, está Madrigal de las Altas Torres, a cinco leguas escasas de la salmantina Peñaranda de Bracamonte, de la vallisoletana Medina del Campo y del abulense Arévalo. La imperial villa madrigaleña es perfectamente circular, como un coso taurino, y hasta tiene sus puertas, y su barrera, una calle en circunferencia que llaman Ronda, paralela al otro círculo de las murallas. Como notas sobresalientes en perspectiva destacan los torreones, fantasmales, y sus dos torres parroquiales: la de Santa María del Castillo, hoy medio derrumbada y en reparación, y la de San Nicolás de Bari, semejante a un encapuchado, con capirote pizarroso y un gallo en la veleta.

Madrigal arremolina en su coto circular una concentración urbana de casas bajeras, típicamente labradoras, y bastantes viviendas muestran bien a las claras su noble e hidalga antecedencia, pues, aparte de su porte señorial, lucen escudo de piedra. Estos hogares, antiguos y sólidos, suelen ser de dos plantas, con grandes salas y alcobas, espaciosa cocina de amplia campana y lumbre de paja y leña, corral, solana o corredor, anchurosa escalera, sobrado y hasta panera, cuadra y pajar. Sobresalen del conjunto urbano dos edificaciones singulares: el palacio de Don Juan II—donde nació Isabel la Católica, hoy convento de agustinas—y, al lado, el hospital de Doña María de Aragón. Aunque también es justo destacar la casa del Arco de Piedra, cuya fachada es de una belleza sorprendente; el antiguo Ayuntamiento y el actual Consistorio.

Pero lo que atrae y encanta en esta imperial villa castellana, de nombre elegante y altivo, sonoro y bello como un verso de Rubén, es su historia, y ese ambiente de serena y real majestad conservado a través de los siglos, de dignidad asombrosa en su humildad y de devoción ferviente en la paz de su retiro y de sus silencios. Un algo que sentimos en vibrante armonía gustosa cuando vamos por sus calles y por sus plazas, y



Murallas y torreones de la villa.

cruzamos con la gente, y detenemos nuestros pasos en el lento y sabroso vagabundeo, para asomarnos a una posada, a una fragua, a una carretería, a una albardería o, sencillamente, a un hogar pequeño y pobre.

Aunque sorprenda y asombre, existe un hecho humano en Madrigal de las Altas Torres imposible de explicar, pero cierto. Y es que esta villa, apenas conocida y visitada, labradora y sencilla, muy a trasmano, lejos de ciudades prestigiosas, dio a España y al mundo, entre otros personajes, los siguientes arquetipos hispanos: Isabel la Católica, el obispo Alonso el Tostado, el obispo Ribera; Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán (México); el cardenal don Gaspar de Quiroga y Vela, el arzobispo de Manila, Vázquez del Mercado; la venerable sor María Catalina de Cristo... Y aquí vino a morir, a su querencia, atraído por un

algo misterioso y profundo. Fray Luis de León, que cerró sus ojos ante la eternidad el 23 de agosto de 1591, completando con su muerte ese triángulo de la mística castellana cuyos otros dos vértices son Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, ambos nacidos en la misma provincia y a corta distancia de Madrigal, en Avila y en Fontiveros, respectivamente.

¿Qué tienen estas tierras enjutas, sobrias, desprovistas de galas y florestas, donde sólo hay surcales de pan llevar, algunos majuelos y albares y negrales pinos, para dar a la humanidad una reina como Isabel I de Castilla, forjadora de la unidad nacional, artífice suprema en el descubrimiento de América, pacificadora de pueblos; y cardenales, y obispos, y nobles, y capitanes heroicos, y el da en otros lugares, y nada nos extrañaría que un labriego cualquiera que con nosotros topase en el camino arrancara de su pecho la misma exclamación de aquel campesino que halló Ortega en la pobre, descarnada y despoblada ruta del *Romancero*, quien, no obstante la gravedad y la desolación y la miseria del paisaje que les rodeaba, proclamó arrobado: «¡España es un rosal!»

Aquella España suprema que comienza en Isabel la Católica, llega al cenit en Carlos I e inicia su decadencia en Felipe II, tiene también su picaresca popular, salsa sabrosa y picante de los mejores manjares, y es aquí, en Madrigal, donde un personaje fabuloso protagoniza la más descabellada pero genial de sus aventuras funambulescas, adelantado de la truhanería hispana del siglo XVII. Alupósitos: conquistar a la hija de Don Juan de Austria y, convirtiéndose en el propio rey Don Sebastián, sentarse en el trono de Portugal, frente a Felipe II. Jamás un hombre—ni el burlador sevillano, creado, al fin y al cabo, por mentes literarias—realizó tan alocadas y fabulosas hazañas como este hombre real, existente. Y a la hora de morir, hecha añicos la farsa, Gabriel Espinosa todavía era amado por doña Ana de Austria y por María, la hija del corregidor madrigaleño, quienes se disputan, entre otras mujeres, el amor del hombre extraordinario, quizá único en su género y clase.

La plaza del Cristo

Yo he ido a Madrigal en diligencia. Salía el coche, que arrastraban dos ca-



Entrada a Madrigal por la puerta de Medina. Al fondo, la parroquial de San Nicolás, donde fue bautizada la reina Isabel.

hecho sobrenatural de la más alta mística universal en una mujer que llega a santa sacando de sus dolores físicos, de sus luchas enconadas, de sus trabajos y miserias, la risa, la luz y el amor que han de elevarla a los mismos brazos de Dios; y en un «medio fraile»—según llamaba Santa Teresa a San Juan de la Cruz—, en un pobrecito y cuitado mancebo perseguido, vilipendiado, «hecho una lástima», que alcanza, en su inspiración, las máximas cumbres espirituales?

Por eso, al acercarnos a estos suelos, bajo estos cielos, a estas ciudades, villas y aldeas de la meseta castellana, alta y desnuda, sentimos una emoción no gozadimos a Gabriel Espinosa, el famoso Pastelero.

Gabriel Espinosa llevaba sangre real en sus venas, y no era, por consiguiente, hombre vulgar y corriente, sino hidalgo de la mejor prosapia. Decidido, arrogante y valeroso, sus hazañas en tierras extrañas y propias y sus amoríos licenciosos fuera y dentro de España le hacen semejante a uno de los tipos humanos más representativos de nuestra patria en la literatura universal: Don Juan Tenorio. Pica siempre alto porque calza espuelas de oro, y lo de la pastelería en Madrigal es una añagaza, más bien farsa estudiada, para lograr supremosproballos, de la plaza del Arrabal, de Arévalo. El cochero se llamaba Felipe. Mi primer viaje fue en invierno, embutido en una pelliza; al lado de los otros viajeros, labradores de aquellos contornos, que iban a sus pueblos y a la propia villa real. El frío nos obligaba a no dar sosiego a las plantas, aunque cubría el piso del vehículo una capa de paja, y a apretarnos unos contra otros, a fin de intercambiar corporales calorías. Arrancaba la diligencia al amanecer, un alba de plateado y cristalino hielo, que poco a poco el sol rompía a lanzadas. Nos deteníamos brevemente en los pueblos del trayecto, para que Felipe dejase en ma-

nos del cartero la saca del correo y descendiesen los viajeros que remataban su viaje. Estos pueblos son Aldeaseca, Villanueva del Aceral y Barromán, de predios para cereales, garbanzos y algarrobas, en secano. Entonces, sin amparo de agua; hoy, con bastantes extensiones verdes de patatas y remolacha, a base de pozo con cicoñal y hasta motor y estanque.

Llegamos a Madrigal cerca del mediodía, parando en la posada de La Estrella—gran parador, el mejor en aquella época—, a cuya puerta, abierta de par en par, esperaban a la diligencia el cartero, el posadero, la hija, media docena de vecinos al olor del fisgoneo y algún servicial bergante para ofrecerse. La posadera andaba, por lo visto, dentro, en los afanes de la cocina.

En el centro de la villa, la plaza Real—empedrado, soportal castellano, casas de una planta—, corazón y ágora de Madrigal.

Como cuando llegáis a una localidad cualquiera, sea la que sea, la primera impresión es la que vale—libre de espolique, escudero o siquiera amigo o conocido—, salí en seguida, por mi cuenta y riesgo, a ver la villa, a verla y andarla. Yo disfrutaba de la flor y de la gala del mocerío, y de mi libertad, con bolsa, si no preñada de onzas, tampoco falta de blanca; desbordada de alegría, gozo y esperanza, y ningún mal físico, tampoco moral, había no sólo hecho asiento, ni mostrado siquiera su ceño en mi cuerpo y en mi espíritu.

Di en la plaza de San Nicolás; la iglesia del mismo nombre ocupando una lateral, con su desaparecida verja de hierro y una cruz de piedra incrustada en el extremo de la fachada principal, señalando el lugar donde fue ajusticiado el Pastelero. En este templo recibió las aguas bautismales Isabel la Católica, y su interior, de primoroso artesonado árabe, conserva capilla, sepulcros y esculturas de inestimable valor. Frente al templo corren unos soportales, de viviendas clásicamente castellanas, y arrancan las dos calles más principales: la de Isabel la Católica y la del Tostado. Seguí andando hacia otras plazas importantes: la de Santa María, en una de cuyas casas hice después nido, aunque por poco tiempo. Y tirando en dirección al saliente me hallé en el Pradillo—el jardín municipal—y en la llamada plaza del Cristo. Si bien a trasmano, éste es el más castizo, bello y atrayente rincón madrigaleño.

¡La plaza del Cristo! Una lateral del palacio de Don Juan II; el santo hospital, con su corredor de piedra; las murallas en su ronda fenomenal, arco y torreón desgarrados, pero asombrosos; la fuente pública, donde nunca faltan burros y carretillas portando cántaros para el agua, y viejas, mozas y chicos que hacen de aquel lugar, si no ágora, al menos rincón o solana para sus comentos. En el centro del corro una cruz de piedra, tan solemne y desnuda y gris como la llanura que circunda a la villa, abre sus brazos de misericordia. Hoy



Iglesia de San Nicolás, del siglo XIII.

achica y afea la plaza una edificación que hubiese tenido mejor acomodo y realce en cualquier otro sitio.

En aquella plaza yo presencié las capeas, cuando son las fiestas en honor al Santo Cristo, numerosas veces. Entonces soltaban unos novillos, que por las hierbas que habían comido llegaban a toros, y toros imponentes, temerosos, muy placeados, pues cuando pisaban la arena de este redondel, al mediar septiembre, ya habían corrido por otros ruedos castellanos, donde aprendieron latín tauro del bueno, de ese que enseñaban las dehesas mollares del Bracamonte y de Salamanca.

Dos o tres hombres subían a la peana de la cruz, a cuerpo limpio, y allí, esgrimiendo una vara o una cachava, aguantaban las acometidas de los cinco o seis o siete toros que soltaban a la acotada plaza. Los mozos peleaban con el enfurecido animal como podían, y de vez en

cuando surgía la cogida, que levantaba un escándalo ensordecedor de ayes, chillidos, voces y lamentos. Por lo general no pasaba nada grave, y peor era la paliza que después propinaban a la víctima sus padres, hermanos, parientes y amigos que la cornada o los golpetazos del cornúpeta.

De toro a toro tocaba la banda de música en el corredor del hospital marchosos pasodobles, atronadores, y la gente joven del señorío bailaba agarrados en las salas de la benéfica institución de Doña María de Aragón, a la que no acudía ningún enfermo, porque todo castellano que en algo se precie, aunque sea muy pobre, huye del hospital, sea el que sea, como si allí, en lugar de brindar medios para la salud, atenciones precisas y buenos alimentos, repartieran microbios de cruel epidemia.

Los artesanos y los pobres danzaban, sudorosos y encendidos, en el mismo redondel, hasta que el cornetín y el redoblar tocaban a toro. Ante el alarmante aviso, la multitud salía disparada, alborotadora y feliz, a resguardarse tras los palos, bajo los carros y en los palcos de ripias y quinzales.

La noche caía lenta sobre la corrida, y al encender luces terminaba la fiesta, dispersándose el gentío por la misma plaza del Cristo y el Pradillo, abarrotando también las tabernas.

Posadas y tabernas

Había entonces en Madrigal (y también ahora) buenas, cómodas y espaciosas posadas, y aunque ninguna de ellas llegase a fonda, y menos a lujosa hostería, tenían, al menos para los huéspedes no muy exigentes, gustoso acomodo. En la que yo paré aseguro que los colchones de la cama eran de lana churra, y no de borra; el cobertor, de estambre; manducaba en comedor, y unas sopas de ajo, un cocido, unas perdices estofadas, un guisado de cebón y unas tortillas en crudo como aquéllas no las disfruté después en parte alguna.

Había en la posada tipos singulares: los criberos, cedaceros y trilleros del segoviano Cantalejo, de extraña parlería entre ellos; chalanes macoteranos de negra y larga blusa, quincalleros de Sanchidrían, viajantes de Medina y de Valladolid, chocolateros de Cantalapiedra, tratantes de por Peñaranda, serranos abulenses que vendían frutas de los valles de Gredos, vinateros toresanos y de Rueda y La Seca, algún tendero arevalense...

Al amor de la lumbre acudían en el mal tiempo algunas vecinas, para saber más de la cuenta, y al amor del mozo gallardo, alguna moza, con ánimo de noviazgo, que no de otros fines, y en tanto trajín de idas y venidas y el consabido parloteo, uno se enteraba de todos los aconteceres de la villa. Allí iniciamos cálidas y entrañables amistades, algunas de las cuales hoy perduran, aunque otras, por ley de vida, las cortó la muerte.

Las tabernas eran numerosas—algunas, hogaño, habrán parado en bares o en americanizadas cafeterías—y de rancio y castizo sabor. En ellas bebíamos vino de la tierra, pues Madrigal tuvo siempre caldos de buen cuerpo y sabrosa manteca en sus bodegas, unas veces arropando la mesa de pino, sentados en los taburetes, y otras, si el tiempo obligaba a ello, ante la lumbre de la cocina, de paja y cándalos o sarmientos. En las tabernas entraban hidalgos, señoritos, artesanos y pobres, que siempre floreció en Castilla la flor de la más auténtica y pura democracia, y unos invitaban a otros con el «Danos de beber» dirigido al tabernero y el duro por delante en el mostrador.

Versaban las conversaciones sobre temas labriegos especialmente, pero también salía a relucir la historia en honor de la gran reina, y hasta yo hacía y leía versos que encantaban al respetable público, porque en ellos brillaban, más que la inspiración, los nombres y los hechos de personas conocidas del propio Madrigal. Cualquier extraño que hubiese presenciado aquel cónclave se habría llevado, asombrado, las manos a la cabeza.

En la taberna había también corrobla y merendona, y si la cosa se enderezaba, salíamos de allí muy avanzada la noche, rompiendo el silencio con nuestras voces, risas y cantares. En aquella paz, de la que pudiera llamarse camposanto de la Historia, nosotros poníamos los salmos y los aleluyas de la buena vida fluyente. Las rotas murallas y los desgarrados murallones parecían tomar cuerpo de multitudes y de gigantes, y alguna estrella intentaba descender a aquel inmenso vaso votivo de la plaza del Cristo como luz del Sagrario.

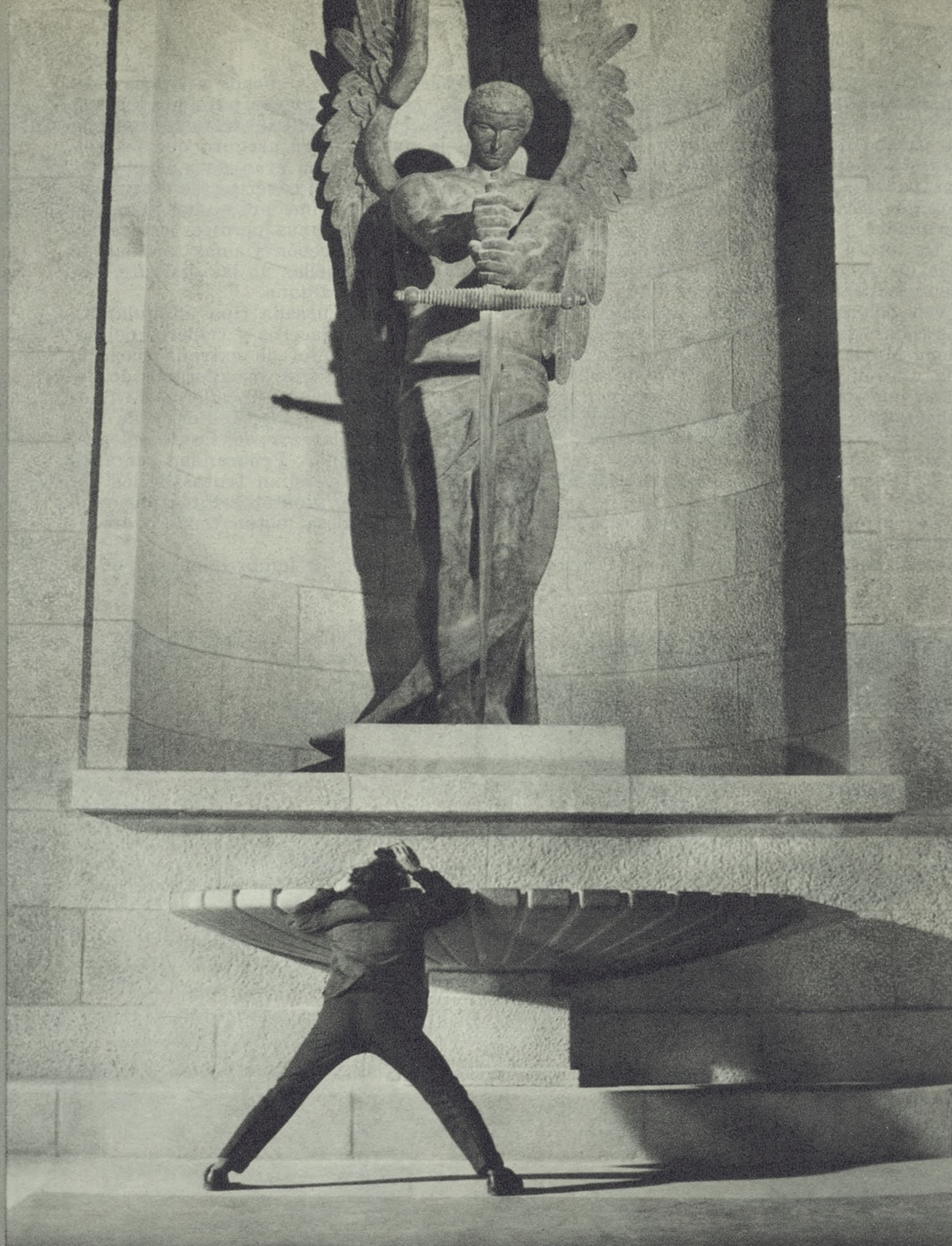
Por lo demás, hasta el fondo de la misma villa llegaban los efluvios y los latidos germinales de la madre tierra. Igual que hoy...

J. E.



Palacio donde nació Isabel la Católica. Desde la ventana más alta se dio la noticia al pueblo. (Fotos Mayoral.)

Concurso de reportajes en



MUNDO HISPANICO

La revista MUNDO HISPANICO abre sus páginas a la colaboración de cuantos fotógrafos y periodistas quieran enviarnos reportajes para nuestra publicación, en los que se valorarán su interés y, de manera especial, su vigencia y novedad periodística. No habrá limitación alguna de temas, pero se tendrán muy en cuenta aquellos reportajes que reflejen la realidad viva y actual del país donde se realicen.

Este concurso se regirá por las siguientes

BASES

1.ª Podrán concurrir a este Certamen todos los fotógrafos y periodistas españoles, hispanoamericanos, brasileños y filipinos, con tantos reportajes como estimen oportuno.

2.ª Cada reportaje constará de un número de fotografías no inferior a seis, cuyas dimensiones mínimas se fijan en 18 × 24 cm. Si el reportaje viene realizado total o parcialmente en color, el tamaño de las transparencias, positivadas, no será inferior a 6 × 6 cm.

3.ª El texto correspondiente tendrá unas dimensiones que pueden oscilar de los tres a los diez folios, escritos a máquina y a dos espacios. Debe entenderse que este texto puede constituir un trabajo paralelo a las fotografías que lo acompañen, o estar redactado de manera que sirva de amplios «pies» para esas mismas fotografías. En el primero de los casos, estas fotografías traerán, al dorso, una breve leyenda explicativa de su significado.

4.ª El plazo de admisión de los reportajes está abierto desde la publicación de las presentes Bases y quedará cerrado el 30 de noviembre de 1963. Los envíos se harán a MUNDO HISPANICO, apartado postal núm. 245, Madrid-3 (España), especificando en el sobre: «Para el Concurso de Reportajes.»

5.ª El jurado que otorgará los premios será nombrado por la Dirección del Instituto de Cultura Hispánica y por la revista MUNDO HISPANICO, y sus nombres se darán a conocer oportunamente. Dictarán su fallo en el mes de diciembre de 1963.

6.ª Se establecen los siguientes premios conjuntos:

PRIMERO	**30.000 ptas.**
SEGUNDO	**15.000 »**
TERCERO	**10.000 »**

Los reportajes premiados quedarán de propiedad de la revista.

7.ª MUNDO HISPANICO se reserva el derecho de publicar, a medida que los vaya recibiendo, los reportajes que, a criterio de la Dirección, merezcan ser incluidos en sus páginas, abonando en todo caso el importe de esta colaboración.

8.ª La publicación anticipada en MUNDO HISPANICO de cualquiera de los reportajes recibidos será dictada por los intereses inmediatos y específicos de la revista e independientemente de la decisión final del concurso.

9.ª La participación en este concurso supone la conformidad con las presentes Bases por parte del concursante.



TRES CONTINENTES en una gran exposición madrileña

R. de Lamonica (Brasil).

LAS OBRAS DE 195 ARTISTAS RECORRERAN EUROPA

CUANDO a principios de octubre pasado se anunció públicamente la celebración de este Certamen, se explicaron los motivos que se habían tenido en cuenta para tal realización. Ahora se ven claramente. No hay más que acercarse a las salas para contemplar todo un mundo artístico, unido por grandes caracteres comunes a todos sus partici-

arte de américa y españa



García Picado (Costa Rica).

Mario Castillo (Honduras).





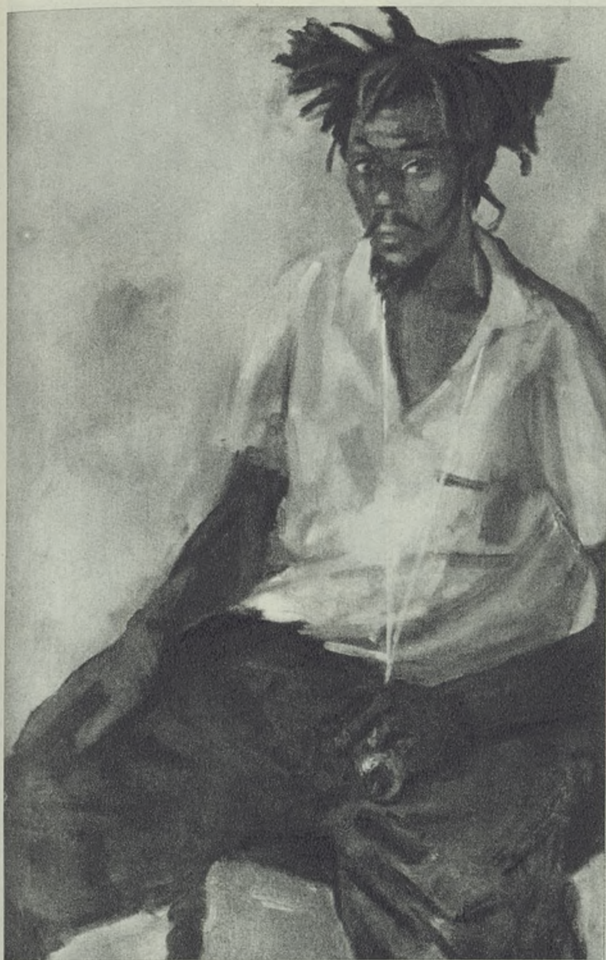
Simón Becerra (Venezuela).

Gilvan Samico (Brasil).

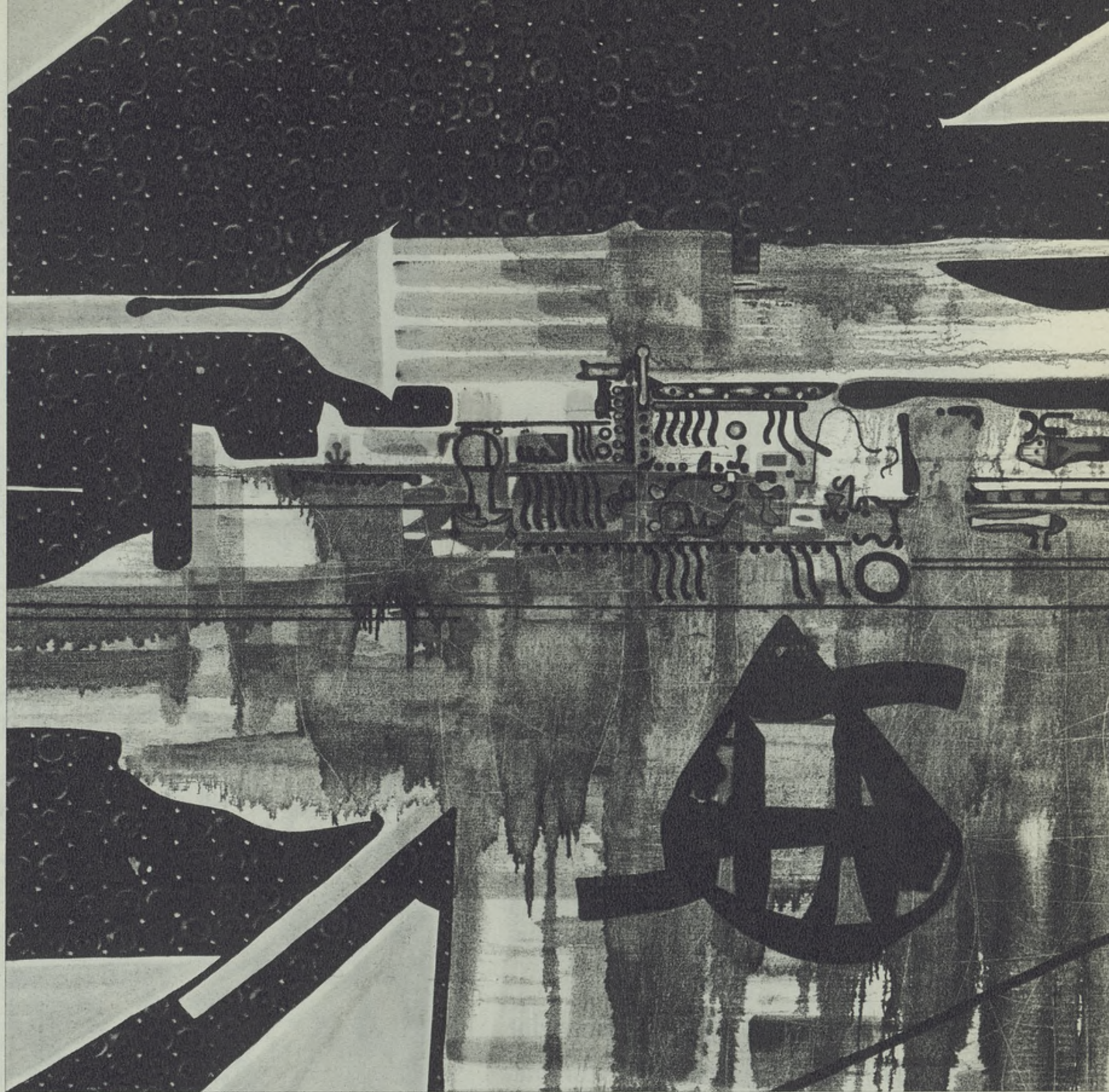


pantes: actualidad, sentido de los problemas de hoy y del modo de resolverlos, juventud y valentía para afrontarlos, igual cultura y esperanza... No es un mundo (hablamos de mundo artístico), no es una civilización que se acaba. Pese a que muchos hablan de la decadencia del arte, de que nos enfrentamos con una etapa confusa, en la que se ha cerrado el camino, esto no es así.

Bien patente queda en esta exposición—*Arte de América y España* se titula—que el Instituto de Cultura Hispánica ha organizado. Todo el Certamen es una insinuación, una puerta abierta.

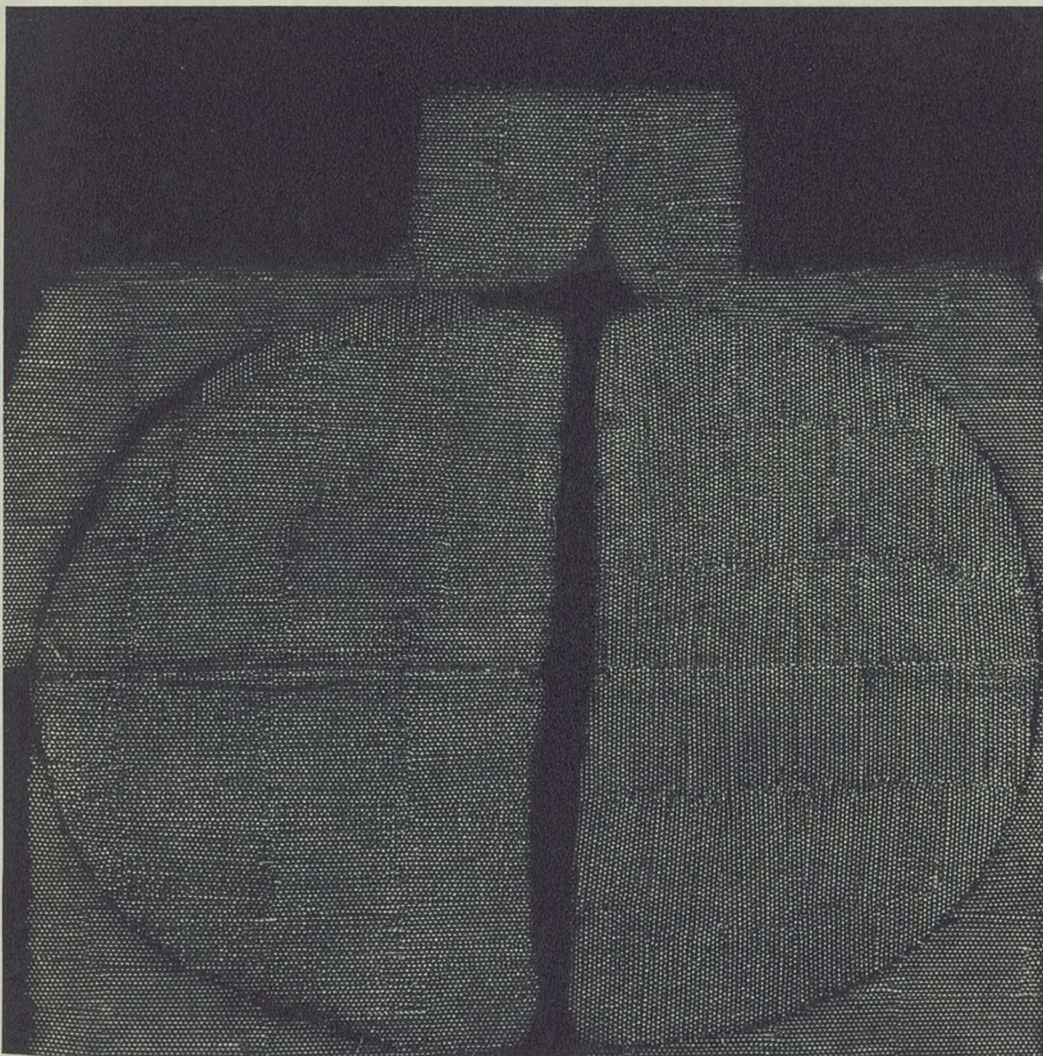


Basil Barrington (Jamaica).



Harold Town (Canadá).

Fernández Muro (Argentina).





Alfredo da Silva (Bolivia).

En todas las tendencias representadas, en todos los pintores se puede comprobar. El arte de la pintura, del dibujo y del grabado—sobre todo este último—están amaneciendo de nuevo.

Una exposición viajera

La exposición está instalada en los Palacios del Retiro de la Dirección General de Bellas Artes. De aquí se trasladará a Barcelona, donde la pintura podrá contemplarse en el Antiguo Hospital de la Santa Cruz, y el dibujo y el grabado en el Palacio de la Virreina. Después todas estas obras recorrerán Europa.

arte de américa y españa

En esta magna exhibición se presentan cuadros de 195 artistas, procedentes de todos los países americanos, de Filipinas y de España. Desde Canadá a Tierra del Fuego, desde Brasil a California, no ha quedado un solo país sin enviar una muestra de su arte. Hasta los de más reciente independencia, como Jamaica y Trinidad, que por vez primera en su historia de nación independiente presentan sus artistas a una exposición internacional.

Han llegado 336 obras de pintura, 159 dibujos y 172 grabados. Para seleccionarlos, el comisario de la exposición ha viajado por todas las ciudades importantes, ha visitado 23 museos, 234 galerías y salas de arte y 1.240 estudios.

Las obras están valoradas en 36 millones de pesetas. Para llegar a Madrid han recorrido en total 10 millones de kilómetros, en 35 aviones y en 15 barcos.

Arte joven y renovador

La exposición se ha montado considerando la nacionalidad de los artistas como un dato más. En cuanto a la edad de los expositores, ninguno excede de los cuarenta y cinco años. En las salas se han colocado las pinturas agrupadas por tendencias, y en el catálogo, los nombres, por orden alfabético.

Los nombres de los pintores señalan la categoría y magnitud de esta muestra. Junto a los famosos, premiados en bienales y de gran prestigio en las galerías internacionales, aparecen las firmas nuevas, que traen el aire de una renovación continuada y continuadora:

Rodolfo Abularach, Pablo Agudelo, Carola Albano, Carlos Alonso, M. P. Alladín, John Altoon, Nemesio Antúnez, Olimpio de Araújo, Peter von Artens, Teo Asensio, Mirna Báez, Juan Barjola, Ernesto Barreda, Basil Barrington Watson, Dora Basilio, Simón Becerra, Paulo Becker, Elena María Beltrán de Barros, Juan Carlos Benítez. Enrico Bianco, Olga Blinder, Héctor Borla, Fernando Botero, Enrique Brinkmann, Juan Brotat, Roberto Cabrera, Carlos Cañás, Carlos Gonzalo Cañas, Aníbal Carreño, Lilia Carrillo, Julio Castillo, Mario M. Castillo, Enrique Castrocid, Italo Cencini, Carlos Colombino, Graham Coughtry, Miguel Angel Cuadros, José Luis Cuevas, Modesto Cuixart, José Alfonso Cuní, Carlisle F. Chang, Doris Chatham, Alfredo da Silva, Jorge Damiani, Farnese de Andrade, Roberto de Lamonica, Jorge de la Vega, Ernesto Deirá, Alvaro Delgado, Ramón Dorrego, Prefete Duffaut, Wesley Duke Lee, Alberto Dutary, Enrique Echeverría, Sérvulo Esmeraldo, Francisco Farreras, Luis Feito, Albino Fernández, Manuel Felguerez, José Antonio Fernández Muro, Iván Freitas.

Charles Gagnon, Enrique Galdós Rivas, José Gamarra, Luis García Ochoa, Rafael Angel García Picado, Fernando García Ponce, Nicolás García Uriburu, Yves Gaucher, Anabella Geiger, Juan Genovés, Paúl



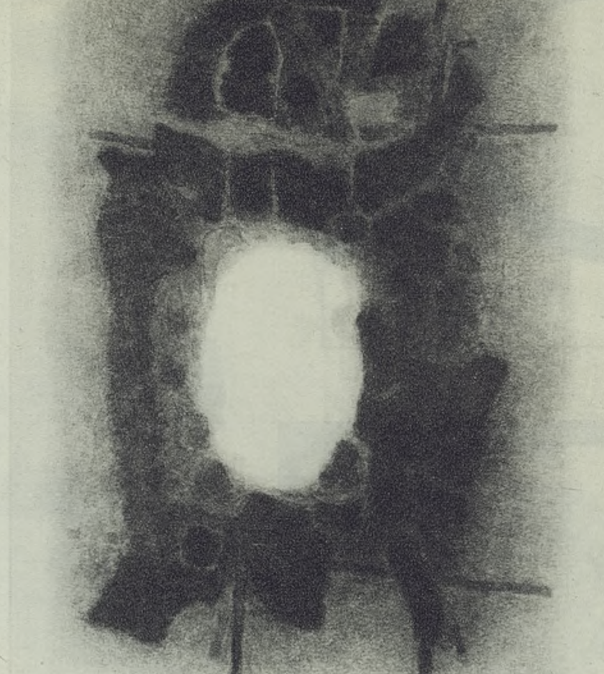
Villacís (Ecuador).

Darío Suro (República Dominicana).





Eduardo Moll (Perú).



Abularach (Guatemala).



Enrique Grau (Colombia).

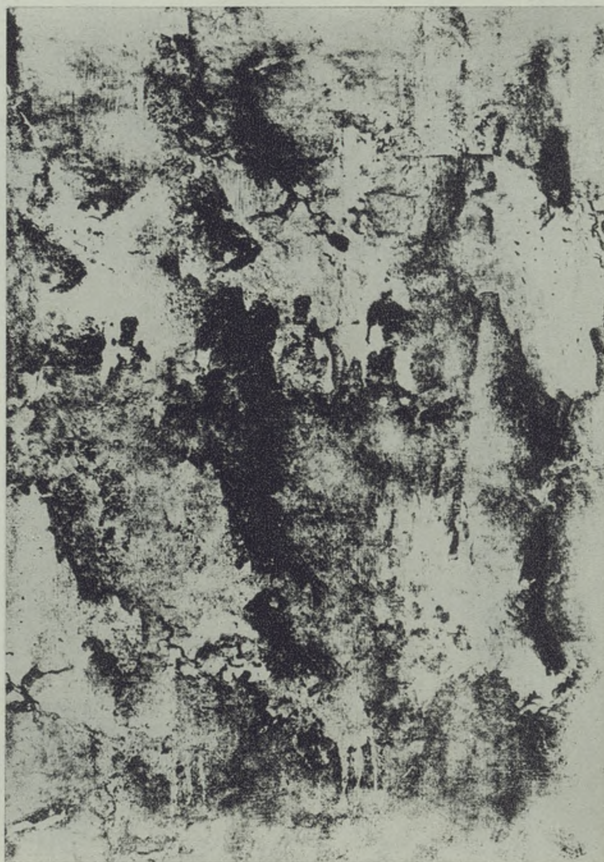


Giudicelli (República Dominicana).

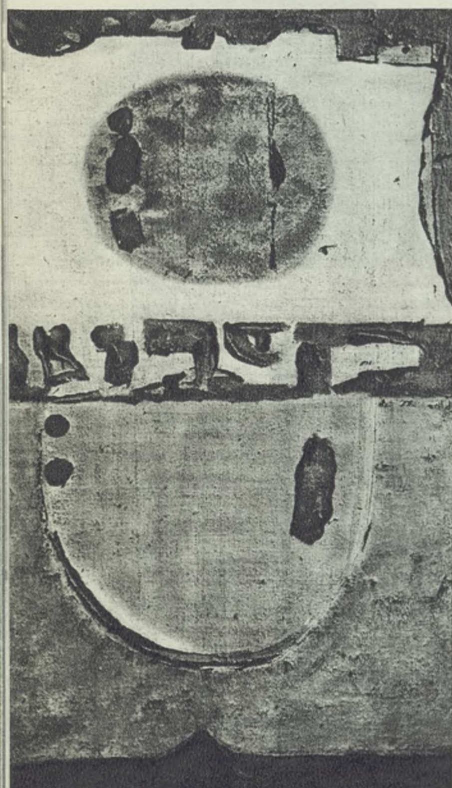
V. M. Rodríguez (El Salvador).

N. Antúnez (Chile).





Giudicelli, Jaime González, Enrique Gran, Enrique Grau, Cleve Gray, Alberto Greco, Stephen Greene, Sarah Grilo, Hans S. Grudzinsky, Hermano José Guedes, José Guevara, Antonio Guijarro, José Guinovart, Milton Harley, Grace Hartigan, Francisco Hernández, Luis Hernández Cruz, Arcángelo Ianelli, Thomaz Ianelli, José María Iglesias, Marco Irizarry, Sarah Jackson, James Jarvaise, Don Jean Louis, Edith Jiménez, Jasper Johns, Ynez Johnston, John Paul Jones, Claudio Juares Castilla, Tanya Kreysa, José María de Labra, Nina Lamming, Dante Lazzaroni, Anna Letycia, Mario M. Lewit, Nelia Licenziato, José



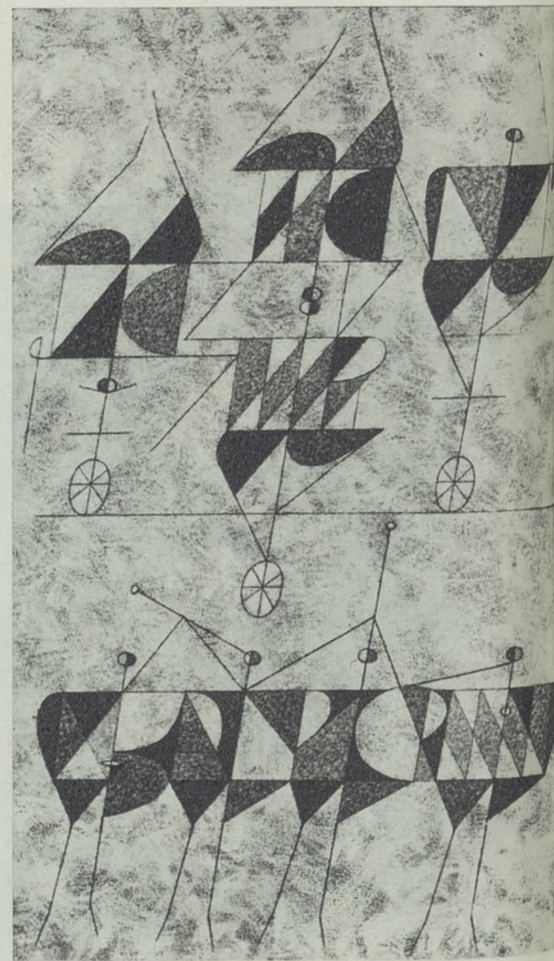
Jorge Damiani (Uruguay).

Robert Rauschenberg (Estados Unidos).

Hernández Cruz (Puerto Rico).



A. R. Luz (Filipinas).



Lima, Antonio Lorenzo, David Lunn, Arturo Rogerio Luz, Ricardo Macarrón, Rómulo Maccio, César Manrique, David Manzur, Robert Markle, Walter G. Marques, Cirilo Martínez Novillo, James McGarrell, Angel Medina, José Milner, Eduardo Moll, Manuel H. Mompó, Armando Morales, Margarita Mortarotti, Jaime Muxart.

Harry Nadler, Norman Norotzky, Luis Felipe Noé, Jesús Núñez, Alejandro Obregón, Fernando Odriozola, Nathan Oliveira, César Olmos, Rodolfo Opazo, Gastón Orellana, Máximo de Pablo, Jorge Páez. Carlos Páez Vilaró, David Partridge, Pérez

Alberto Dutary (Panamá).

Fernando Odriozola (Brasil).

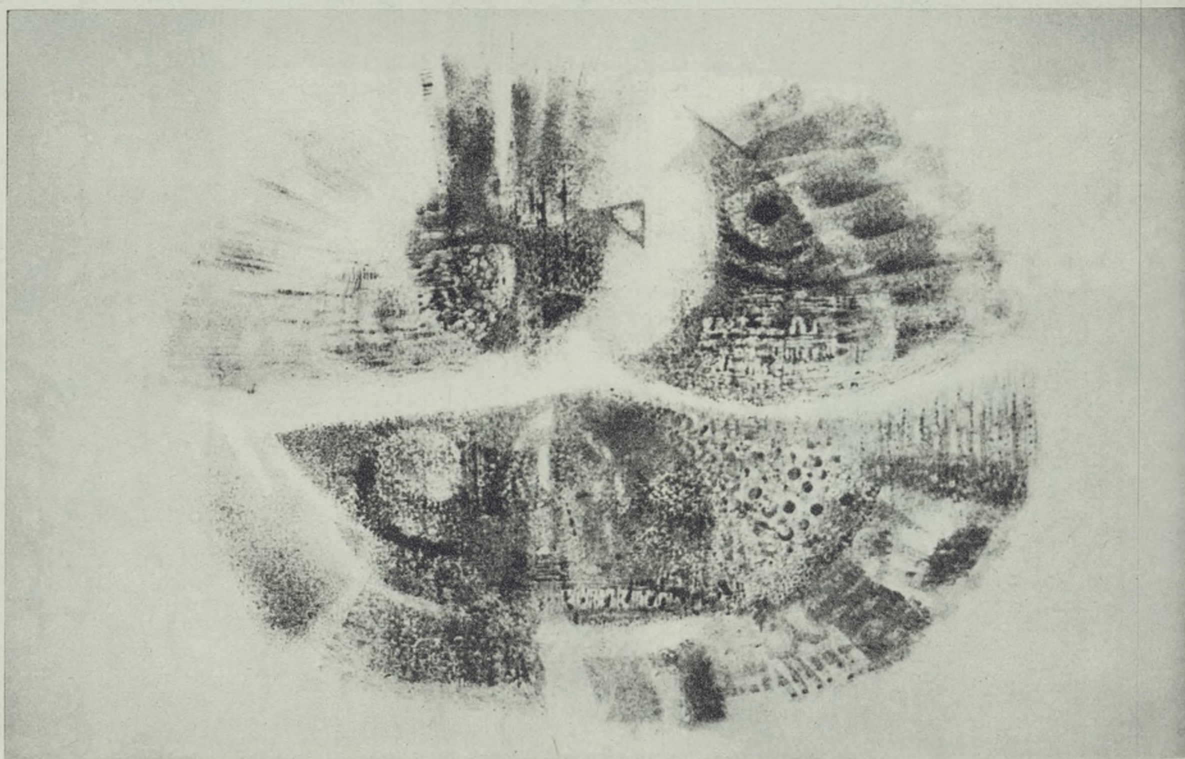
Celis, Miguel Ponce de León, Antonio Povedano, Mario Pucciarelli, Nelson Ramos, Robert Rauschenberg, Omar Rayo, Augusto Rivera, Larry Rivers, Marilia Rodrigues, Víctor Manuel Rodríguez, Elmar Rojas. Norberto Osvaldo Romberg, Mabel Rublí, Gerardo Rueda, Leoncio Sáenz, Kazuya Sakai, Gilvan Samico, Eduardo Sanz, Lotte Schulz, Antonio Seguí, Anesia Silva Telles, José Assumpção Souza, Américo Spósito, Carlos Squirru, Rachel Strosberg, Antonio Suárez, Carol Summers, Darío Suro, Lucy Tejada, Henri E. Telfer, Clorindo Testa, Juan-José Tharrats, Sacha Thebaud, Mario Toral, Harold Town, Guillermo Trujillo,

Alejandro Obregón (Colombia).

Edith Jiménez (Paraguay).



Leoncio Sáenz (Nicaragua).



Senén Ubiña, John Ulbricht, Tony Urquhart, Raúl Valdivieso, Román Vallés, Vicente Vela, José Vento, Juan Vilacasas, Aníbal Villacis, Manuel Viola, Oswaldo Viteri, Ignacio Yraola, Julio Zachrisson, Abelardo Zaluar, Luigi Zanotto, Velia Zavattaro y Fernando Zóbel.

Todas las tendencias de la pintura de hoy están representadas. El expresionismo abstracto y el expresionismo figurativo. El neodadá y el *pop art*. El indigenismo y la nueva figuración.

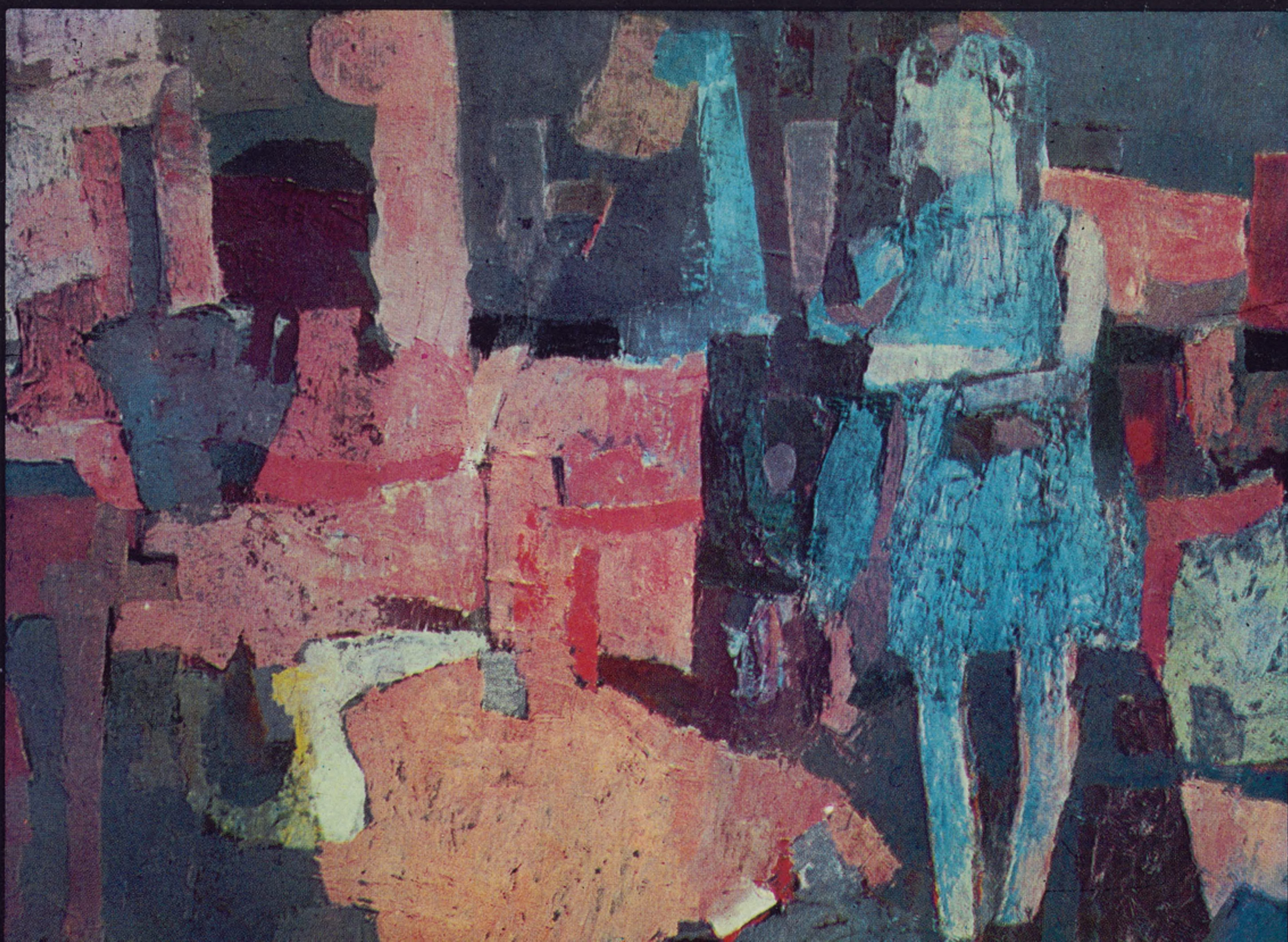
Aun así, esta exposición tiene perfecta unidad. Quizá, junto con su magnitud, sea ésta la nota más destacable.—J. I. M.

«Astronauta». Mario Pucciarelli (Argentina)

«Error: Cabo Norte». Carlisle F. Chang (Trinidad)



«El mundo de Luisa». Enrique Echeverría (México)



«Torre de Babel». Prefete Duffaut (Haití)

ARTE DE AMERICA Y ESPAÑA



«Journey 1963». Larry Rivers (EE. UU.)



«Desnudo de primavera». Nathan Oliveira (EE. UU.)

«Quetzalcoalt». Cleve Gray (EE. UU.)





«Dos metros de Antártida».
Ramón Dorrego (Cuba)

«La amiga del guerrero».
Guillermo Trujillo (Panamá)



«Puente primero». Armando Morales (Nicaragua)



«El Fénix». Grace Hartigan (EE. UU.)

«Composición». Enrique Galdós Rivas (Perú)



M. F.
PRIETO
BARRAL

pintura española en París



«La Virgen y el Niño con los ángeles».
Maestro de El Burgo de Osma.

La exposición organizada en París bajo la denominación elocuente de «Tesoros de la pintura española» ha sido un acontecimiento. Dos meses después de la inauguración, la afluencia de visitantes aún era extraordinaria. Y es reconfortante ver que, a pesar de las preocupaciones políticas, las huelgas y los problemas sociales, el arte sigue despertando un interés tan vivo. Estas 130 obras maestras, elegidas entre todas las que existen en Francia (iglesias, museos de provincias e incluso el Louvre), reunidas en plena «saison», han producido admiración en este París, donde, sin embargo, parecía que ya nadie podía asombrarse de nada. Y, a juzgar por las opiniones recogidas en críticas y comentarios de la prensa francesa, suscitó también una suerte de comezón en ciertos sectores artísticos, donde se va precisando la conciencia de que los jóvenes pintores deberían reflexionar ante la lección de los maestros clásicos. Después de tantas tentativas gratuitas y de tantos pretendidos descubrimientos, se ha expresado la esperanza, o el deseo al menos—y esto es altamente revelador—, de que las nuevas promociones se enfrenten con los problemas esenciales del arte, sin esquivarlos por salidas fáciles o innobles.

Rara vez se tiene ocasión de admirar un conjunto tan valioso y de una tan impresionante profundidad. En lo que se refiere al arte español, hacía exactamente ciento trece años que no se veía en París nada parecido, desde que se abrió en el Louvre la famosa galería de Luis Felipe, aquel soberano poco cultivado, pero con espíritu de mecenas, gracias al cual el público tuvo conocimiento de la pintura y la escultura española. Resulta tal vez inexacto decir que *tuvo conocimiento*, pues la verdad es que el público de Francia no estaba preparado para apreciar la pintura española, tan diferente del gusto italiano, entonces de moda, que idealizaba y suavizaba graciosamente los temas. En efecto, la penetración de obras procedentes de España se venía produciendo desde el siglo XVIII, lenta pero progresivamente, en principio gracias a los presentes entre las familias reinantes —retratos en su mayoría—, y más tarde en virtud de circunstancias políticas, que favorecieron la adquisición por parte de algunos coleccionistas entendidos. Por otro lado, los encargos e intercambios de obras religiosas, especialmente en las regiones del Sur, habían ido enriqueciendo las iglesias y conventos con retablos, trípticos y tablas de gran valor. En el siglo XIX, la afluencia fue mayor por diversas razones. Las famosas rapiñas del general Soult, durante la invasión napoleónica, hechas, a decir verdad, con buen cálculo y discernimiento, le convirtieron en dueño de una importante cantidad de obras de calidad, con las que supo especular tan hábilmente que el Estado francés no adquirió sino algunos de esos cuadros, pagados a precios muy altos, y la rica colección se fue dispersando. (Proceden de la venta de Soult, en esta exposición, entre otros, *La cocina de los ángeles* y *El nacimiento de la Virgen,* de Murillo, y siete cuadros de Zurbarán, que cuentan entre los mejores: *San Buenaventura en el Concilio de Lyon, El*



«Cristo en la cruz». El Greco.



«Adoración de los Reyes Magos». Zurbarán.

cuerpo de San Buenaventura expuesto, San Jerónimo penitente, Santa Agata, San Gabriel, Santa Lucía y *Santa Polonia.* Años más tarde, las revoluciones y la inestabilidad política bajo la regencia de María Cristina provocaron numerosas emigraciones de nobles y aristócratas, que vinieron a instalarse a Francia y vendieron aquí no pocas de sus riquezas. Goya vivió en Burdeos los últimos años de su vida, y aunque la mayoría de sus contemporáneos no le veían más que como un caricaturista satírico, su talento no pasó inadvertido para algunos espíritus lúcidos, como Delacroix, que se entusiasmaba ante la colección de *Los caprichos* y no dudaba en comparar al gran aragonés con Miguel Angel, y Théophile Gautier, que declaraba: «Sus caricaturas serán pronto monumentos históricos.»

Pero todo esto, naturalmente, no había trascendido ni siquiera hasta el francés medio. Las piezas pasaban a manos de expertos y *amateurs* o a museos nacionales. Sólo entre los artistas el interés por las cosas de España y la justa apreciación de nuestro arte iban definiendo un gusto «a la española». Víctor Hugo estrena su famoso *Hernani*; Merimée escribe y pide al Estado francés que compre cuadros españoles, de los cuales, es cierto, el Louvre no posee más que doce; Gautier ha hecho su *Viaje a España,* y habla en sus poemas de los «blancos cartujos de Zurbarán»... En este clima favorable, la idea de enviar una misión científica y artística a nuestro país fue acogida con agrado por Luis Felipe, que decidió delegar al barón Taylor, intendente del Teatro Francés, para que en su nombre y por cuenta del rey comprase obras de arte españolas. Partió el barón en 1835, y durante diecisiete meses recorrió España, acompañado de los pintores Dauzats y Blanchard, y asesorado por personas competentes de nuestro país, regresó con cerca de 500 cuadros y una importante cantidad de esculturas, cerámicas y porcelanas, la mayor parte de todo lo cual fue espléndidamente expuesto en la galería del Louvre a partir de enero de 1838. Quizá el barón Taylor no era un artista ni un experto, pero sí hombre hábil y de temperamento inquieto, y su conocimiento de España le ayudó a comprar con bastante acierto. Evidentemente, todas sus adquisiciones no fueron de primera categoría, pero había entre ellas algunas obras maestras, sobre todo de Zurbarán, de quien trajo no menos de ochenta cuadros.

La galería del Louvre produjo una indudable impresión y un evidente desconcierto. Aquella pintura dramática y verdadera causaba una sensación inquietante hasta el punto de que algunos críticos declaraban que era insostenible. Esa impresionante cantidad de cuadros revelaron de pronto las características del alma española, con sus defectos, sus cualidades raciales, su grandeza, su misticismo, su pasión. Y esta imagen de España, que asustaba un poco a la gente, subyugó a los artistas de la época. Con el apogeo del Romanticismo en Francia, España se puso de moda, y el viaje a Madrid para ver el Museo del Prado se convirtió en peregrinación. Millet declaraba: «Yo vivía en la galería española del Louvre»; el apasionado Courbet proclamaba su entusiasmo por Zurbarán, Velázquez y Ribera, y

«San Francisco». Zurbarán.





«Exposición del cuerpo de San Buenaventura». Zurbarán.

encontraba detestables, por contraste, a Tiziano y a Leonardo de Vinci; Manet estudió largamente a Goya, que sería ya para siempre su maestro supremo; más tarde, Renoir decía contemplando las rubias infantas de Velázquez: «Ahí está todo el saber de la pintura.» Los artistas son el centro sensible que vibra, anticipándose, ante todo valor emocional, y aquello que en un principio es una percepción intuitiva, llega a calar todos los estratos.

Fueron los escritores, los poetas, los pintores, los músicos incluso (Chabrier, Bizet), los que descubrieron España y la revelaron a un público que se sorprendía. Ahora las salas del Museo de Artes Decorativas están llenas de visitantes que miran con cariño, comprenden y admiran nuestra pintura.

Ha sido una feliz idea esta que ha tenido la Inspección de Museos Nacionales de Francia de reunir, en una exposición única, lo mejor que poseen sus museos e iglesias en cuanto a pintura española, permitiendo así apreciar una antología que comprende casi siete siglos. Se ha discutido siempre sobre la inconveniencia de que los museos y colecciones presten sus obras, y se aducen para ello muchas razones de peso. Pero abogan en favor otros criterios, también convincentes, que en este caso, por dicha, han prevalecido. Todos estos cuadros dispersos en regiones diversas no podían dar, aislados, ni una ligera idea del valor que adquieren así, complementándose en un conjunto perfectamente ordenado. No es tarea fácil lograr una organización tan meticulosa, y los problemas a resolver eran muchos, desde el criterio de selección, e incluso de identificación en algunos casos, hasta la confección del catálogo, que contiene datos y reseñas de cada uno de los cuadros, constituyendo una preciosa obra de consulta. Pero todo resultó perfecto.

Se abre la exposición con una rica colección de 34 primitivos que justificarían por sí solos la visita. Después de innumerables trabajos de investigación, se ha logrado identificar algunos de ellos, falsamente atribuidos a maestros góticos alemanes o flamencos. Hecha la luz sobre los casos dudosos, Francia se enorgullece hoy de poseer una de las más importantes colecciones de primitivos del mundo, superior incluso a la del Prado en lo que se refiere a los españoles. Berruguete, Bermejo, Borrassa, Fernando Gallego, Jaime Huguet, etc., están magníficamente representados. De los siglos XVI y XVII dominan el Greco, Ribera y Zurbarán. Un *Cristo en la cruz* del Greco proviene seguramente de las adquisiciones del barón Taylor. A su lado, otros seis cuadros del propio maestro o de su taller, de los cuales la técnica y la supuesta época de ejecución ofrecen algunas dudas. Seguramente lo mejor de entre estos Grecos es la *Dolorosa*, que ilustra plenamente su estilo peculiar. Nueve cuadros importantes de Ribera dan una cabal idea de la personalidad del gran maestro valenciano, que, no obstante su larga permanencia en Italia, es, sin duda, uno de los pintores más típicamente españoles. Las salas dedicadas a Zurbarán, con 15 composiciones magníficas, casi todas de dimensiones considerables, son una verdadera sorpresa, y forman una estupenda antología, por la variedad de los temas, épocas y fac-


«La Dolorosa». El Greco.


«Coronación de la Virgen». Juan de Abadía.

turas. Destaca el célebre *San Francisco,* del Museo de Lyon, tratado con una técnica de plástica escultórica.

Velázquez no está tan bien representado, aunque el gusto con que han sido colocados sus cuadros, en un saloncito tendido de grana, hace resaltar los retratos reales sobre el tejido suntuoso. Pero, felizmente para España, todo lo mejor de Velázquez está reunido en el Prado, salvo raras excepciones.

¡Qué soberbio cierre es la sala consagrada a Goya! Una gran sala, que contiene 14 cuadros, presidida por la famosa *Junta de Filipinas,* del Museo de Castres, que, liberado de la capa de barniz que lo cubría, aparece en todo su esplendor como uno de los cuadros más extraordinarios que existen. *Las viejas,* patéticas, envueltas en suaves vestiduras—que son hermosísimos trozos de pintura—, se encaran con *Las jóvenes* (o *Dama leyendo una carta*) en la pared opuesta. Goya es como un resumen de todo lo que acabamos de ver, una síntesis de toda la pintura española.

M. F. P. B.


Angulo de una de las salas. (Fotos de T. Cabestrero.)



La juventud francesa se interesa por los libros españoles.

el libro español

por

JOSE MIGUEL DE AZAOLA


Acto inaugural de la Exposición de París.

DESDE su fundación, el Instituto Nacional del Libro Español viene considerando como una de sus misiones más típicas y de más importancia la exhibición de los libros editados en España, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Pero aquí trataremos únicamente de las exposiciones celebradas en el extranjero durante los últimos años.

La más importante manifestación librera del mundo es en nuestro tiempo la Feria Internacional del Libro de Francfort, que tiene lugar cada año a comienzos del otoño. Desde 1953 (cuando la Feria todavía tenía dimensiones relativamente reducidas, concurriendo a ella una docena de países), el I. N. L. E. viene asistiendo con regularidad a esta gran manifestación y presentando en ella lo más selecto de nuestra producción editorial. En 1962, el «stand» español, con sus 90 metros cuadrados y una decoración que llamó poderosamente la atención entre los extranjeros, comprendía aproximadamente un millar de volúmenes, los dos tercios de los cuales eran novedades y el tercio restante lo integraban libros seleccionados entre la producción de los últimos cinco años.

Para medir la importancia creciente que nuestros editores y libreros conceden a la Feria de Francfort resaltamos estos datos: en 1953, cuando España concurrió a Francfort por primera vez, no había más «stand» español que el colectivo del Instituto; en 1962, además de un «stand» colectivo bastante más amplio que el primero, hubo una docena de «stands» individuales de otras tantas editoriales españolas. Por otro lado, los únicos editores y libreros que desde España fueron a Francfort en el año 1953, y que se podían contar con los dedos de una mano, eran alemanes establecidos en nuestro país. Hoy, además, acuden los representantes de cincuenta o sesenta editoriales o librerías españolas que, con o sin «stand» propio, se hallan interesados en la Feria Internacional, porque ésta se ha convertido no solamente en un gran centro de venta de libros, sino—y este fenómeno está siendo cada vez más importante—en la gran bolsa mundial de contratación de los derechos de edición.

La exposición más importante del libro español en Europa durante el año 1962 fue la celebrada en el Gran Salón de la Sorbona, de París, donde se exhibieron, del 12 al 28 de octubre, 2.600 volúmenes que constituían una selección muy cuidada de la producción española del último lustro y algunas otras obras elegidas por su excepcional importancia y posteriores a la última exposición general de libros españoles que tuvo lugar en París, en el otoño de 1954.



«Stand» español en la Feria Editorial de Francfort.

en el extranjero

Era visible (y los comentarios de la prensa no dejaron en casi ningún caso de subrayar el hecho) el progreso realizado por los editores españoles en los ocho años transcurridos entre ambas exposiciones. Nuestras recientes importaciones de maquinaria moderna de artes gráficas y el auge adquirido por la producción de libros—gracias sobre todo al considerable aumento de la demanda del mercado hispanoamericano—han permitido a la edición española realizar notables progresos y publicar cada año multitud de obras confeccionadas con arreglo a los más modernos adelantos de la técnica editorial.

Esta exposición de París ha servido, por otra parte, para estrechar aún más los lazos ya antiguos y sólidos de amistad y camaradería entre las personas del mundo librero español y el francés. La colaboración del Comité Permanente de Exposiciones del Libro Francés (correspondiendo a la que el I. N. L. E. le prestó cuando vino a exponer sus propias ediciones en Madrid y en Barcelona) ha permitido presentar nuestros libros no sólo con decoro, sino con brillantez. La hospitalidad del embajador de España en París y la que, en recíproca cortesía, ofrecieron los directivos del Círculo Francés de la Librería, proporcionaron sendas ocasiones de confirmar estas relaciones tan cordiales, rubricadas por la recepción que en honor de los expositores españoles dio la firma Sodexport.

Los libros expuestos en París en el otoño de 1962 pasan en 1963 a Toulouse y a Burdeos—los otros dos grandes centros franceses de los estudios hispánicos—, con lo que queda cerrado este ciclo de exposiciones en Francia.

Para fines de 1963 proyecta el I. N. L. E. la iniciación de un periplo italiano, que comenzaría en Roma con una magna exposición de nuestro libro católico, coincidiendo con la segunda etapa del Concilio Ecuménico, y que proseguirá en los primeros meses de 1964.

En noviembre de 1962 tuvo lugar en Buenos Aires una gran exposición organizada por los importadores de libros españoles en la República Argentina, con la colaboración del I. N. L. E. y la de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores. La exposición de nuestros libros se celebró en el grandioso marco del teatro San Martín, gentilmente cedido por la municipalidad bonaerense, y fue realzada por una serie de actos, en cuya organización colaboraron activamente los servicios culturales de la Embajada de España en la gran capital del Plata.

Al mismo tiempo España participaba, con varios centenares de volúmenes escogidos, en la exposición internacional de libros de texto que, coincidiendo con la Conferencia General de la Unesco, se inauguró en París el 13 de noviembre.

A fines de diciembre de 1962, y en los locales mismos en que simultáneamente se celebraba el congreso anual de los profesores de español y de portugués de los Estados Unidos—dentro del marco de la Modern Languages Association—, se expusieron en Washington un millar de títulos de nuestra producción editorial, principalmente seleccionados en el sector de la literatura—tanto clásica como moderna—, la filología y la lingüística. Esta manifestación, a la que asistieron los representantes de cuatro editoriales españolas y en la que se recogieron varios cientos de miles de pesetas de pedidos, ha servido de testimonio que acredita la importancia creciente que para nuestros libros posee el mercado norteamericano, y al propio tiempo para mostrar, a un público selecto y especialmente interesado en nuestra producción, algunos de los títulos más interesantes y menos conocidos de la misma.

El programa de la exposición del I. N. L. E. en el extranjero debiera ser mucho más amplio, y si no lo es, ello se debe a la limitación de los medios financieros de que el Instituto dispone. Esta limitación queda salvada en parte por una subvención de la Comisaría de Ferias y Exposiciones (dependiente de la Dirección General de Expansión Comercial, del Ministerio de Comercio); pero, así y todo, la cifra que el I. N. L. E. tiene a su disposición para estas atenciones es insuficiente. Comparada con los seis millones de nuevos francos que a las mismas dedica el Gobierno francés, resulta verdaderamente insignificante. Gracias a esos seis millones, Francia ha podido exhibir sus libros durante 1962 en más de cincuenta ciudades extranjeras, en exposiciones unas veces generales y otras monográficas, acompañadas siempre de la presencia activa de los delegados del Comité Permanente de Exposiciones, del Sindicato Nacional de Editores y de las principales firmas editoriales...

El mercado mundial del libro español no sólo tiene un porvenir claro por la existencia de veinte países de habla castellana al otro lado del Atlántico, sino también gracias a la creciente afluencia de turistas a nuestra patria y al interés que los temas españoles suscitan en toda Europa. Para abrir nuevos mercados a nuestros libros y para consolidar y ampliar los que ya están abiertos, estas exposiciones, debidamente preparadas y orientadas con un sentido fundamentalmente práctico, no son sólo manifestaciones de prestigio, sino también fuente de riqueza y medio de expansión espiritual.

J. M. de A.



Gaspar Cassadó

VIOLONCELLISTA UNIVERSAL

GASPAR Cassadó entra, sale, saluda, toca, se va, vuelve, organiza, presenta, sugiere, toca de nuevo, mueve piedras, sonríe, brinda la imagen más perfecta del maduro infatigable—«un Vittorio de Sica español», comentó alguien—, galán perpetuo, caballero, por los caminos del mundo, de su violoncello, artista españolísimo y universal... Cassadó es siempre noticia. Las de su éxito se han difundido una y otra vez por todas las agencias. Las de sus fidelidades a España sirvieron tema de muchos informes y glosas. Catalán por los cuatro costados, lejos de su patria chica desde la adolescencia, quedan extraños reflejos de acento, giros y frases de un tipismo cierto, que, eso sí, mezcla, de forma *sui generis*, con una especie de sánscrito para su uso personal, en el que aparecen palabras alemanas, italianas, castellanas, inglesas, francesas, con predominio que fluctúa según el interlocutor de turno. Y no porque Gaspar no pueda manejarse con soltura en muchas de estas lenguas. sino por su efusividad abierta, su amplitud de miras, su afán de atender a todos y que todos le comprendan. El mismo que le lleva en tantas ocasiones a pronunciar palabras al final de los conciertos para ofrecer un *bis*, justificar la selección, decir algo en torno de la Sociedad, el grupo de organizadores, la ciudad en que se halla...

Parecía impenitente soltero. Hace muy pocos años aún contrajo matrimonio. Con una encantadora japonesa, Chieko Hara, que es la quinta esencia de la cortesía y el refinamiento, al tocar también como pianista de una clase que resalta más el trabajo del esposo, con el que, de esa forma, se completan la proximidad hogareña y la artística.

Este año ha tenido, tiene aún, particularísima significación para Gaspar Cassadó. Celebra, joven de espíritu y en plenitud de sus facultades de artista, los cincuenta años de profesión ininterrumpida. en una permanente, fructífera y ejemplar actividad. Sus actuaciones en las Sociedades Culturales y Filarmónicas de España, encabezadas por la malagueña, que le vio nacer al arte, han supuesto para él la ocasión de cosechar aplausos y pruebas de un afecto que, como los buenos vinos, se hace de mayor calidad cada vez. En Madrid, luego de una memorable versión como solista en los conciertos de la Orquesta Nacional del *Doble concierto* de Brahms, actuó para una sociedad bisoña, pero llena de prestigio: «Cantar y Tañer». Luego de ofrecernos con su esposa una serie de sonatas y obras de empeño tocadas con singular acierto, habló al público. Este día la voz respondió a medias, porque el artista estaba sincera, justamente emocionado. Celebraba sus bodas de oro, y al decírnoslo solicitó permiso para tocar dos obritas, justo aquellas con las que cincuenta años atrás se había iniciado en la vida pública de concertista: dos fragmentos bien significativos y populares: *El cisne*, de Saint-Saëns, y *El vuelo del moscardón*, de Rimsky Korsakof. Los tocó... de una forma conmovedora. El primero, por la unción, la seriedad, la pureza de un sonido lleno, bellísimo, cálido, sin aspavientos, capaz de, por sí solo, mostrar la validez y la legitimidad de un prestigio. El segundo, por el virtuosismo leve, la facilidad de una técnica brillante, de una ejecución sin mácula. Dos piezas archiexplotadas, diríamos que víctimas propiciatorias de versiones buenas, regulares, malas y peores, que de pronto renacían con toda su fuerza gracias a la inspiración de un artista.

Es bien bello poder llegar a los años de Cassadó, sobre todo a sus años de profesión activa, sin que las facultades declinen, sin que sea necesario apoyarse en la historia para rendirle gozoso aplauso. Y éste es su caso: que el concertista sigue en la brecha, sin desfallecer, y luego de la efemérides, continuará su camino inconmovible al desaliento, a la pereza, al deseo de limitar esfuerzos.

Los de Cassadó se diversifican hoy de manera sorprendente. Da clases en Colonia, en Florencia, un pie en el estribo siempre. Es parte fundamental de la Academia Chiggiana, en Siena; primerísimo elemento, con Segovia, Alicia de Larrocha, Conchita Badía, Iglesias, del empeño insólito en nuestro ambiente que en Santiago, bajo la advocación del Santo Apóstol, ha creado cátedra de información e interpretación de la música española. Sí; en las aulas de «Música en Compostela», con discípulos de muchos orígenes, hermanados los de España y los de otros puntos, Cassadó explica, da lecciones teóricas y prácticas, hace que resuene la voz de su cello en el marco ilustre de la Capilla del Hostal de los Reyes Católicos, atiende a toda clase de solicitudes, impulsa, escucha, comenta, vive afanoso en relación con unos y otros, con colegas y alumnos, con artistas de calidad ya probada y con los que la anuncian. Es ahí donde Cassadó parece hallar su perfecto medio. Pero sólo por unos días. Le reclama luego su imperioso calendario. Y viaja: del Japón a los países germanos, de éstos a los de Hispanoamérica...

Entre los grandes artistas de España, Gaspar Cassadó goza de un puesto privilegiado, ya desde hace muchos años. En estos primeros cincuenta de profesionalismo han sido muchos los galardones recibidos. Quizá ninguno tenga para él más atractivo que el de saberse en plenitud de la popularidad y la estimación artística, doble estampa de la historia ejemplar y el presente luminoso.

ANTONIO FERNANDEZ-CID

MUSICA



susana mara, la Antígona argentina

"Me importa mucho seguir haciendo teatro en España"

Es una actriz de mucho nervio, alta vena trágica, eficaz juego de manos, rica media voz..." Así definía Enrique Llovet a Susana Mara cuando la actriz argentina hizo su presentación ante el público español. "Susana Mara, magnífica de gesto, de ritmo pasional interno y externo, de voz y mirada torturantes...", escribiría, por su parte, Manuel Díez Crespo. "Delito en la isla de las cabras" y "El carnaval del diablo" fueron las dos obras que bastaron a Susana para acreditarse entre nosotros como una dramática de temperamento, digna discípula de doña Lola Membrives.

—Junto a Lola me he formado, y a ella le debo buena parte de lo que soy.

Susana Mara nació en Buenos Aires, y allí realizó sus estudios de arte dramático, bajo la dirección de Antonio Cunill Cabanellas. Pronto debutaría en el Teatro Municipal San Martín con "La anunciación a María", de Claudel.

—De esta obra tomé mi segundo nombre de Mara. Mi verdadero apellido es Miñaca.

Siendo alumna de la Facultad de Derecho, en Buenos Aires, había formado parte del Teatro Universitario, interpretando a Gide, Maeterlinck, Bernard Shaw y O'Neill.

—En la compañía de Lola Membrives ingresé en el año 1955.

—¿Cuál fue el primer papel que te confió doña Lola?

—La Adela de "La casa de Bernarda Alba". Aquello fue para mí una prueba decisiva.

Un año después, dirigida esta vez por Luis Mottusa, anima en el Versailles uno de los papeles importantes de "Proceso a Jesús", de Diego Fabri, y el personaje de Estela en "A puerta cerrada", de Sartre.

—En el verano de 1957 me correspondió inaugurar, con "Vela de armas", el Festival Dramático de Mar del Plata.

Posteriormente hizo "La mentirosa", de Fabri, en el teatro Astral de Buenos Aires. Seguidamente protagonizó "La zapatera prodigiosa", de Lorca.

—En 1958 volví al elenco de Lola Membrives para intervenir en "La Malquerida", "Su amante esposa" y otras obras del repertorio benaventino. En 1960 estrenábamos "La buena sopa", de Marceau. Al año siguiente me incorporé como primera actriz a la compañía dramática que Acción Artística organizó para estrenar una nueva versión de "El carnaval del diablo", con destino al teatro al aire libre...

Con la Compañía Argentina de Teatro Regional—conjunto auspiciado por la Comisión Nacional de Conmemoración del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos, Dirección de Relaciones Culturales de la Cancillería, Fondo Nacional de las Artes y Sociedad General de Autores de la Argentina—se presentó en el Festival del Teatro de las Naciones, de París, debutando más tarde en España. Susana Miñaca de Cartazzo, esposa de José Guillermo Cartazzo, el activo y prestigioso hombre público argentino, tiene establecido su hogar en Buenos Aires, y durante sus horas madrileñas le asoma de pronto a los grandes ojos, a la risa, a su semblante, de belleza un tanto india, la nostalgia, el vacío de la lejanía de los suyos.

—Tengo un hijo de cuatro años que se llama Ramón, como su abuelo. Nosotros hablamos a la gente de Ramón como si se tratase de algún personaje importante, y cuando ven aparecer a una personita tan pequeña lo encuentran muy divertido...

Quizá fue José Luis Alonso el director español que primero descubrió la capacidad dramática de Susana. Y le ofreció un papel en "Delito en la isla de las cabras".

—José Luis Alonso—nos dice con su voz secretamente vibrante siempre, bajo la dulce musicalidad del acento porteño—me parece un director de clase internacional. Yo he tenido ocasión de asistir en Buenos Aires a representaciones excepcionales, ya que por allí pasa a lo largo del año el teatro de todo el mundo... Y creo que puedo establecer comparaciones entre José Luis Alonso y los grandes directores del momento...

—¿Eres exclusivamente una actriz dramática?

—No. También me entusiasma la comedia. Y todo lo que sea gran teatro, desde los clásicos hasta los autores de vanguardia.

—¿Qué diferencia existe entre interpretar para argentinos e interpretar para españoles?

—El público de Buenos Aires es menos expresivo que el español. Se limita a asistir o no asistir al teatro, según que le guste o que no le guste la obra; pero nunca manifiesta su entusiasmo o su indignación tan vivamente como suele hacerse aquí. La verdad es que cuando debuté en Madrid lo hice con mucho miedo.

—Afortunadamente, Susana, todo salió bien.

—Sí. El público y los críticos han sido muy buenos conmigo. Me siento ya más segura en un medio que, si no completamente extraño, sí era al menos distinto del mío habitual.

Dispuesta a luchar contra el tirón entrañable de su país y su familia, Susana Mara espera nuevas oportunidades para seguir haciendo teatro en España, porque esto lo considera muy importante para su carrera, y de momento lo sacrificará todo a su vocación.

—Claro que, aunque hago poca vida social, me encuentro muy bien en Madrid.

Conoce y ama la ciudad. El Madrid y los Madriles, pues ha paseado por los viejos barrios galdosianos y los itinerarios históricos, buscando siempre el encanto más secreto de la ciudad. "He de confesar que cuando vi por primera vez, al llegar, el Madrid de la Gran Vía, pensé para mí que de eso ya tenemos mucho en América. Lo que yo buscaba aquí era el sabor de la historia. Y ya lo he encontrado..."

El régimen teatral español de las dos funciones diarias es algo a lo que todavía no se ha adaptado plenamente, de modo que prefiere concentrarse en el trabajo a dispersar su atención y sus energías en la agotadora vida social madrileña.



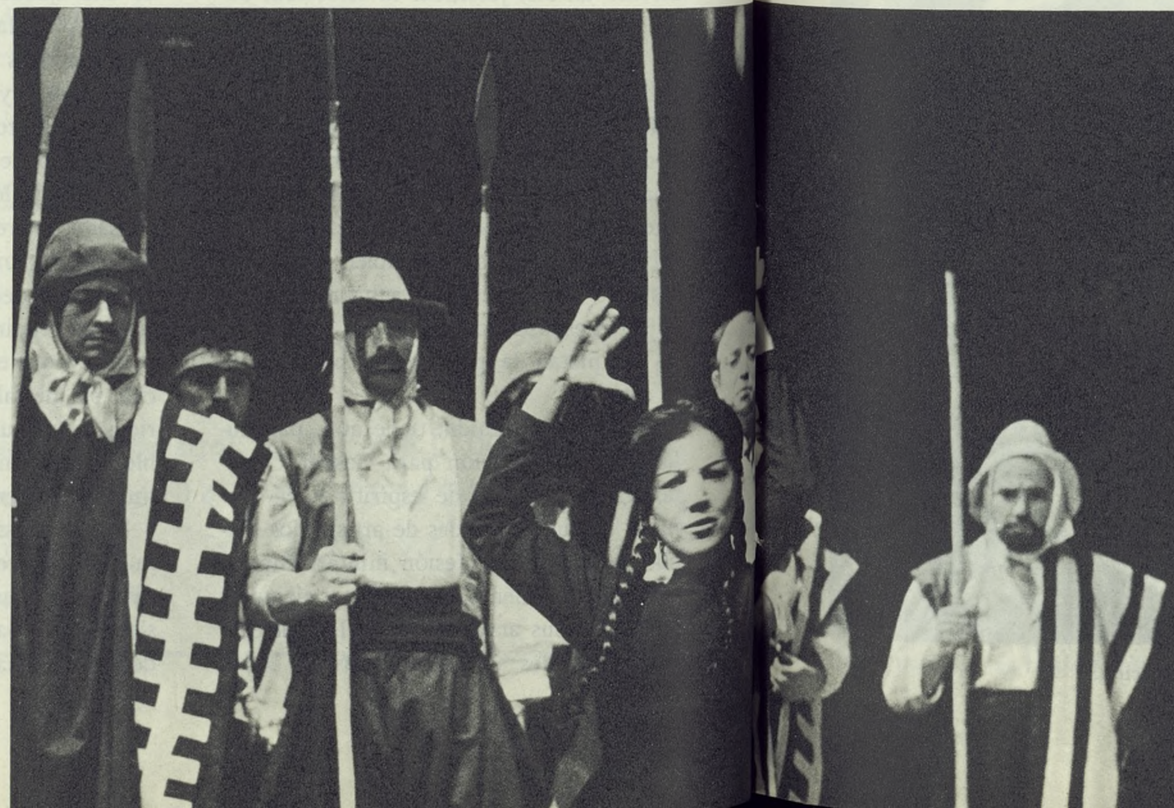
—¿Has viajado por el resto de España?

—Sí. Conozco bastante el país. ¿Sabes lo que me ocurrió en Toledo?

—Naturalmente, no sé lo que le ocurrió en Toledo a Susana Mara.

—Pues que me olvidé de ver los cuadros del Greco. Mi marido se enfadó mucho cuando se lo dije. Y es que cuando llego a una ciudad de tanta sugestión como Avila o Toledo, lo primero que me gana es el ambiente, las posibilidades que aquello ofrece, incluso, para una gran representación con escenarios naturales... Y me olvido de lo demás.

Los viejos escaparates de la calle del Prado, las tabernas típicas y escondidas, la pintura que se hace y se vende en la calle, el aire de la ciudad gratamente paseada, se llevan los ocios de Susana Mara, una actriz reconcentrada y un poco solitaria que, sin embargo, puede sonreír, de pronto, maravillosamente, con su sugestión y su encanto de Antígona india, hija de española y de argentino.—F. A.







TEATRO NACIONAL UNIVERSITARIO

Aspecto parcial de la sala del teatro nacional María Guerrero durante una representación.

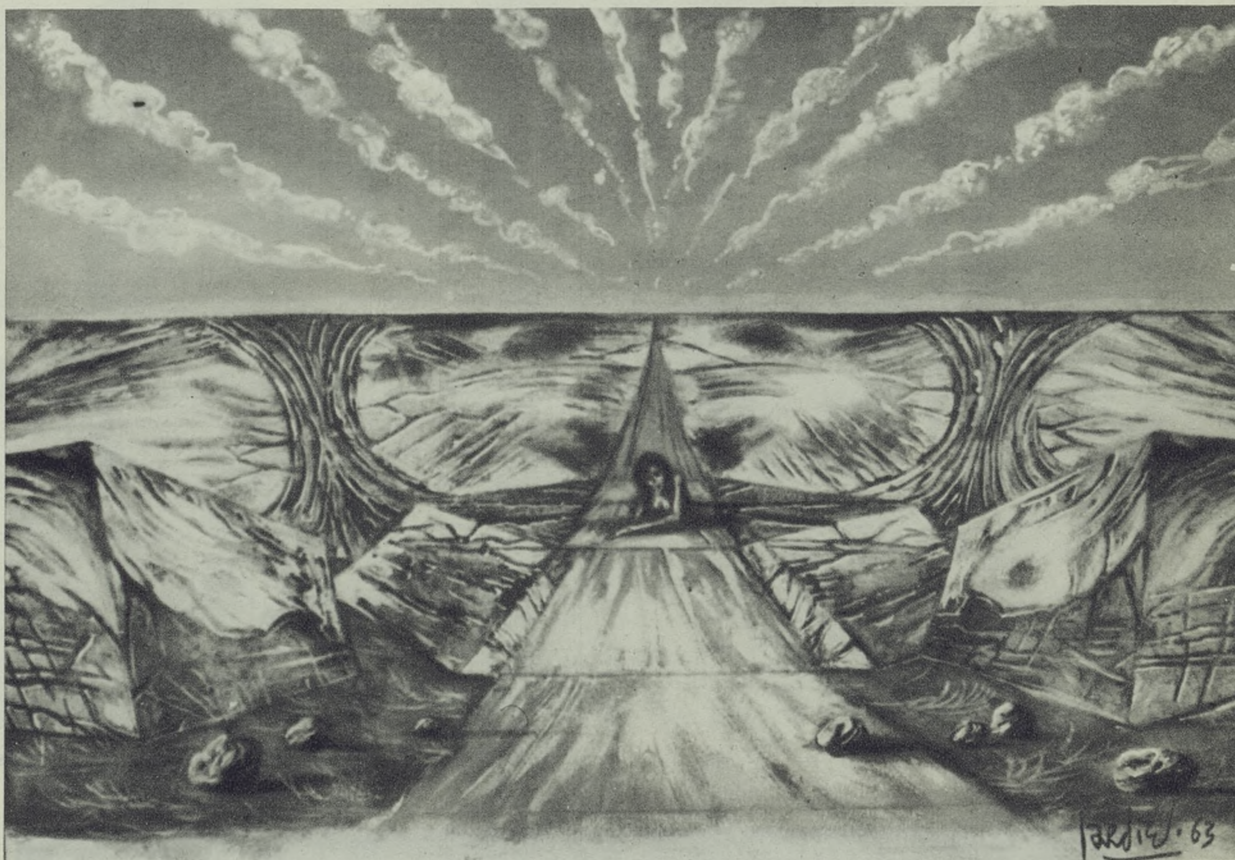
IONESCO, GHELDERODE, BECKETT, PINTER, UNAMUNO, VALLE, LORCA, GOMEZ DE LA SERNA, CHEJOV, ELLIOT, IBSEN Y PIRANDELLO, EN EL FESTIVAL DE TEATRO DEL SIGLO XX



Una escena de «La escuela de los bufones», de Ghelderode.

EL Teatro Nacional Universitario viene desarrollando en Madrid un Festival de Teatro del Siglo XX, dividido en tres ciclos, el primero de los cuales comprende obras de la vanguardia europea de última hora. En el segundo ciclo se ofrece una interesante visión del teatro español contemporáneo menos conocido o, en todo caso, menos representado, desde los grandes: Unamuno, Valle-Inclán, etc., hasta los más jóvenes, como Fernando Arrabal o Delgado Benavente. El tercer ciclo se nutre de nombres clásicos ya en el teatro europeo de nuestros días e incluso en la historia general del teatro: Strindberg, Pirandello, etc. Las representaciones se vienen celebrando en el teatro nacional María Guerrero, generalmente en sesión de noche y casi siempre a teatro lleno. Un público, universitario en su mayoría, acude cada semana a estas sesiones, mediante abonos que le permiten seguir un ciclo completo a precios adecuados a la economía estudiantil. Los estudiantes hispanoamericanos y filipinos—son muchos los que acuden a este Festival de Teatro del Siglo XX—disfrutan de entradas especiales al precio de quince pesetas.

Para esta dramática de vanguardia se han elegido también escenógrafos de vanguardia, pintores abstractos o neofigurativos: Quirós, Jardiel, Millares, Viola, Lucio Muñoz, Grandío, María Antonia Dans, José Caballero, Antonio Saura, Enrique Gran, etc., e incluso el pintor madrileñista Eduardo Vicente. José Antonio Parrilla, director del Teatro Nacional Universitario, nos ha expresado así sus propósitos: «La Universidad ha querido incorporarse al teatro. Es nuestro pri-



Decorado de Paredes Jardiel para «Días felices».

María Abelenda y Antonio Medina en «Las sillas», de Ionesco.



Decorado de Antonio Quirós para «Las sillas».



Maruchi Fresno en «Días felices».

mer paso para que después el teatro quede incorporado a nuestras aulas. Pero sería un grave error que quisiéramos hacer teatro por puro pasatiempo. Por ello hemos confeccionado este Festival de Teatro del Siglo XX, que consideramos fundamental en la formación teatral de los universitarios.»

Los chicos mantienen su empresa abierta a todos. No quieren hacer un teatro centralizado, madrileño, encerrado en un público minoritario. Con el tiempo, el T. N. U. y su primer Festival recorrerán España. No cabe duda de que el programa es ambicioso y apenas cuenta con otro apoyo que el en cierto modo hipotético de esos miles de universitarios para quienes, esencialmente, se abre el T. N. U. El Sindicato de los estudiantes ha querido servir teatro importante y asequible económicamente a un mismo tiempo. El traductor y adaptador de la mayoría de las obras extranjeras que se dan en este Festival es el in-

cansable y eficaz Trino Martínez Trives. La representación de «Las sillas», de Ionesco, ha sido uno de los primeros y fundamentales éxitos del ciclo. Por sus formas de expresión inéditas y la depurada línea clásica que en ellas subyace, «Las sillas» ha sido considerada pieza clave en la producción del desconcertante dramaturgo rumano e incluso en el nuevo teatro europeo. Estos muchachos del T. N. U. tienen siempre muy presentes las palabras de Jean Anouilh: «Es un hecho: el joven teatro francés se llama Beckett, Adamov, Ionesco. No contiene nada bretón, ni perigordino, y yo soy su antepasado, con mi milésimo 1932—a veces me pregunto si por lo menos el vino fue bueno aquel año—, un antepasado que ni siquiera merece respeto. Me engañé durante mucho tiempo creyendo que sólo se trataba de jóvenes pensadores de Europa Central. Creía, en todo caso, que estos tres hombres que me tomaron prestado mi idioma, y venían a que los representara en mi pueblo y por mi pueblo, tenían un común denominador—pongamos la inquietud—, que se iban a contentar con pensar, con una juiciosa rebeldía—la rebeldía es conformismo hoy—y con quedarse eternamente en la vanguardia. "Esperando a Godot" es una de las obras maestras del joven teatro que comento, una de las pocas obras que me han sumido, en mi edad madura, en esa desesperación del creador torpe. Considero "Esperando a Godot" una de las tres o cuatro obras clave del teatro contemporáneo, desde que el viejo brujo siciliano nos estampó en las narices "Seis personajes en busca de autor". Y de pronto irrumpe Ionesco con "Las sillas", qué sé yo desde dónde... Estoy convencido de que es superior a Strindberg, porque es "negro" a lo Molière; de una manera locamente divertida, es repelente y gracioso, conmovedor y siempre auténtico, y, excepto en un toque insignificante de vanguardia envejecida que a mí no me gusta, hacia el final, es un clásico.»

«Las sillas», traducida—cómo no—por Trino Martínez Trives, fue presentada, con escenografía de Quirós, por Antonio Medina, María Abelanda y Bonifacio de la Fuente, en sus tres únicos y trágicos personajes, bajo la dirección del propio Trives. «La escuela de los bufones», en un solo acto, es original de Michel Ghelderode (versión española de Elías Amézaga). Se presentó en este Festival con escenografía y figurines de Francisco Mateos, coreografía de José Ramón Aguirre y decorado de Redondela, según la dirección de Aitor de Goiricelaya. Caballeros y bufones fueron incorporados por un amplio reparto, con los actores universitarios Carlos Ballesteros, José Caride, Luis Marín y Francisco Margallo a la cabeza. «La



María Luisa Lamata.


COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS
CERVANTES-S.A





Figurines de Francisco Mateos para «La escuela de los bufones».

escuela de los bufones» es una pantomima filosófica y extremada que el crítico Enrique Llovet ha calificado de teatro fanático para fanáticos del teatro. En cuanto a «Días felices», del siempre discutido Samuel Beckett, nos llegó en interpretación de Maruchi Fresno y Bonifacio de la Fuente en los papeles de Wuillie y Winnie, el hombre y la mujer. Dos símbolos humanos de lo vulgar y lo cotidiano, que Beckett ha tratado con su ya conocida impiedad crítica, construyendo a su manera esotérica e incoherente el más duro alegato que nunca se haya escrito contra la mujer.

«El portero», de Arold Pinter, y «Los negros», de Genet, completan esta selección de teatro europeo de vanguardia que ha dado entrada al Festival de Teatro del Siglo XX. Como ya está dicho, los otros dos ciclos comprenden obras españolas y clásicos del siglo XX, respectivamente, en un esfuerzo sin precedentes, y en el que poco cuentan las inevitables deficiencias, siempre superadas por la vocación y la voluntad de estos estudiantes, que también nosotros llamaremos «fanáticos del teatro».

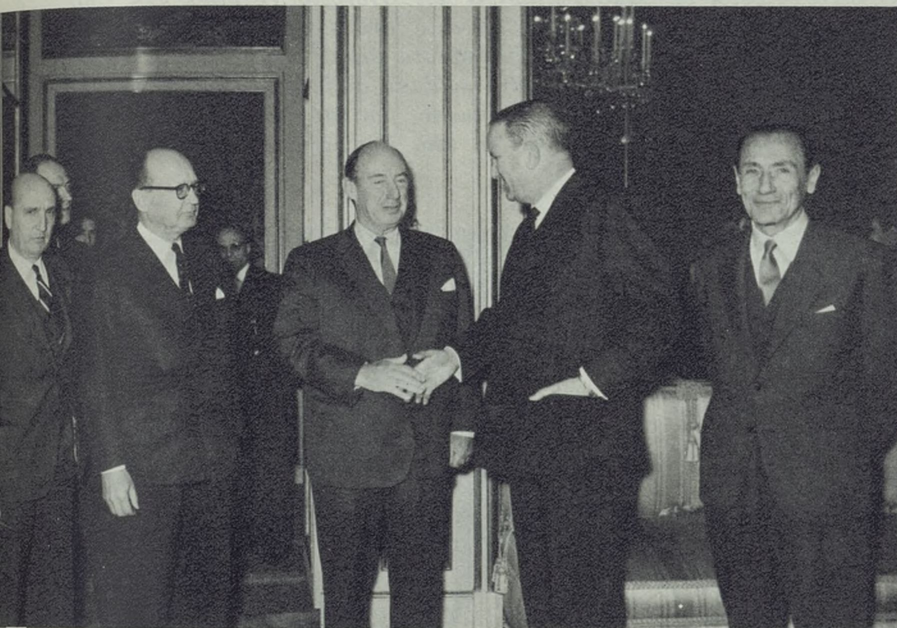


Del éxito obtenido en esta campaña de la juventud por el nuevo teatro puede darnos idea la cantidad de público que esperaba conseguir entrada para una de las representaciones. (Fotos Basabe y Henecé.)


BANCO IBERICO

OBJETIVO HISPANICO

Entrevista Stevenson-Castiella



El embajador de los Estados Unidos en la O. N. U., Mr. Adlai Stevenson, que en viaje privado ha permanecido unos días en España, se entrevistó con el ministro español de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, con quien mantuvo una cordial conversación, que duró dos horas. El señor Stevenson llegó al Palacio de Viana acompañado del embajador de los Estados Unidos en Madrid, señor Woodward, y del ministro consejero de la Embajada, señor McBride. Al señor Castiella, que esperaba su llegada, le acompañaba el subsecretario del departamento, señor Cortina; los directores generales de Política Exterior, señor Sedó; de Organismos Internacionales, marqués de Nerva, y de la Oficina de Información Diplomática, Señor Martín Gamero, así como el director de Asuntos Políticos de América del Norte, señor Sagaz. El señor Stevenson visitó posteriormente Avila y Sevilla, donde fue cumplimentado y agasajado por las autoridades.

El vicepresidente filipino, en España



El vicepresidente de la República de Filipinas, don Emmanuel Peláez, acompañado de su esposa y de su hijo Emmanuel, ha realizado un breve viaje con carácter privado a nuestra patria. A su llegada al aeropuerto de Barajas fueron recibidos por el embajador en Madrid, don León María Guerrero. Los señores de Peláez se trasladaron después a Sevilla, para presenciar los tradicionales desfiles procesionales de Semana Santa. Terminadas las conmemoraciones litúrgicas de la capital andaluza, el vicepresidente de Filipinas regresó de nuevo a Madrid, donde fue cumplimentado en la Embajada, siguiendo viaje a París.

Don José Solís, miembro de honor del I. de C. H.

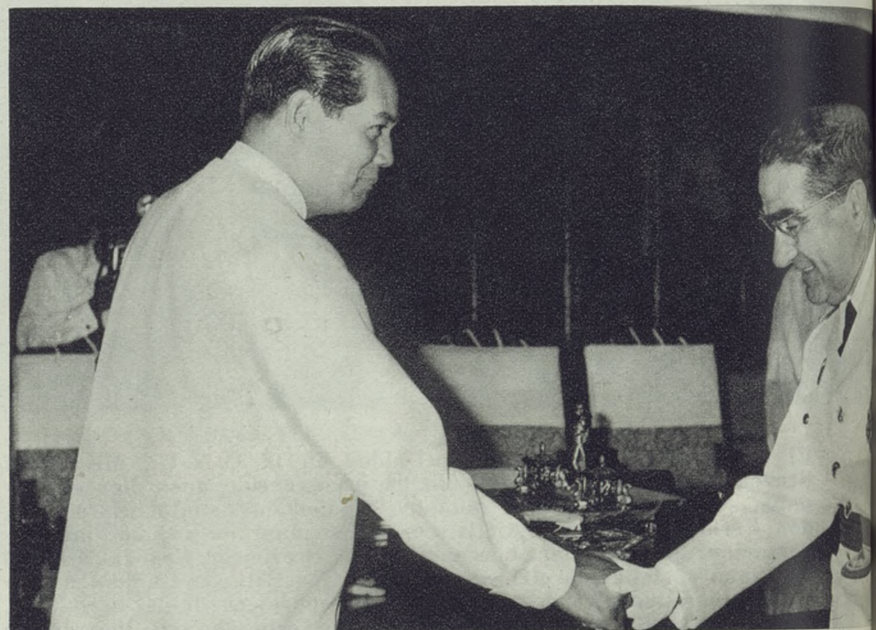
El excelentísimo señor don José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento, ha sido nombrado miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica. En nombre del presidente del Patronato del Instituto, Excmo. Sr. D. Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, le impuso la placa correspondiente el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya. El acto se celebró en el transcurso de un almuerzo que el señor Marañón ofreció en honor del señor Solís y al que asistieron los miembros del Cuerpo diplomático hispanoamericano, embajadores del Brasil y Filipinas, presidente de la Diputación de Alava, señor Aranegui; cónsul de España en La Plata, señor Cuadra, y alto personal del Instituto. Ofreció el acto don Gregorio Marañón, que destacó la labor de la Secretaría General del Movimiento en favor de la política cultural hispanoamericana. En nombre del Cuerpo diplomático iberoamericano pronunció unas palabras el decano, embajador del Brasil, señor João Pizarro Gabizo de Coelho Lisboa.



Homenaje del Ejército

La prensa de Manila, al recoger el mutuo homenaje de que han sido objeto los representantes de España y de Filipinas en las personas del teniente general español don Mariano Alonso y los supervivientes de la guerra de la Independencia filipina, ha recordado aquella orden del general Aguinaldo por la que los españoles defensores del fuerte de Baler no habían de ser considerados «como prisioneros, sino como amigos», hecho en el que la caballerosidad de los filipinos tuvo parangón con el heroísmo de los soldados españoles, y sobre cuyo emocionante recuerdo creció la amistad y la identidad de ideales que hoy unen a las dos naciones.

En un viaje oficial, el teniente general Alonso ha visitado la República de Filipinas, se ha entrevistado con sus altas jerarquías, ha sido objeto del más cálido recibimiento oficial y popular y ha rendido homenaje al heroísmo, lealtad y amistad del Ejército filipino. En esos actos, que resumimos en esta breve información, se expresó un noble y trascendente significado con la visita oficial de nuestro ilustre soldado al país amigo. Filipinas y España se enlazan de nuevo, por las más altas virtudes castrenses y políticas, en una hermandad indestructible.



El Presidente de la República de Filipinas, don Diosdado Macapagal, estrecha la mano al teniente general don Mariano Alonso, con quien sostuvo una cordialísima entrevista.

El teniente general español don Mariano Alonso y Alonso, que en viaje oficial ha permanecido durante cinco días en la República de Filipinas, recibió honores militares a su llegada a Manila. En el aeropuerto fue recibido por generales y jefes de las diversas armas del Ejército filipino y de la Armada, por el embajador de España y los miembros más representativos de la colonia española. A la noche, don Jaime Alba, embajador de España en Manila, ofreció una cena en honor del teniente general Alonso y de su esposa, a la que asistieron, entre otras personalidades, el señor Alberto de Joya, subsecretario de Defensa; el teniente general Santos, jefe de todas las fuerzas armadas filipinas; el comodoro Magluian, jefe de la Marina, y los generales Papa y Molina, jefes de los Ejércitos de Tierra y Aire, respectivamente.

Al día siguiente, el teniente general Alonso estuvo en la Academia Militar de Baguio, con cuyos cadetes convivió durante veinticuatro horas, y donde hizo entrega de un sable, regalo del Ejército español, al alumno más destacado del curso.

En días sucesivos visitó a las primeras autoridades militares de la República, recibiendo los máximos honores y asistiendo a la comida que le ofreció el jefe del Alto Estado Mayor, general Santos. Asimismo, oyó misa ante el altar en que se venera la imagen de la Virgen del Rosario, popularmente conocida por La Naval, a la que se impetró protección para los Ejércitos de ambos países.

español a los héroes de la Independencia filipina

Ante los monumentos de Andrés Bonifacio y de los españoles muertos durante la guerra, ofrendó flores y oyó un responso. También realizó una visita a la secular Universidad de Santo Tomás, fundada por los españoles.

En compañía del embajador, don Jaime Alba, el teniente general Alonso fue recibido por el Presidente Macapagal, con quien sostuvo una cordial entrevista, en el curso de la cual el Jefe del Estado subrayó la oportunidad de este viaje, con el que quedaba más patente la amistad que, sin resentimientos ni reservas, une a España con Filipinas.

Finalmente, en el Hospital de Veteranos, el teniente general Alonso fue objeto de las más cálidas muestras de cariño, adhesión y entusiasmo, durante un emocionante acto, ampliamente difundido por la televisión y la prensa filipinas, y al que asistió numerosísimo público. El general español, como homenaje al general Aguinaldo, primer Presidente que fue de la República, y en vísperas de su noventa y cuatro cumpleaños, le hizo entrega de una reproducción de la espada de Don Juan de Austria; y a su vez, en nombre de los ministros españoles del Ejército y de la Marina, el general don Emilio Aguinaldo impuso sendas condecoraciones a tres antiguos soldados y a un marinero, supervivientes de las campañas del año 1898.



En un emocionante acto, al que asistieron diversas personalidades y numeroso público, el teniente general Alonso hizo entrega al general Aguinaldo de una réplica de la espada de Don Juan de Austria. En el grupo del centro, de izquierda a derecha: el embajador de España, don Jaime Alba; el diputado filipino señor Mitra, la hija del general Aguinaldo; don Ramón Fernández, de la Compañía Marítima Filipina, y el magistrado de la Corte Suprema, don Sabino Padilla.

Este viaje del teniente general Alonso a Filipinas, de tan amplia resonancia popular, ratifica el creciente fortalecimiento de los vínculos y de los ideales hispano-filipinos. Como grata y conmovedora añadidura humana, hay que dar cuenta también del desplazamiento de don Mariano Alonso y de su esposa a Formosa, donde asistieron a la primera misa de su hijo, el padre Luis Alonso Baquer, S. J., ex teniente del Ejército español del Aire, y hoy misionero en aquel país.

Durante su breve estancia en Taipeh, el teniente general don Mariano Alonso sostuvo una cordial entrevista con el general Chang-Kai-Chek, nueva muestra de la amistad entre la China nacionalista y España.



En presencia de los miembros del Consejo Municipal de Manila, el teniente general Alonso depositó, en Tondo, una corona de flores ante el monumento de Andrés Bonifacio.



El teniente general Alonso, con el embajador de España y varias personalidades filipinas, durante la visita que realizaron a la Universidad de Santo Tomás.

I Congreso de Estudiantes Hispanoamericanos en España

En la segunda quincena de marzo tuvo lugar en Barcelona el I Congreso de Estudiantes Hispanoamericanos, que reunió a los dirigentes de los 15.000 que estudian actualmente en las Universidades españolas. Esta importante reunión fue organizada por la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos de aquella ciudad, cuya comisión estaba compuesta de la siguiente forma: presidente, don Patricio Buendía Núñez, del Ecuador; miembro ejecutivo, don Rodrigo Hidalgo, de Panamá; secretario general, don Amador d'Alzina, de Puerto Rico; subsecretario, don Luis Eduardo Ramírez, del mismo país, y coordinador, don Walter Laguna, de Bolivia.



Parte de los delegados en una de las sesiones del Congreso de Estudiantes Hispanoamericanos.

Cerca de 100 delegados participaron en las deliberaciones. La inauguración del Congreso se realizó en el Salón de Ciento, del Ayuntamiento de Barcelona, cuyo alcalde, don José María de Porcioles, ofreció a continuación una recepción a todos los delegados. Intervinieron también el delegado de Información y Turismo de Barcelona y vicepresidente del Instituto de Estudios Hispánicos, don Jaime Delgado Martín, y el secretario general del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, don Ramón Mulleras Cascante.

Dentro del programa general hay que destacar la recepción ofrecida por el Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, la excursión a Tarragona, organizada por el S. E. U. de Cataluña y Baleares; la cena ofrecida por el jefe nacional del S. E. U. en el Club Universitario y las recepciones organizadas en honor de los delegados por «Terraza Martini» y por la dirección del Colegio Mayor San Jorge, etc.

Los delegados eligieron presidente del Congreso a don Patricio Buendía Núñez, y secretario a don José Rodríguez. Como miembros en la Mesa directiva, se ha nombrado un vocal por cada una de las delegaciones. Los principales puntos discutidos fueron:



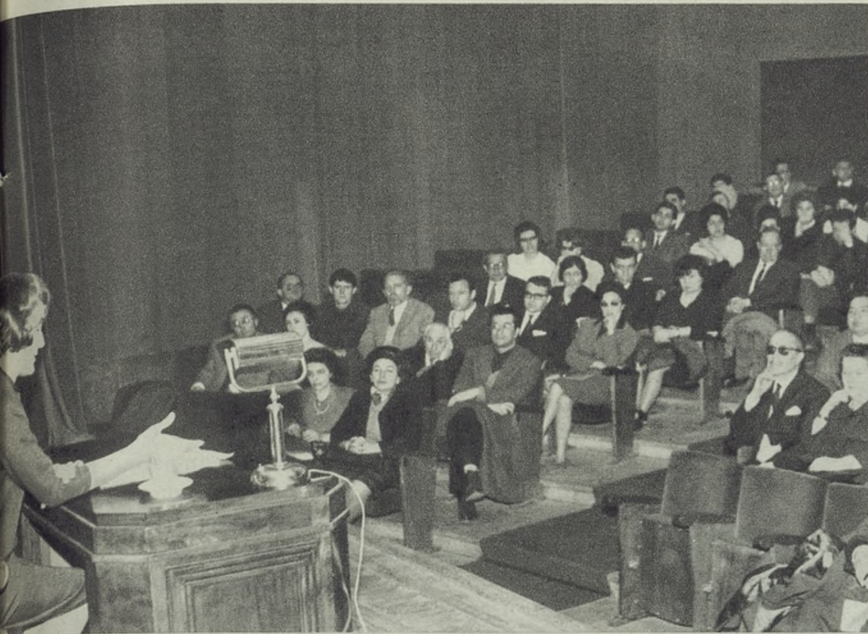
Grupo de delegados del Congreso durante la excursión organizada por el S. E. U. de Barcelona a Tarragona.

a) El Seguro Escolar. Se aprobó por unanimidad solicitar al Instituto de Cultura Hispánica acogerse al Seguro de la Mutualidad, igual que los demás estudiantes universitarios. *b*) Orientación previa al viaje a España. Solicitar a las Embajadas de España en los países hispanoamericanos y a los Institutos de Cultura Hispánica y filiales que informen a todos los interesados sobre costo de la vida en España, Facultades a elegir, facilidades de índole académica, información completa sobre convalidaciones de estudios, etcétera. *c*) Orientación a la llegada a España. *d*) Orientación durante el curso académico, etc. *e*) Creación de un organismo representativo de los estudiantes hispanoamericanos en España, previo reconocimiento legal de las autoridades. También se aprobó por unanimidad la creación urgente de un Colegio Mayor en Barcelona que aloje las oficinas del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona y el Club de la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos de Barcelona, que cada día cumplen funciones más amplias. Igualmente hubo unanimidad en dejar constancia del agradecimiento al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y, personalmente, a don Gregorio Marañón, director del mismo. Los delegados se manifestaron asimismo muy agradecidos a don Ramón Mulleras Cascante, secretario general del Instituto en Barcelona, por su constante preocupación por los estudiantes, y también a los dirigentes del S. E. U., Rodolfo Martín Villa, jefe nacional, y Juan Antonio Alberich y Florencio Arnan, jefe y secretario del S. E. U. de Cataluña y Baleares.



El jefe nacional del S. E. U., Rodolfo Martín Villa, impone el «Víctor de Bronce» al presidente del Congreso, el estudiante ecuatoriano Patricio Buendía Núñez, por la labor realizada en favor de sus compañeros.

Las Artes y las Letras



Como complemento del curso «Panorama español contemporáneo», que el Departamento de Asistencia Universitaria del Instituto de Cultura Hispánica ha organizado en el presente ejercicio, se ha celebrado un ciclo de conferencias sobre «Las artes y las letras», en el que han intervenido ilustres personalidades. Los temas y los conferenciantes fueron los siguientes: José Hierro, lectura poética; Carmen Laforet, «Historia de una trilogía»; César González-Ruano, «Mi visión del periodismo»; Joaquín Rodrigo, «Mi obra en la música española contemporánea»; Enrique Pérez Comendador, «De escultura; ideas generales; mi propia obra», y Rafael Leoz Lafuente, «Impresiones de un arquitecto». En la fotografía, Carmen Laforet durante su disertación.

Exposición de Prensa



En el Instituto de Cultura Hispánica fue inaugurada una exposición de prensa argentina por el embajador de aquel país en Madrid, teniente general don Julio H. Lagos, quien pronunció un breve discurso sobre las características del periodismo. En la fotografía, de izquierda a derecha: el embajador de Brasil, don João Pizarro Gabizo de Coelho Lisboa; el profesor Rubén Oscar Giussio; el embajador de la República Argentina en Madrid, don Julio H. Lagos; el consejero de prensa de la Embajada, don Angel A. Pacheco, y el secretario técnico del Instituto de Cultura Hispánica, don Luis Hergueta.

Misión comercial costarricense



Una misión comercial de Costa Rica, integrada por ciento nueve industriales de aquel país, ha realizado un viaje por España, al objeto de establecer relación y de estrechar vínculos con los industriales españoles. A su llegada al aeropuerto de Barajas fueron recibidos por el embajador de Costa Rica en España, don José Francisco Carballo Quirós, y alto personal del Instituto de Cultura Hispánica. Entre las personalidades que componen este numeroso grupo de la nación hermana figuran el subsecretario del Ministerio de Industria, don Germán Espinosa Jiménez; secretario general de las Cámaras de Industria y Comercio, don Francisco Terán Valls; alcalde de San José, don Luis González Herrera, y el secretario del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, don Antonio Prada Blanco. Todos los componentes de la misión comercial de Costa Rica fueron agasajados en el Instituto de Cultura Hispánica y en la Cámara de Comercio de Madrid. Después de permanecer varios días en la capital de España, recorrieron las zonas industriales del Norte, estableciéndose para el futuro un fecundo intercambio comercial entre España y Costa Rica.

Acuerdo de cooperación cultural



En Managua se ha firmado el acuerdo de cooperación cultural entre el Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica y el de Madrid, y se tomó posesión del nuevo local destinado al desarrollo de sus actividades. En la fotografía, sentados, de izquierda a derecha: doctor Eduardo Zepeda, director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua; doctor Edgardo Buitrago, diputado, profesor de la Universidad Nacional; señorita Lolita Soriano; don José Pérez del Arco, embajador de España; doctor Julio Icaza Tijerino, diputado y presidente del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica; don Adolfo Calero Orozco; doctor Andrés Vega Bolaños, ex embajador en Madrid, y el doctor Julio Linares, magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En pie, de izquierda a derecha: don Roberto Rodríguez, canciller de la Embajada; don José Joaquín Cuadra; don Pablo Antonio Cuadra, director del diario «La Prensa»; doctor Gonzalo Meneses Ocón, viceministro de Hacienda; don Horacio Peña; doctor Juan Munguía Novoa, diputado, y don José Canela.

Nuevos horizontes de colaboración entre E

(Declaraciones del secretario general del I. de C. H. a su regreso d



El secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, don Enrique Suárez de Puga, se reunió en Nueva York con los componentes del comité pro-construcción del Colegio Mayor Hispano-norteamericano en la Ciudad Universitaria de Madrid. De izquierda a derecha: Mr. George Moore, presidente del Banco First National City y ex presidente del Instituto Español; Mr. William Hickey, presidente del Instituto Español; señor Suárez de Puga, y Mr. Rogers Herod, presidente de la General Electric International y ex presidente del Instituto Español.

EN los cuatro últimos años se ha producido un cambio fundamental en las relaciones culturales hispanonorteamericanas, cambio que puede advertirse especialmente en los deseos de cooperación de los organismos culturales tanto norteamericanos como interamericanos con los organismos españoles, y de modo singular con el Instituto de Cultura Hispánica.

Estas son las primeras palabras de don Enrique Suárez de Puga, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, como contestación a las preguntas que le hemos formulado a su regreso de un viaje de aproximadamente un mes de duración por los Estados Unidos y México:

—Estos deseos de cooperación se han reflejado en varios hechos concretos. En primer lugar, en el interés con que el Departamento de Estado ha acogido los programas culturales del Instituto y ha aconsejado a algunas fundaciones que tengan en cuenta, al estudiar sus futuros programas de inversiones, la colaboración con España. En este sentido se han presentado propuestas concretas a dos fundaciones para la promoción del intercambio cultural entre España y América y para la erección de un Colegio Mayor Hispanoamericano en la Ciudad Universitaria madrileña. También se refleja este deseo de cooperación en la postura de la Universidad de Nueva York al ampliar sus actuales cursos en España, que serán ahora para graduados y postgraduados.

El doctor Bulcker, decano del Washington College y autoridad académica que decide lo relativo a programas de intercambio académico con terceros países en la Universidad de Nueva York, ha dispensado una excelente acogida al señor Suárez de Puga, y lo mismo puede decirse de los profesores Stark, Dacal y Toven.

De igual modo, el secretario general del Instituto de Cultura Hispánica ha recibido las más vivas muestras de atención en la Columbia University, la de mayor importancia de aquel país, cuyo presidente, el doctor Grayson Kirk, ha anunciado su próxima visita a España para asistir al Congreso de Instituciones Hispánicas organizado por el Instituto.

Con motivo de este Congreso le ha sido ofrecida también la colaboración entusiasta de los profesores españoles que desde 1939 explican sus cátedras en las Universidades norteamericanas y desarrollan un trabajo de gran categoría académica.

—¿Cuáles podrían ser—hemos preguntado al señor Suárez de Puga—las consecuencias prácticas de ese cambio a que usted se ha referido?

—En primer lugar, la Organización de los Estados Americanos (O. E. A.), a cuyo organismo le está encomendada la formación de técnicos iberoamericanos dentro del plan general de la Alianza para el Progreso. Y por ello resulta de gran importancia el cambio de impresiones que hemos tenido con los directores de este organismo en relación con un programa de quinientas becas ofrecido por el Instituto de Cultura Hispánica para la próxima campaña. El Instituto ya hizo previamente un estudio con organismos técnicos docentes españoles, que han aceptado la responsabilidad de la formación de técnicos iberoamericanos. La O. E. A., por su parte, ha aceptado este programa en líneas generales.

Además—ha añadido el señor Suárez de Puga—, la O. E. A. ha aceptado ochenta becas del Instituto para que especialistas iberoamericanos puedan completar en España estudios sobre estadística, colonización, repoblación forestal, zootecnia, construcción, estudios agropecuarios e historia de América, dentro del programa de la Alianza para el Progreso. En este favorable resultado hay que tener en cuenta la positiva colaboración del secretario general de la Organización, embajador señor Mora, y de los jefes de departamento señores Angel Palerm y Javier Malagón.

Al ser preguntado sobre otras consecuencias que puedan deducirse de sus observaciones y extensos contactos con personalidades y organismos de los Estados Unidos, el señor Suárez de Puga nos ha dicho:

—Hemos visitado al señor Morales Carrión, secretario adjunto para Asuntos Latinoamericanos en el Departamento de Estado. Al ofrecerle el plan del Instituto se le habló también de la buena disposición española para colaborar en los planes de la Alianza para el Progreso.

También nos habló el señor Suárez de Puga del interés que existía por el próximo Congreso de Madrid, en lo que se refiere a los problemas económicos y especialmente al estudio de las posibilidades de acción complementaria entre el Mercado Común, Europa e Iberoamérica. Han prometido su asistencia al Congreso los dirigentes del C. I. E. S. (Consejo Interamericano Económico Social), tanto los de Washington como las autoridades del C. I. E. S. en cada país sudamericano.

Preguntamos también al señor Suárez de Puga por la colaboración y ayuda de los españoles en sus planes de acercamiento.

—Muy importantes concreciones prácticas de colaboración no habrían podido realizarse sin la ayuda de nuestro embajador, don Antonio Garrigues, que en todo momento ha visto este programa con un interés y afecto especiales, y hemos recibido una ayuda por su parte que sólo su calidad y prestigio políticos nos podían proporcionar. La labor continua de España y su penetración, llevada a cabo desde años anteriores, comienza a dar resultados muy positivos para un porvenir de los más claros horizontes. Además, la presencia en los Estados Unidos de don Ramón Bela, jefe

paña y América

stados Unidos y México)

de la Sección de los Estados Unidos en el Instituto de Cultura Hispánica y director ejecutivo de la Comisión Fultbrigth, ha supuesto una ayuda y colaboración valiosísimas para nuestro contacto con los organismos y fundaciones norteamericanas.

Le preguntamos al señor Suárez de Puga por el resultado de su visita a otros países.

—En México hemos celebrado reuniones diversas, encaminadas principalmente a la participación de destacados economistas mexicanos en el próximo Congreso de Instituciones Hispánicas que ha de celebrarse en Madrid, y nos han prometido su asistencia distinguidas personalidades, como el señor Gómez Gordoa, presidente de la Junta de Cámaras de Comercio Mexicanas; el señor Sánchez Navarro, presidente de la Confederación de Cámaras de Industria y de la Cámara Mexicana de Hombres de Negocios; el señor Medina Mora, del Banco Nacional de México; don Alfredo C. Navarrete, subdirector de la Nacional Financiera—entidad análoga en sus funciones a nuestro Instituto Nacional de Previsión—, y don Javier Márquez, director del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos.

Asimismo, el señor Suárez de Puga giró visita a los Institutos de Cultura Hispánica de México, Guadalajara y Puebla, y estableció diversos acuerdos de cooperación con los mismos.

Por último, el secretario general del Instituto asistió en Washington a la II Reunión de Directores de Programas de Cooperación Técnica, en la que se trató de la coordinación de dicha asistencia para todo el continente occidental.

—En las reuniones futuras—nos manifestó—participará activamente el Instituto de Cultura Hispánica, ya que como tal organismo viene prestando asistencia técnica a los países de Hispanoamérica y tiene actualmente en Madrid una treintena de ingenieros repartidos en dos cursos de reforestación y reforma agraria.

Insistimos cerca del señor Suárez de Puga respecto a la importancia del próximo Congreso, a lo que nos responde:

—Veintiséis presidentes de Institutos americanos de Cultura Hispánica se reunirán en junio próximo en Madrid para tratar con los españoles temas de cooperación cultural aplicable a todo el continente. Por otra parte, los más importantes filólogos de lengua castellana europeos, españoles y americanos están ya trabajando bajo el amplio tema *Presente y futuro de la lengua española*, y contrastarán el resultado de sus trabajos reuniéndose en esas mismas fechas. Por último, en la faceta de carácter económico del Congreso se enunciará por los especialistas idóneos la doctrina de complementariedad entre el Mercado Común Europeo e Iberoamérica. Todo esto puede dar una idea de la importante labor que el Instituto está realizando en estos momentos, bajo la inteligente dirección de don Gregorio Marañón, para la total comprensión de los problemas americanos en las áreas española y europea.

"EL ARCA DE ALCANFOR"

Este es el título del artículo con el que Alfonso de la Serna ha obtenido el Premio «Mariano de Cavia». Este año, él y el notable escritor y periodista Emilio Romero, con el «Luca de Tena», han acaparado la atención del lector y han venido a enriquecer la ilustre lista de escritores que cuentan con tan preciados galardones.

Pero Alfonso de la Serna logra su triunfo en un tema que nos toca de cerca y que de nuevo pone de relieve su personalidad, como una de las más finas y documentadas, para tratar ese mundo de ideas y de sentimientos que son la clave de nuestra labor hispánica. Alfonso de la Serna había obtenido ya el Premio «Mundo Hispánico» en 1948. Y su tarea periodística y de alto menester cultural—hoy ocupa el puesto de director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores—es una de las más preciadas con que cuenta España entre las últimas avanzadas intelectuales. Hijo del gran maestro Víctor de la Serna y nieto de la eximia Concha Espina, ha sabido continuar y mantener viva una estirpe de escritores de raza, donde el verbo no sólo se afirma en la precisión y en el detalle exacto, sino que vuela por caminos de la más eficaz y oportuna lírica. Prosa que, como el lector podrá comprobar en este artículo, que nos honra reproducir, alcanza matices de una calidad extraordinaria en la forma y nos conduce al propio tiempo por esa línea de las más puras espiritualidades hispánicas que constituyen nuestro diario afán.

AHORA que el Presidente Diosdado Macapagal—con su nombre español y su apellido tagalo—se ha ido de España, en más de una casa española se ha cerrado, con cierta melancolía, la tapa del arca de alcanfor. Es un arca de madera rubia, melada, con brillo como de laca, y herrajes de bronce. Cuando se abre, exhala un doble perfume: el aroma lejano del tronco del alcanfor y el mágico olor del pasado. Las arcas suelen oler al pasado. Guardan el tiempo ido entre linos plegados, páginas amarillas y ramas de espliego. Pero el pasado que está dentro del arca de alcanfor no es el pasado hogareño de aquí, de cualquier tierra española. Es un tiempo distante, es como todo un mundo lejano y fabuloso. Porque ésta es el arca de Filipinas.



Está en un rincón de la casa, como un dulce recuerdo en un pliegue del corazón. Entre sus maderas se guarda el pequeño botín sentimental que dejó en la playa de muchas casas españolas, como restos de una resaca, la marea final del gran tiempo de España; cuando en los archipiélagos malayos, en los arrecifes de coral, en toda la vasta lejanía del Pacífico, había banderas españolas, nombres españoles, conventos con patios andaluces y palacios de Gobierno con capitanes generales de ros charolado, patillas y uniforme de rayadillo.

Hay en el arca pálidas fotografías de gráciles tagalas que tienen algo de libélulas, con sus vestidos de «nipi», de grandes lazos transparentes; con sus abanicos inquietos, que se mueven con ruido de élitros; tagalas con un paisaje al fondo hecho de jardines orientales y puentecillos de bambú.

Hay bandejas de laca que tienen pintados unos arrozales con grandes carabaos de cuernos curvados como liras. Hay «tlacobos» de concha rosada, en cuyo seno misterioso canta el eco de la mar oceana. Hay sedas de China, y mantones de Manila, y cocos de la Polinesia. Hay viejas colecciones de periódicos de la capital y de periodiquines de provincias—«El Eco de Panay», «El Porvenir de Bisayas»...—, en los que hace un siglo se mantenía en español la comunicación entre las gentes de las islas.

Hay finos bastones de caña, cajas de puros de la Tabacalera Española de Filipinas, calificaciones de curso de la Universidad de Santo Tomás de Manila, estuches vacíos de tiendas y almacenes de la calle de la Escolta; billetes de viaje de los viejos vapores de la Trasatlántica—el «Isla de Luzón», el «Claudio López»—, que paseaban la grímpola azul y blanca por los siete mares, arrancaban vuelos de campanas de los conventos españoles en las bahías lejanas cuando ellos pasaban y navegaban con sus arcaicas calderas resollantes hacia el Archipiélago, haciendo familiares en muchos hogares españoles los nombres lejanos de sus escalas: Port-Said, Aden, Colombo, Singapur...

Hay, entre más papeles, una invitación a un baile en Malacañang, y por último, una carta íntima, con una fecha: 1898.

El arca de alcanfor, con sus recuerdos de Filipinas, se ha cerrado ya, pero dentro de ella queda este mínimo tesoro perfumado y sentimental, como un recuerdo dulce en un pliegue del corazón.

A mí me parece que si tan lejos de Filipinas podemos en muchas casas de España guardar esta arca mágica, con su entrañable mundo dentro, con este pequeño universo de memorias y sentimientos que estremecen aún nuestro espíritu y hacen latir los pulsos con el nombre de los abuelos de Manila—como pasa también, en el otro rumbo, con los abuelos de Cuba—, es porque la lejanía no es tan grande; aún más, porque lo que es grande es la proximidad, porque España está llena de familias en donde las grandes distancias y diferencias—esas distancias que preocupan al actual mundo de «naciones unidas» y «mercados comunes»—se resumen en una conmovedora cercanía, que descubrimos en nuestro propio corazón.

El arca se ha cerrado, señor Presidente; pero entre sus tablas perfumadas, entre sus «nipis» doblados, entre sus viejas fotografías melancólicas y esa carta con fecha de 1898, se guarda la historia de un gran amor. Esto no es pura nostalgia. A mí me parece pura esperanza.

Rueda callejera de

Mayo es un mes muy madrileño, y resulta muy tradicional que la capital de España lo viva hacia la calle. Y en este escenario multicolor y natural, los madrileños transitan, hablan y... trabajan. Decenas de extraños y pintorescos oficios tienen su mercado en estas aceras, que mayo puebla y el cielo azul de la «estación florida» cubre con nitidez casi inventada. Estas páginas quieren ser un homenaje al Madrid popular. Porque, «de orden del señor alcalde», este año nuestro subdirector ha sido encargado de redactar el «Pregón» de las fiestas de San Isidro. Y su texto va también impreso a continuación, como entrega a nuestros lectores, como noticia que Madrid renueva cada mayo al comenzar los días de su Santo Patrono.



Todo un mundo de ensueños infantiles se nos viene ahora a la memoria cuando, al bajar al Rastro en la clara mañana de sol, nos encontramos con el hombre de las jaulas para grillos. El es carpintero, pero también es cazador por los caminos vegetales que aún cercan a la urbe.

Ante sus jaulas, que nos traen los recuerdos de viejas cacerías grillescas en las tardes de los primeros e inocentes *novillos,* se arman—él nos lo ha dicho—las *perras* más *gordas* de la ciudad. Después de la llantina, el niño se llevará a casa la jaula con grillo y todo muchas veces, y otras, la jaula vacía, esperando la caza del animalito al que hasta Dickens le dedicó sus más tiernas páginas.

oficios madrileños

por
JUAN
SAMPELAYO



Del uno al otro confín de la ciudad: de la Gran Vía a las Cuatro Calles, a la vera de un Banco, el pajarero—gabardina y pañuelo de cuello con dibujos de imitación al «alfombrao»—, sin gritos, ni llamadas, ni siquiera cantos, ofrece su mercancía: el canario y el periquito.

Quietos sobre su varita de madera, ellos ven—o no ven—pasar la vida alrededor, desde los autobuses a las chavalas de figura gentil. Vende pájaros en libertad, y jaulas para que la pierdan, este que, sin ser Castelar, tiene dotes oratorias para que las damas y los caballeros se lleven a su casa el pájaro.



Ella, ajena a todo lo que los otros contemplan, incomprensiblemente sola en la mañana de primavera, ha «tirado» a Jorge de la oreja, ahora convertida en rueda de barquillero.

«Ya no juega nadie al clavo», me ha dicho Gaudencio, el buen artesano confitero de la harina, el azúcar y la canela. «Ahora—esto lo dice la chavalería—llevarse una *torre*, y en ella no hay más de veinte, nos cuesta casi la paga del abuelo.» Hoy ya no hay «clavo», entre otras cosas porque la nueva «ola» del barquillerismo no sabe qué es. Gaudencio sí lo sabe, porque, sin ser mayor, es de un tiempo en que aquél existía. Incluso convidando a una muchacha a barquillos se quedaba bien. Claro que lo que no pasaba es que una chica con una sonrisa como ésa tuviera que convidarse a sí misma. Eso no pasaba, no.



Del *coolie* chino que arrastra al hombre en su *riscka* a este que, merced a sus buenas piernas, pasea a los niños en la tarde dominical, no hay tanto camino. Por los paseos de Rosales (antes fueron los de la plaza de Oriente, y en cochecito tirado por blanco borriquillo) los niños hacen su primer viaje en libertad. En libertad vigilada de los padres que están en la acera o del conductor que los sonríe y se pliega a los deseos de los chicos de que convierta su vehículo, con faro y todo, en el de Fangio.

También aquí, como ante el hombre que vende las jaulas de grillos, se producen unos tremendos alborotos. Unas veces acaban en un viaje más por esos soleados caminos, otras terminan en un tirón de orejas, y todavía hay niños que, además de viajar de nuevo, tienen globo como suplemento.

Comercio al por menor de todos esos «dulces venenos» que van del chocolate al chicle, pasando por el regaliz y el paloduz, y para que también los mayores tengan el suyo particular: el tabaco negro y el rubio más o menos americano.

El ama seca, que ya no lleva agujones de plata ni collar, y una chica monísima, y el niño que en el coche espera que aquélla le compre el globo que luego dejará volar al aire del Retiro, a cuya puerta la buena mujer ha establecido su puesto. Ese puesto que hay que levantar cada mañana y que es ilusión permanente de los pequeños, en donde a veces éstos aprenden que el crédito es buena cosa. Magnífica cuando viene el abuelito a saldarlo con la tendera, que usa, por respeto a las ordenanzas de higiene de la Villa, unos manguitos blancos como las vendedoras de requesón, unos manguitos que, si no fuera por su albura, nos recordarían los de los antiguos oficinistas.

Sin ningún aire, sin ninguna elegancia—ésa es la triste verdad—, este estudiante de Preuniversitario se refresca el gaznate. «Todo el arte de beber en botijo, señor, se va perdiendo», nos asegura la mujer del pelo blanco y las gafas, otro personaje de zarzuela del género chico. Con sus dos botijos y su cesto de vasos—la vasera se llama—, ella carga de «mercancía» en la fuente de la calle de Alcalá, de un agua que dicen que cura los males de hígado y otras alteraciones.

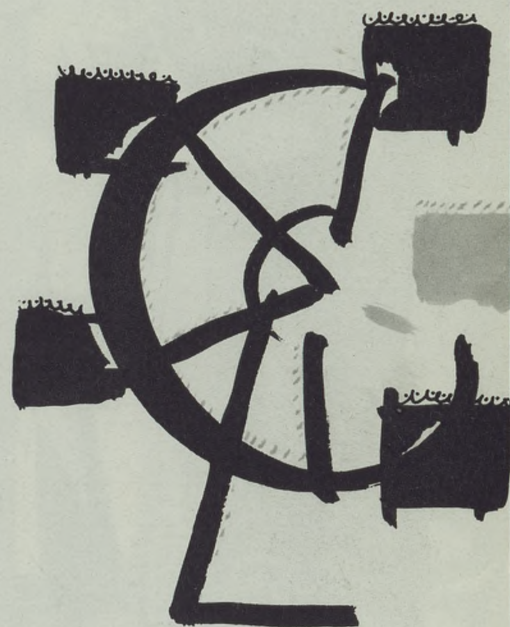
«Hoy sólo los viejos (y nos ha mirado) sabemos beber como es debido, señor.»





¿Son cien, son acaso trescientos esos chicos—incluso algún grandullón como este que Basabe ha captado con su objetivo—, esos que, como pájaros, han invadido las calles y los paseos de la ciudad para darnos una réplica moderna de aquellos barquilleros que con música de Chueca se inmortalizaron al saltar de las noches veraniegas de Recoletos al escenario del Apolo, el teatro rey del género chico, que la piqueta se llevó por delante?

Mercancía a peseta la pieza, dorada y crujiente. El gorro y el delantal son de obligación, pero a veces no todos los vendedores la cumplen como estos dos que, con su bandeja y su mosquitero, van en busca lo mismo del niño que del serio caballero o de la parejita, que por igual «cualquiera que pasa es cliente», según nos ha dicho el alto con un deje de andaluz recién desembarcado a la conquista de la capital...







Reportaje gráfico de BASABE

Con su cestón el uno y con su palo el otro, llevan por los caminos del Rastro, que cantó Ramón en su prosa, la alegría de una musiquilla que, según reza en el propagandístico cartel, no se acaba nunca. El «Don Nicanor» tocando el tambor y el currito de los niños que hoy peinan canas—bueno, o ni las peinan—se han transformado un poco. El es el constructor y el vendedor y el agente de publicidad. Y todo eso es también el tipo de la boina que ve detenido ante su artilugio un público demasiado crecido para tan infantil entretenimiento como son los pitos. Pero, aun así. alguien se llevará la música para toda la vida. Más bien para toda una hora...

J. S.



PREGÓN DE LAS FIESTAS DE Sn. ISIDRO

POR JOSÉ GARCÍA NIETO



Hombres que habláis en español, hombres que nos podéis entender en la más hermosa de las lenguas, que dais tanto que hablar en este suelo, porque «hablando se entiende la gente», de orden del señor Alcalde, os digo una vez más que las Fiestas de San Isidro son llegadas, que mayo mayea del todo, que Madrid lo centra totalmente en su esplendor, y que en ese centro tiene a su Santo Patrono cambiando el arar por el orar.



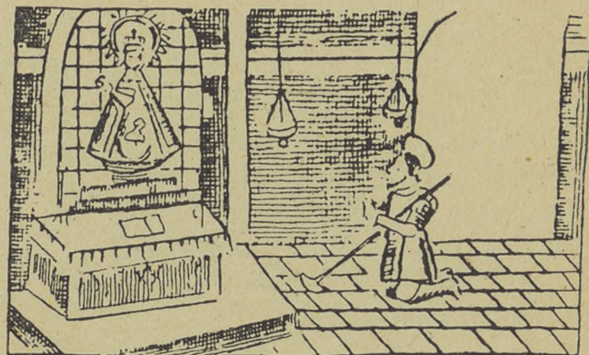
Esto que veis es Madrid; esto la cuna y la sede cortesanas; esto la cima y la prez de las ciudades, la que se lleva la flor y las otras no, la que vela lo antiguo y revela lo nuevo, la que nunca calla en la llamada, la que por más que os alejéis os pedirá cuentas de vuestro desvío, y tendréis que volver a ella por cualquiera de sus puertas habidas y por haber... Por la desaparecida de Guadalajara parece que pasaba Isidro, a la del alba, para que, oyendo la primera misa, Nuestra Señora de Atocha le facilitara la jornada. Por todas las de hoy os pido que entréis al ocio bien entendido, a la diversión anual, al arribo de su gracia patrocinadora.



Mayo, como el año, tiene sus tres fiestas que relumbran más que el sol, de las que ya nos hablara Mesonero: la de Santiago el Verde, que llevaba a la diversión por lo bucólico; la del Dos de Mayo, que simbolizaba el heroísmo, y la de San Isidro, que entrañaba lo popular: la cintura del campo, el corazón del valor, la entraña de lo castizo. Y dadle a esta palabra toda su recia significación primaria: la que arranca de *casta*, linaje de hombres, clase, condición y calidad. Alrededor, núcleo y estilo, son tres valores madrileños que concretan su hegemonía y su irradiación; porque Madrid puede parecernos nada si no miramos desde él hacia fuera; si desde fuera no le añoramos y le tomamos las medidas. Todos los que han tratado de encerrarlo en definiciones, de acotarlo y de sobresaltarlo en su singularidad ciudadana, han tenido que recurrir a «eso que no es», a eso «en lo que nunca cae», a esa su peculiar ligereza que le hace escurrirse de cualquier cicatería encasilladora. No hay quien le ponga puertas al campo, y así, parece que su ancestral ejecutoria campesina le pone a salvo de estrecheces y de limitaciones. Su elegancia acaso no estriba más que en eso: en ser distinto a todo cuando le tientan

los parecidos, en convertir lo adquirido en original, en hacerse muchas veces portador de lo solapadamente importado.

También sus fiestas parecen no serlo del todo. Y permanecen y no cesan, ni se amaneran, si comprometen a nadie, que es la mejor manera de mostrarse gentil con los invitados. Por eso esta llamada se hace siempre sobre seguro, sin importar que el grito vaya muy lejos, que las muestras de acogida superen a las anteriormente probadas, con la seguridad de que Madrid —alrededor, núcleo y estilo— dará paso a los de fuera como si ya los conociera, y se identificará aún más con los de dentro por el santo y seña diario de quien se sabe realmente afirmado en una manera de ser.



No son las fiestas de Madrid una atosigante concentración, sino una abierta y liberal diversidad. «¡No se aglomeren, que hay para todos!», parece decir Madrid desde el balcón donde rompe su piñata. Abrir y no cerrar; distribuir y no amontonar; hacerse fácil y practicable; ser señor de lo que ofrece y no convertirse servilmente en oidor de lo que proclama. Es el Santo quien le ha dado la norma: «En nombre de Dios, esto para Dios y esto para nos; esto para las aves y esto para las hormigas»...

Una de las excelencias del buen estilo es la de tenerlo sin sentirlo. Por eso los madrileños no saben casi nunca en qué consiste ese deslumbramiento que producen en los demás sus formas de recepción, sus modos de compañía. Es una ciudad que sorprende por lo grata y por lo dúctil, y por lo abierta y por lo llana, por lo viva y por lo tibia. Es como lo cóncavo de España, lo acogedor y lo muelle. Dicen que se hizo blanda la piedra de Madrid para que en ella se apoyaran las cabezas cortadas de los niños Justo y Pástor en el martirio, y allí quedó para siempre la huella milagrosa y ejemplar; como se hizo tierna la piedra otra vez, bajo los pies de Isidro, cuando se resistía a dar paso al pozo que el Santo tenía que abrir. Así es esta molicie para el que llega, y así siente el recién llegado que puede dejar señal en lo que por capital y enorme podría mostrarse infranqueable. Así es como Madrid proclama sus maneras de compañía.



Vivimos tiempos en los que la soledad amenaza al hombre desde cualquier parte. No es la soledad sensible y creadora de nuestros clásicos: la soledad sentimental de Garcilaso, o la filosófica de Gracián, o la mística de San Juan de la Cruz. No es la soledad dialogada y oracional de San Isidro. No es la soledad de Don Quijote, echándose al campo para encontrarse con otras gentes en una fertilísima humanidad, para poblar su aventura diaria de todos los necesitados de amor y de justicia. La soledad del hombre contemporáneo tiene un horizonte ciego, y ve cerrada la mano de sus hermanos, y la puerta de su vecindad, y la frontera de sus semejantes. Madrid, todavía, en este mundo es una permanencia de las formas de comunicación y compañía. Madrid parece que, desde su antigüedad, repite a tantas ciudades jóvenes y solas de hoy, que se levantan de la noche a la mañana, aquellas palabras que Gil Vicente pone en boca de Amadís para que exprese su sentimiento:



De la pobre soledad
a do vuestra mocedad
es imposible que viva.

Y así Madrid convoca a la compañía y pregona compañía, que unas veces sirve para mitigar su dolor o el de los demás, y otras la resuelve en fiestas, la prolonga en fiestas, sin que se note dema siado, porque estar con los demás es hábito y no rareza, alegría y pan diarios, «pan de arado, nunca malo», según el refrán que recoge el maestro Correas y que nos lleva otra vez al surco de Isidro.

Se diría que la aguijada del Santo, reveladora milagrosa del agua donde no parecía posible, ha hecho a este Madrid jugoso y flúido y caballero. Y como el rumor de estas fuentes es el discurrir de su diálogo, siempre fresco y a punto, surgiendo de donde no se espera, constantemente inventando y como recién nacido. Madrid

habla y habla, que es una manera inmejorable de estar con los demás. Madrid junta y estrecha en la conversación. Tanto, que ésta se sale de madre, y acaba por tener justificación en sí misma, en su propia esgrima de ingenio, de fonética, de giros peculiares. Los *mentideros* nacen para darle cuenco y solar a esa interminable charla, que es cercanía cordial para todos, aun para aquellos de los que se habla de los que se dice o se mal-dice.

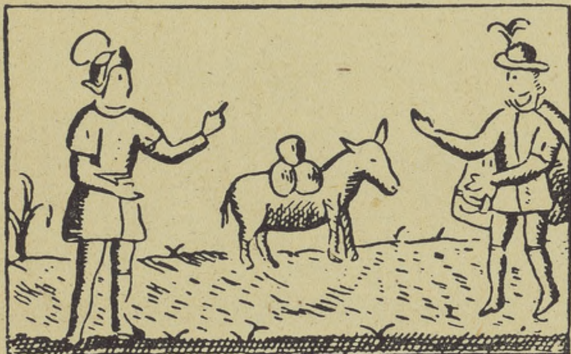
En «De fuera vendrá», la deliciosa comedia de Moreto, protesta Lisardo:

¡Que no sepáis salir de aquestas gradas!

refiriéndose a las de San Felipe. Y el Alférez le contesta:

Amigo, aquí se ven los camaradas...

Camaradería que en toda época sorprende al forastero, y le contagia, y le gana. Compañía que se ofrece como un regalo antiquísimo, que se renueva y no se gasta. Tiempo que se enriquece con la música de las palabras, y se comparte a lo largo de los tiempos. Y que pasa que vuela de los mentideros a los cafés, o a las *rúas*; del Salón del Prado o de la calle Mayor de anteayer, a la de Sevilla y la Castellana de ayer, o a la calle de Serrano de hoy mismo. Y las *covachuelas* donde se ofrecían las guitarras, los juguetes y las baratijas, se llenaban de cháchara ciudadana antes, como ahora las aceras que tienen de fondo los escaparates de Montera o de Preciados.



Pero la risa va por barrios, y por barrios el estruendo. Que también existe el Madrid que trabaja, y el que piensa, y el que estudia, y el que reza. El Madrid variadísimo que impone no se sabe qué fina manera de ser a los seres que a su vez lo hacen y conforman. Lope de Vega dijo ya:

Tú naciste en Madrid,
discreción tienes...

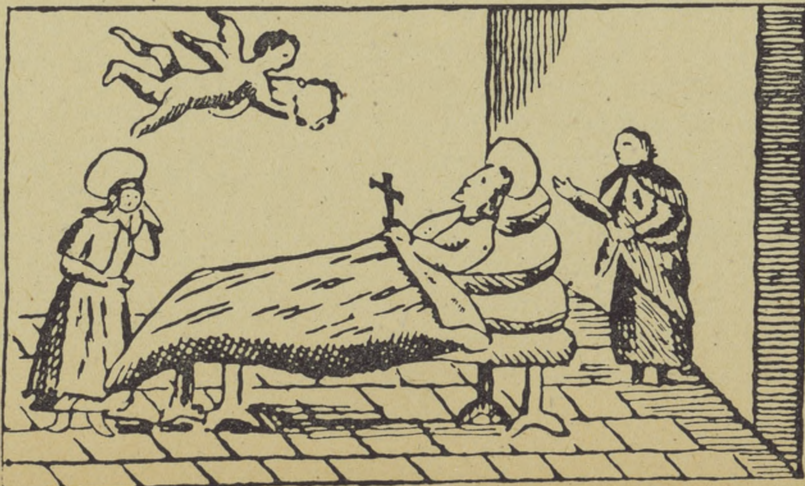


Desde aquí os llamamos a la santidad y a la humanidad de nuestras Fiestas Mayores; desde aquí os ofrecemos una vez más la ciudad más diversa y unificadora del mundo, la que, como una hoguera luminosa, potente, inextinguible, envuelve en su llama cuanto se le acerca, por extraño que parezca a su entraña o a su fisonomía. No le estorban a Madrid sus desmedidas novedades urbanas; no le cohíben sus galas y afeites; no le confunden el ademán cosmopolita ni el colosalismo a ultranza. Como a una mujer verdaderamente hermosa, no le quitan personalidad los dictados de la moda, sino que se la afirman y aumentan.

¡Venid todos y acercaos a este Madrid! De orden del señor Alcalde, levanto yo mi voz y extiendo mi ruego. Venid a «hacernos compañía», que es frase que cobra distinta entidad bajo este cielo; venid «a festejar», como dicen los mozos de tantas de nuestras latitudes; venid para que veáis que aquí todo es mantenimiento en el querer y mudanza en el holgar. Venid para que mostréis y renovéis la portentosa noticia del hombre nuestro de cada día, ya que con versos de Calderón:

es Madrid patria de todos,
pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros.

J. G. N.



la milana

(cuento)

por MIGUEL DELIBES



Ella, su hermana, no le soportaba y entonces Azarías regresaba al cortijo con los señoritos. Y su hermana no le soportaba porque ella aspiraba a que los muchachos aprendieran a leer y escribir y, esto, a Azarías se le antojaba un error:

—Luego no te sirven ni para finos ni para bastos —decía.

En el cortijo, donde los señoritos, era otra cosa. Allí nadie se preocupaba de si éste o el otro sabían leer y escribir, o si Azarías andaba de un lado a otro, los remendados pantalones por las corvas, rutando y con los pies descalzos. Por otra parte, si él marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le decían, anda donde su hermana, el señorito levantaba imperceptiblemente los hombros y no indagaba más, ni protestaba ni nada, y si volvía, lo mismo: le decían, regresó Azarías, señorito, y el señorito levantaba los hombros y en paz. Al señorito sólo le molestaba que Azarías dijera que tenía un año más que él porque en realidad Azarías ya era mozo cuando el señorito nació, pero Azarías ni se acordaba y si decía, a veces, que tenía un año más que el señorito, era porque el porquero se lo dijo una Nochevieja y se le quedó grabado así, en la sesera. Y si decía, en ocasiones, cuando le preguntaban, ¿qué tiempo tienes, Azarías?, pues, cabalmente un año más que el señorito, no era por mala voluntad y el señorito hacía mal en ofuscarse y llamarle pedazo de ignorante, ya que Azarías, a cambio de andar por el cortijo rutando y como masticando y con los pies descalzos, lustraba el automóvil del señorito y robaba los tapones de las válvulas de los automóviles de los

amigos del señorito para que al señorito no le faltaran el día que las cosas vinieran mal dadas. Por otro lado, Azarías cuidaba de los perros, del perdiguero y del setter y de los tres zorreros y si, de noche, aullaba desde la corralada el mastín del pastor y los perros del cortijo se alborotaban, él, Azarías, los aquietaba con buenas palabras y a dormir. Y con la amanecida, Azarías salía al patio, abría el portón y soltaba a los pavos en el encinar y luego rascaba la gallinaza de los aseladeros y, al concluir, pues a dar de comer a los perros y, luego, a asear el tabuco del buho y a acariciarle entre las orejas. Y por las noches, ya se sabía, Azarías, sentado en el tajuelo, junto a la lumbre, en el inmenso zaguán, desplumaba las perdices, o las pitorras, o las tórtolas, o las palomas, cobradas por el señorito durante la jornada. Y a veces, si eran muchas piezas, Azarías, robaba una, ocultándola bajo la americana de pana, para la Milana. Y el buho, cada vez que le visitaba, le enfocaba sus inmensos ojos amarillos como pidiendo piedad y castañeteaba con el pico, como encaprichado por algo, pero si castañeteaba, era por puro afecto, que a los demás, el señorito incluido, les bufaba como un gato y les sacaba las uñas. Pero a él, la Milana le guardaba afecto tal vez porque Azarías la llevaba a pasear y cada noche le servía una picaza desplumada, o un aguilucho, o una docena de gorriones cazados a liga en la charca, o vaya usted a saber. Y Azarías le decía al gran duque, Milana, bonita, y le acariciaba entre las orejas y le sonreía con las encías y, cuando la amarraba al canchal, para que el señorito, o la señorita, o los amigos del señorito, o las amigas de la señorita disparasen a las águilas rateras, desde el tollo Azarías le enrollaba en la pata un pedazo de franela roja para que la cadena no la lastimase. Y mientras el señorito, o la señorita, o los amigos del señorito, o las amigas de la señorita, permanecían en el tollo, él aguardaba tras el grueso tronco de un alcornoque, temblando como una hoja, los pantalones de pana a media pantorra y la boina calada hasta las orejas. Y aunque estaba un poco duro de oído sentía los estampidos de los disparos y, cada vez, se estremecía y cerraba los ojos y, al volverlos a abrir, miraba para el buho y al observarle erguido y orgulloso haciendo el escudo sobre el canchal se decía para sí, Milana, bonita, y sentía deseos de rascarle entre las orejas y cuando el señorito, o la señorita, o los amigos del señorito, o las amigas de la señorita, se cansaban de matar águilas rateras y abandonaban el tollo estirándose y desentumeciéndose como si salieran de la bocamina, él se aproximaba moviendo las mandíbulas, como si mascase algo, y la Milana, al verle, se implaba de satisfacción como un pavo real y Azarías decía, se portó bien, y la rascaba entre las orejas y, recogía los cadáveres de las águilas rateras y los prendía en la percha y colgaba, luego, ésta, de las vigas del zaguán. A la Milana la





desencadenaba con cuidado, desenrollaba el pedazo de franela roja y lo guardaba para otro día y a la Milana la depositaba en la jaula y se la echaba al hombro y marchaba para el cortijo sin aguardar al señorito, ni a la señorita, ni a los amigos del señorito, ni a las amigas de la señorita, que caminaban lentamente por el sendero, tras él, charlando y riendo de cualquier cosa. Y al anochecer, sentado en los guijos del patio, a la luz del aladino, desplumaba un águila ratera y se llegaba al ventano de la Milana y hacía ¡Uuuuuh! y el buho, entonces, se llegaba a la reja en un vuelo blando, en un vuelo como de algodón, y decía también, ¡Uuuuuh! y, luego, prendía al águila con su garra y la devoraba en un santiamén y Azarías la miraba comer con una sonrisa babeante y decía aterciopelando su voz cascada, Milana, bonita. Y si cruzaba por allí, de casualidad, la Lupe, la del porquero y le decía ¿qué tiempo tienes tú, Azarías?, pues él, un año más que el señorito, y la porquera, pero tú eres viejo y el señorito joven, y él, pues un año más que el señorito, y después, sin hacerle caso a la Lupe, se empinaba hacia la reja y decía: Milana, bonita. Y una vez que el gran duque concluía su festín, Azarías, se llegaba a la cochera y uno a uno iba quitando los tapones de las válvulas de los coches de los amigos del señorito y los llevaba a la caja, en la cuadra, y se ponía a contarlos, uno, dos, tres, cuatro, cinco . . y, al llegar a once, decía cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, y, al cabo, se encaminaba al corral, ya oscuro y silencioso, y se orinaba las manos para evitar que se le agrietaran.

A veces, Azarías se levantaba como entumecido, y entonces no rascaba los aseladeros, ni daba de comer a los perros, ni le limpiaba el tabuco a la Milana, sino que salía al campo y se tumbaba a la abrigada de los zahurdones, o entre la torvisca, y, si picaba el sol, a la sombra del madroño. Y si el porquero le decía, ¿qué pasa?, él, estoy con la perezosa, y así se pasaba el día, y si el señorito se arrimaba y le decía, ¿qué pasa, Azarías?, pues él, estoy con la perezosa, y el señorito, entonces, alzaba los hombros y le dejaba estar y él continuaba tumbado entre la torvisca, o al amparo del madroño, mascando salivilla y rutando imperceptiblemente, como un cachorro con ganas de mamar, pero no dormía sino que miraba la línea azul-verdosa de la sierra y los chozos de los pastores y el Cerro de las Corzas (del otro lado del cual estaba Portugal) y los canchales agazapados como tortugas gigantes, y el vuelo chillón y estirado de las grullas hacia el pantano, y las encinas y la jara y la montera y las churras merodeando con sus crías. Y si llegaba el pastor y le decía, ¿qué pasa?, él, estoy con la perezosa, y así seguía hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre en la corralada o tras un canchal. Al concluir, le iban volviendo poco a poco las energías y su primera reacción era llegarse donde el buho y decirle a través de la reja, Milana, bonita, y el buho venga de esponjarse y él le echaba una picaza, o un aguilucho y, luego, marchaba a la cuadra y se ponía a contar los tapones de válvula de la caja y decía uno, dos, tres, cuatro, cinco y, al llegar a once, decía cuarenta y tres, y, al terminar, se quedaba un largo rato parado moviendo las mandíbulas.

De tiempo en tiempo, Azarías resolvía, de repente, me largo donde mi hermana, y salía de la cuadra y se encaraba al señorito y le decía, me largo donde mi hermana, y el señorito alzaba los hombros y bueno, y Azarías marchaba donde su hermana, y ella, ¿otra vez?, y él, ¿y los muchachos?, y ella, en la escuela, y él, Azarías, luego no te han de servir ni para finos ni para bastos, y ella, no te pregunté tu opinión. Y así que caía la noche, Azarías se azorraba mirando para el fuego y masticando la nada y, de repente, decía, mañana me voy donde el señorito, y su hermana ni le miraba, y antes de amanecer ya andaba de camino y, al llegar, tan pronto sentía chirriar el cerrojo empezaba, Milana, bonita; Milana, bonita, y a la Lupe, la porquera, ni los buenos días. Y el señorito, a lo mejor, andaba de caza o descansando, pero tan pronto aparecía en el zaguán, la Lupe, dale, Azarías regresó esta mañana, y el señorito, está bien, pero ya sentía a Azarías rascando los aseladeros o baldeando el tabuco del gran duque y arrastrando la herrada de un sitio a otro.

En llegando la primavera, Azarías se transformaba y le venía a los labios como una sonrisa inerte y bobalicona, y en lugar de contar los tapones de las válvulas, después de cenar, agarraba al gran duque, abría el portón y salía al encinar. Y el enorme pájaro posado sobre su hombro atisbaba los alrededores y, de cuando en cuando, levantaba un vuelo blando y silencioso y regresaba con una rata entre las uñas, o con una chova, o con un pinzón, y allí mismo, junto a Azarías, devoraba su presa en tanto él le rascaba entre las orejas y musitaba, Milana, bonita, y de la Sierra bajaba el ladrido seco y triste del zorro en celo, o el mujido cortado de la zorra avisando a los cachorros del peligro, o el bramido de los venados del coto de Santa Angela, encelados también. Pero el gran duque regresaba siempre a su lado y si él le decía, Milana, bonita, la zorra anda en celo, el buho le enfocaba un momento sus redondos, patéticos, ojazos amarillos, movía levemente las orejas y tornaba a comer. Antaño, Azarías oía también ulular a los lobos tristemente pero de que llegaron los hombres de la luz e instalaron los postes del tendido eléctrico y luego los del teléfono, Azarías ya no les volvió a sentir. De vez en cuando, el silencio de la noche se quebraba con el grito del cárabo, y el buho en esos casos, erguía la enorme cabeza, y empinaba las orejas y Azarías venga de reir sordamente, sin ruido, con las encías, y decía ¿te asustas? Mañana salgo a correr el cárabo.



Y salía, tan pronto caía el crepúsculo, sierra adelante, abriéndose paso entre la jara florecida y los tamujos y la montera, porque el cárabo ejercía sobre él extraña fascinación, una especie de atracción frenada por el pánico, y, al detenerse, en medio de la maleza, sentía los rudos golpes de su corazón y aguardaba un rato a tomar aliento y, al cabo, chillaba, ¡eh, eh!, y esperaba, y la luna salía tras una nube e imprimía al paisaje una irreal y misteriosa transparencia, y él, un tanto acobardado, repetía, ¡eh, eh!, y, de pronto, veinte metros más atrás, desde la encina más próxima, le llegaba el espeluznante aullido, ¡buhú!, ¡buhú!, y entonces Azarías rompía a correr enloquecido, abriéndose paso entre la maraña, arañándose el rostro con los robles y las madroñeras. Y tras él volaba, blandamente, el cárabo, de encina en encina, aullando, y, al concluir cada aullido, soltaba su carcajada estridente, y cada vez que reía, a Azarías se le dilataban los ojos y se le erizaba la piel y pensaba en la Milana y apremiaba aún más el paso y el cárabo, a sus espaldas, volvía a aullar y tornaba a reir mientras Azarías corría y corría, caía y se levantaba, jadeaba, sin volver jamás la cabeza.

Al llegar a la Dehesa, la Lupe, la porquera, ¿de donde vienes si puede saberse?, y él sonreía como un chiquillo atrapado en falta y decía, de correr el cárabo, y ella, vaya juegos, te has puesto como un Santo Cristo, y él, en la cuadra, se restañaba la sangre de los rasguños y permanecía un rato quieto oyendo su propia acongojada respiración y sonriendo al vacío y babeando y, luego, cuando le echaba de comer a la Milana, le decía, anduve corriendo el cárabo, y la Milana erguía las orejas y tableaba con el pico y mostraba los uñas, y él, Milana, bonita, buena carrera le dí, y se ponía a reir sintiéndose protegido por los muros del cortijo.

Y una noche, así que llegó a los barrotes del tabuco, y dijo Uuuuh, la Milana no acudió y dijo Azarías otra vez Uuuuuh, y la Milana como si no, y Azarías repitió Uuuuuh, por tercera vez, y dentro ni un ruido, y fue él, y abrió la puerta y prendió al aladino y el buho estaba como engurruñado en un rincón y Azarías le mostró el cuervo desplumado, y el buho ni ademán, y Azarías lo penduleó a unos centímetros de su pico, pero el buho ni ademán, y, entonces, Azarías dejó el cuervo en el suelo y se sentó junto al buho, y le arrimó a su calor y le rascó entre las orejas y le dijo varias veces, Milana, bonita. Luego salió al patio y se llegó al zaguán y preguntó por el señorito y, de que el señorito apareció, pues el pájaro está enfermo, tiene calentura, y el señorito, es viejo ya; pediré un pollo nuevo, y él, pero es la Milana, señorito, y el señorito, que lo mismo da uno que otro, y él ¿quiere el señorito que llame al mago del Almendral?, y el señorito, ¿al mago?, y una carcajada, como el cárabo, y al Azarías se le puso la carne de gallina y le dijo, señorito, por sus muertos, no se ría así, y, el señorito, otra carcajada como el cárabo, y cada vez más fuerte, y, a sus risas, llegaron la señorita, y la Lupe, y el porquero, y las muchachas de los pastores y, todos en el zaguán, riendo a carcajadas, como cárabos, y la Lupe, pues no está llorando el zascandil de él por ese pájaro asqueroso, y Azarías, la Milana tiene calentura y el señorito no quiere que llame al mago del Almendral, y venga otra carcajada, hasta que, finalmente, Azarías les dejó, salió al patio y se orinó las manos y, luego, entró en la cuadra y se puso a contar los tapones de las válvulas uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, cuarenta y tres, y cuarenta y cuatro... Y así que se anunció el día se arrimó a la reja del tabuco e hizo Uuuuh, pero nada, y repitió Uuuuuh, hasta tres veces, pero nada, y entonces abrió la puerta y el gran duque estaba en el mismo rincón donde lo dejó engurruñado la noche antes, pero caído y rígido y Azarías lo tomó, se abrió la chaqueta y la cruzó sobre el pájaro y decía, Milana, bonita, pero la Milana ni abría los ojos ni nada, y él descorrió el cerrojo del portón y, a los chirridos vino la Lupe, la del porquero, y, ¿dónde vas?, y Azarías, me largo donde mi hermana, y salió y, a paso rápido atravesó el encinar, y el monte bajo y, finalmente, la vaguada, sin dejar de oprimir el pájaro contra su pecho, y su hermana, así que le puso la vista encima, ¿otra vez? y él, ¿y los muchachos?, y ella, a la escuela, y él, ¿no hay nadie en casa?, y ella, tan sólo el chiquilín. Y de pronto reparó en el bulto que arropaba Azarías y, sin más, le abrió la chaqueta y el cadáver del pajarraco cayó sobre los baldosines y ella dio un grito histérico y, ya estás sacando de casa esa carroña, me oyes, y Azarías, obedientemente, le recogió y, entonces, apareció el chiquilín y dijo, ¿está muerto?, y Azarías asintió con la cabeza, y salió con el niño detrás, y tomó la azada, y el niño, ¿vamos a hacer el entierro?, y Azarías asintió sin palabras, y al pie de un alcornoque cavó una hoya, y luego, miró para el niño que abría unos ojos patéticos, vaciló, y, finalmente se desabrochó la chaqueta y con una mano temblona depositó a la Milana en el hoyo. Y el niño le miraba hacer, le miraba amontonar la tierra húmeda junto al alcornoque, hasta que, al fin, Azarías se apoyó sobre el mango de la azada y quedó como en trance. Y el niño le miraba a su tío los pies descalzos, y el remendado pantalón en las corvas, y la chaqueta pringosa con dos plumas de la Milana en la solapa, y los ojos entrecerrados, y la boina capona hundida hasta las cejas, y, así que concluyó de mirarle, dijo, ¿ya está el entierro?, y Azarías se volvió a él y al advertir su redonda mirada de asombro dijo, se le parece a ella, y se sentó junto a la tierra removida, tomó al niño, le apretó contra él y decía, Milana, bonita, y le rascaba insistentemente con el dedo índice los pelos del colodrillo mientras el chiquilín, inmóvil, se dejaba hacer.—M. D.



motivo de ángeles

(CUENTO)

por
ORLANDO FERRER

Eran campesinos ricos. El padre había heredado una finca, y, a fuerza de dura labor, la había llevado a su máxima producción, comprando más tarde tierras limítrofes. Era uno de los terratenientes mayores de la región. Tenía seis hijos, y entre ellos una sola hembra, María, la menor. Allí todo el mundo trabajaba, inclinados sobre la tierra fecunda. El padre, siempre activo y ordeñando la tierra como a una vaca



hasta la última gota, murió de un ataque al corazón. Los hijos ya eran hombres, y la hija María toda una mujer. El padre siempre tuvo especial afición por el cuarto hijo, Juan. Esto acaecía en la América tropical, de ganadería, de interminables cañaverales y de lejanos palmares que se alineaban como un ejército. Juan era vigoroso como sus hermanos. A veces desertaba del trabajo, no por holgazanería, y se aislaba, Sus hermanos le dejaban hacer su voluntad. Lo creían un lunático, un raro. Su madre le defendía contra las críticas; y el hermano mayor no permitía burlas, pues Juan, el apacible, era temible en su furor.

Los hermanos estaban ya casados o comprometidos. María no se decidía a elegir entre el número de sus pretendientes. Juan era campechano con sus hermanos, a pesar de su extravagancia. Las copas y las parrandas no le atraían. Gran parte de sus horas las dedicaba a la lectura de libros sobre religión; y como piedra fundamental, la Biblia.

Entre los campesinos cundió la especie de que Juan veía a los ángeles. Unos eran escépticos, otros lo creían. Efectivamente, Juan veía ángeles, y a pocas personas les hablaba de ello. El los veía, sobre todo cuando estaba aislado; y aún en sociedad veía pasar un ángel fugaz. Las gentes le preguntaban cómo eran los ángeles; y él los describía como de cristal, de tonalidades azules color de cielo, o rosados color de aurora, o de un áureo evanescente, tocando a rayos de sol; pero que había otros de matices en sus alas que la palabra jamás podría describir. Veía a los ángeles volar con lentitud, o arremolinarse, o subir y bajar mayestáticamente, y desaparecer. Algún oyente estableció un paralelo entre los ángeles y los platillos volantes. Juan sonreía ante semejante disparate.

Juan leía mucho, siempre leía, complaciéndose en la soledad; caminaba bajo los árboles o en la pradera. A veces subía montañas, o se iba a la orilla del mar. Los hermanos pensaban que esa manía se le pudiera quitar si se casase. Le presentaron varias campesinas ricas, pulidas en colegios de monjas. Juan las trató y estudió, y al final decía: «No me caso con ninguna porque no tienen alas.»

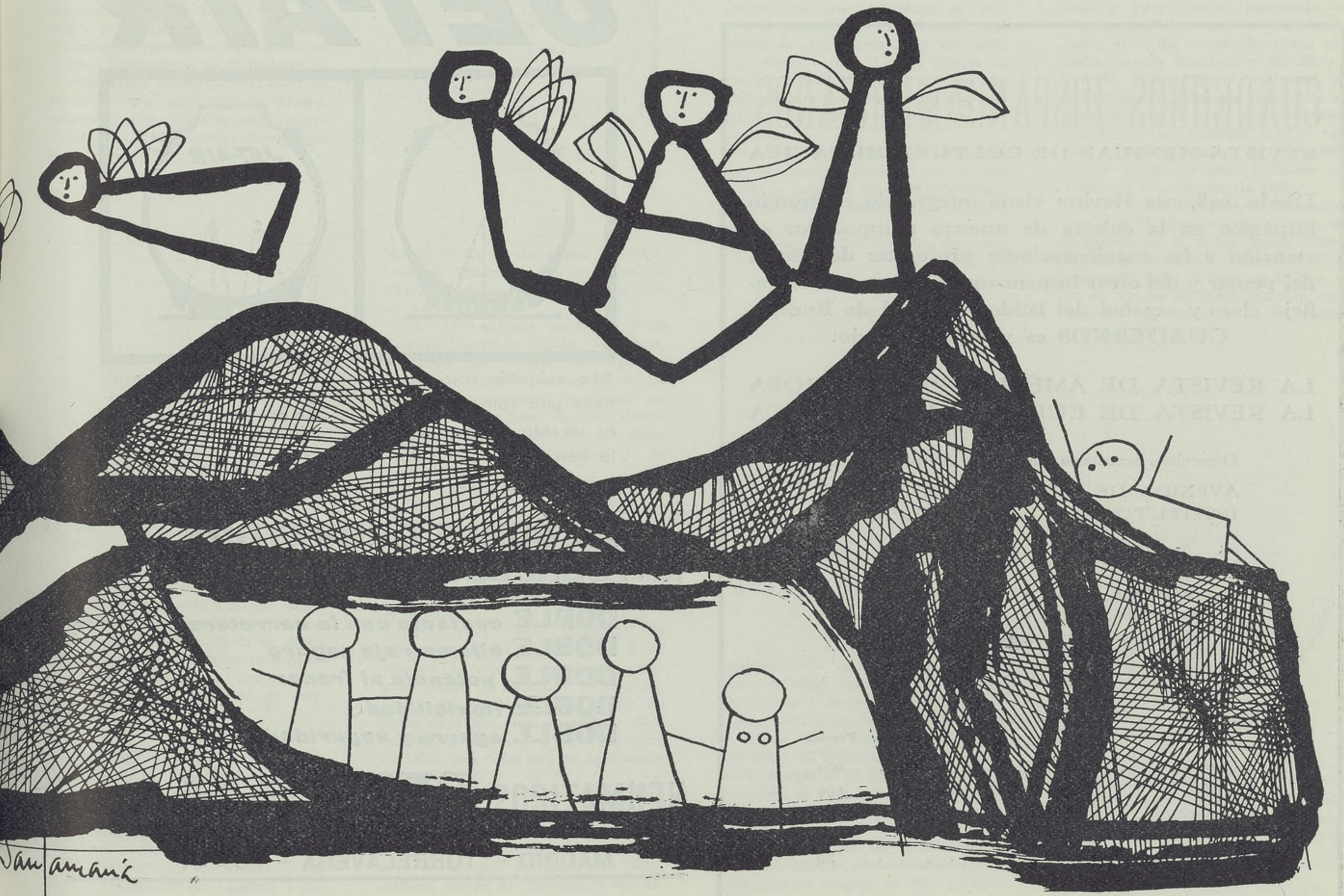
La familia madrugaba e iba al pueblo cercano los domingos para asistir a misa. Se confesaba. La madre de Juan, impresionada por las visiones de su hijo, le preguntó al cura que qué pensaba de esas visiones, pues ya las gentes comenzaban a comentar; a lo cual contestó el cura: «Que le dejen tranquilo, que mejor es ver a los ángeles que a Satanás.»

Mientras tanto, Juan continuaba sus experiencias celestiales. Aquella oración que al acostarse, de niño, su madre le hacía decir: «Cuatro pilares tiene mi cama, cuatro ángeles que me la guardan...» le había penetrado hondamente. Y ya adulto los ángeles no le olvidaban, le protegían. Los veía constantemente, pero siempre en las alturas. Hubiese querido dialogar con ellos. Un día se le ocurrió subir a una ríspida montaña que desde niño veía. Estaba lejos de la finca y era azul, de toda azuldad. Anduvo, anduvo, anduvo, noche y día. A medida que caminaba, la montaña se alejaba más. Anduvo, anduvo, anduvo, y por fin llegó a la sima de la montaña; pero aún era necesario escalar la cima. La ascensión era peligrosa. Tenía que abrirse paso entre la jungla enmarañada y hostil.

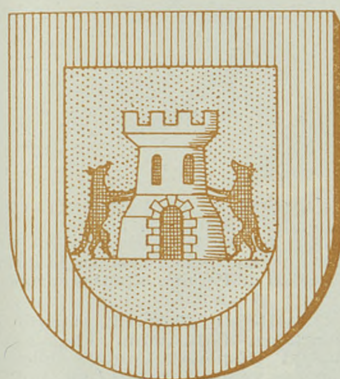
Machete en mano se abría camino. Los pájaros revoloteaban sobre su cabeza y las alimañas huían. Tenía que defenderse de los matorrales agresivos. Por fin llegó a un paraje llano en donde comenzaba la difícil ascensión. Ante él se levantaba la roca desafiadora, vertical. En algunos lugares esa roca era pulimentada, como de acero, sin posible camino ni asidero. Tal pareciese que las montañas guardaran ferozmente la virginidad de su cúspide. Juan rodeaba la montaña, buscando en donde poner el pie sin resbalar. Iba animado por su voluntad de conquistar la cima, y allí encontrar a los ángeles y dialogar con ellos. Subía, subía a gatas, con una energía nueva, y como si la roca y él hubiesen fraternizado. ¡Arriba!, ¡arriba!, oía que le decían los ángeles. Continuaba ascendiendo como un autómata. De repente dio un resbalón, y su cuerpo, como un fardo, descendió hasta el abismo.

No se supo más de él. Pero el viajero que pasa cerca de la montaña, ve que ángeles con alas de cristal, bajan y suben, bajan y suben sobre el abismo.

María, que admiraba a Juan, se dio a rezar todos los días por su salvación. Por fin se metió monja.



Heráldica



RODOLFO A. BASUALDO. *Mendoza (República Argentina).*—Basualdo es vasco, del lugar de su nombre, anteiglesia de Santiago, ayuntamiento de Zaya, partido judicial de Valmaseda (Vizcaya). Don Pedro Basualdo y su hijo don Cosme, vecinos de Sopuerta, probaron su nobleza en la Real Chancillería de Valladolid en el año 1739. Traen por armas: *en campo de oro, una torre de piedra, almenada, y dos lobos de sable (negro) empinados a sus muros; bordura de gules (rojo).*



L. LASCORZ. *Buenos Aires (República Argentina).*—Es Lascorz linaje aragonés, de las montañas de Huesca. En el Archivo municipal de dicha capital aragonesa se encuentran pruebas de su nobleza. Usan por escudo: *en campo de oro, una cruz de sable (negro).*

JUAN DE ALBIZU. *Bilbao.*—Los Olano, oriundos de Guipúzcoa, fundaron casa en Ceánuri (Vizcaya). Es la genealogía de esta rama:

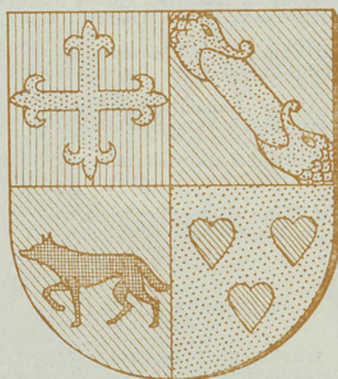
I. Don Juan de Olano y Clavetero, casó con doña María de Arana.

II. Don Pedro de Olano y de Arana, bautizado en Ceánuri (Vizcaya) (Santa María) el 7 de septiembre de 1609, casó con doña María de Mendía y de Alzusta.

III. Don Pedro de Olano y de Mendía, bautizado en Ceánuri (Santa María) el 7 de julio de 1642, casó con doña María Martín de Arreguía y Cóttazar.

IV. Don Domingo de Olano y Martín de Arreguía, bautizado en Ceánuri (Santa María) el 21 de noviembre de 1679, casó allí, el 24 de enero de 1705, con doña María de Iraurgui y de Urízar.

V. Don Manuel de Olano y de Iraurgui, bautizado en Ceánuri (Santa



María) el 24 de diciembre de 1707, casó en Villaro, el 18 de enero de 1740, con doña María de Goyoaga y de Albizu.

VI. Don Andrés de Olano y de Goyoaga, primer regidor capitular, diputado del común del ayuntamiento de Guerricaiz, mayordomo de su iglesia parroquial, bautizado en Villaro el 28 de junio de 1749, donde casó, el 3 de junio de 1769, con doña María Bautista de Albizu y de Aquesolo.

VII. Don Domingo de Olano y de Albizu, alcalde de Guerricaiz y apoderado de las Juntas Generales de Guernica, bautizado en Villaro el 13 de febrero de 1770, casó en Guerricaiz, el 6 de junio de 1792, con doña María Antonia de Anitúa y Mendieta.

VIII. Don José Domingo de Olano y de Anitúa (hermano de doble vínculo de don Juan Narciso, que ganó pleito de hidalguía en Bilbao), bautizado en Guerricaiz el 19 de junio de 1796, casó en Bilbao (San Nicolás de Bari), el 1 de septiembre de 1825, con doña Isidora de Iriondo y de Otalosa.

IX. Don José Antonio de Olano y de Oriondo, bautizado en Bilbao (San Nicolás de Bari) el 23 de junio de 1826, casó allí (Santos Juanes), el 7 de octubre de 1849, con doña Juliana Juana de Loyzaga y de Aldama.

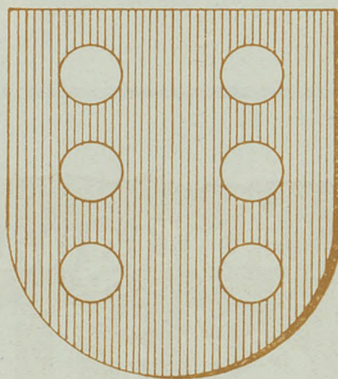
X. Don José Enrique de Olano y de Loyzaga, I Conde Figols en 1909, caballero gran cruz de la Orden de San Gregorio el Magno y de la Corona de Italia, comendador de la Orden de Isabel la Católica, senador del Reino, diputado a Cortes, presidente de la Diputación de Barcelona, nacido en Liverpool (Inglaterra) en 1858 y fallecido en Barcelona el 3 de diciembre de 1934, casó en Bilbao (San Nicolás de Bari), el 24 de febrero de 1892, con doña Natalia de Barandiarán y de la Bárcena, dama noble de la Orden de María Luisa.

XI. Don José Eduardo de Olano y de Barandiarán, II Conde de Figols, bautizado en Barcelona el 22 de junio de 1903, donde casó, el 2 de noviembre de 1932, con doña Mercedes de Fontcuberta y de Casanova.

Traen por armas los Olano: *escudo cuartelado: 1.º, en campo de gules (rojo), una cruz floreteada de oro; 2.º, en campo de sinople (verde), una banda de oro, engolada en dragantes del mismo metal; 3.º, en campo de sinople (verde), un lobo pasante, al natural, y 4.º, en campo de oro, tres panelas de sinople (verde), bien ordenadas.*

La rama del apellido de la Bárcena de esta misma familia, por la que usted se interesa, tuvo casa en Santa Cruz de Bezana (Santander). Genealogía:

1. Don Pedro de la Bárcena,



empadronado como hidalgo en Bezana en 1662, casó con doña Marta de la Sota y de la Bárcena.

II. Don Sebastián de la Bárcena y de la Sota, empadronado como hijodalgo en Bezana en 1702, donde había nacido el 23 de enero de 1672 y casado, el 2 de marzo de 1699, con doña María Ruiz del Castillo y de la Bárcena.

III. Don Juan de la Bárcena y Ruiz del Castillo, empadronado como hijodalgo en Bezana en 1737 y 1774, bautizado allí el 14 de febrero de 1701, donde casó, el 19 de marzo de 1727, con doña Francisca de Sobaler y de la Haya.

IV. Don Manuel de la Bárcena y de Sobaler, empadronado como hijodalgo en Bezana en 1769, donde había sido bautizado el 25 de agosto de 1742, y casado, el 10 de enero de 1764, con doña María de Bolado y de Peredo.

V. Don Manuel de la Bárcena y de Bolado, empadronado como hijodalgo en Bezana en 1816, allí bautizado el 28 de octubre de 1764, y casado, el 4 de mayo de 1783, con doña Manuela de la Bárcena y Ruiz.

VI. Don Benito de la Bárcena y de la Bárcena, empadronado en Bezana como hijodalgo en 1816, donde fue bautizado el 21 de marzo de 1786; casado en Villapresente, el 17 de noviembre de 1810, con doña Teresa Pérez-Cuesta y Díez.

VII. Don Francisco de la Bárcena y Pérez-Cuesta, bautizado en Vegilla el 13 de enero de 1818, donde casó, el 2 de marzo de 1840, con doña Natalia Martínez y Sánchez.

VIII. Doña María Asunción de la Bárcena y Martínez, bautizada en Villapresente el 8 de abril de 1842, casada en La Habana (Cuba) con don Eduardo Adrián de Barandiarán y de la Tejada. Fallecida en Bilbao el 4 de febrero de 1880.

IX. Doña Natalia de Barandiarán y de la Bárcena, dama noble de la Orden de la Reina María Luisa, bautizada en Castro Urdiales el 12 de agosto de 1865; casada en Bilbao, el 24 de febrero de 1892, con don José Enrique de Olano y de Loyzaga, I Conde de Figols.



JUAN FILABERTE. *Caracas (Venezuela).*—Juan del Corral, en su *Nobiliario* señala las siguientes armas para el apellido Filaberte: *en campo de gules (rojo), un león rampante de plata.*

Julio de Atienza,
BARÓN DE COBOS DE BELCHITE



estafeta

En atención a las múltiples cartas que recibimos con destino a esta Sección de Estafeta nos vemos obligados, para no demorar excesivamente la publicación de los avisos, a reducir, en lo sucesivo, los textos de nuestros anunciantes, consignando exclusivamente sus nombres y direcciones.

Advertimos asimismo a nuestros lectores que, si desean una mayor amplitud de estos anuncios, consignando alguna particularidad sobre la clase de correspondencia que desean mantener o quieren que la publicación de los mismos sea con carácter preferente, deberán abonar a razón de dos pesetas por palabra, que habrán de remitir a la Administración de MUNDO HISPÁNICO en sellos de Correos, los anunciantes españoles, y en Cupones Response International, que les podrán facilitar en cualquier estafeta de Correos, los de los demás países.

Agradeceremos a los lectores que se sirven de estas direcciones que citen ciempre, al iniciar su correspondencia, a la revista MUNDO HISPÁNICO.

Señorita L. MATTIOLI. 14 Stoppani. Brescia (Italia). Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos de todo el mundo para practicarlo e iniciar canje de sellos y postales.

M.ª C. V. Apartado 23.017. Madrid (España). Señorita española de honorable familia, de veintinueve años, desea correspondencia con caballero de buena moral, alemán preferentemente.

MARIE FRANCOISE GUILHERM. 23 Avenue Alphonse Mas. Bezieres—Hérault— (Francia). Desea correspondencia con chicos y chicas de Sudamérica, principalmente de Perú, Ecuador, Chile, Colombia y Bolivia, para intercambio de ideas, discos, libros, etc.

TEDDY SENATORE Casella postale Sala Consilina. Salerno (Italia). Escritor y poeta italiano desea correspondencia cultural con jóvenes de todo el mundo para fundar una República ideal de los jóvenes.

Mr. D. COOK 17 Lyndhurst Road. Wood Green, London. N. 22 (England). Joven de veintidós años, desea permanecer el mes de agosto en España para practicar español y desearía dar clases de inglés en ese periodo.

M.ª ARMINDA GOIANA LEAL Praça Antonio Ferraz, 660. Floresta. Pernambuco (Brasil). Desea correspondencia con jóvenes de distintas partes del mundo en español, portugués y francés.

VALERIO PORTA MACIA. Sanatorio de Viana de Cega. Valladolid (España) Desea le escriban chicas de España e Hispanoamérica para hacer más llevadera su enfermedad.

CARMEN MENA SUAREZ y SERGIO ALFREDO GODOY M. Las Malvas, 382. Apoquindo. Santiago (Chile). Desean correspondencia con personas de ambos sexos con fines culturales.

Señorita LOREN. Avda. de Francisco Goya, 13, 3.º Zaragoza (España). Señorita española, desea correspondencia con muchachos portugueses o brasileños de veinticinco a treinta años.

MEYSIE ARAUZ LUGO. Matagalpa (Nicaragua). América central. Desea correspondencia e intercambio de postales, revistas, etc., con jóvenes de cualquier parte del mundo.

MARIANO SERRANO CHAMORRO y JUAN MANUEL MARTINEZ CORTES. Sanatorio El Tomillar. Dos Hermanas. Sevilla (España). Deseamos nos escriban chicas para madrinas de reposo.

ANTONIO MEIRELES COELHO. Soldado 30/61 S. P. M. 1.028 (Portugal). Desea correspondencia en portugués, francés o español con chicas de estos países.

M.ª del Pilar Lillo y *Matilde Pérez*. Ponzano, 76. Madrid-3 (España).

Conchita Rueda. Poblado dirigido de Orcasitas, Bloque 6, núm. 22. Madrid-19 (España).

M.ª Teresa Arias. Carrera 24 B, número 42-69 Sur. Bogotá (Colombia).

Mlle. Annie Trincal. Route Nationale. Massiac. Cantal (Francia).

Miss Kay Adamson. 6 Oatlands Drive. Weybrige. Surrey (England).

Carl Jansson. Box 1560. Boras (5) (Suecia).

Vijay S. Barthiae. House núm. 307. Bagh Kara Khan. Delhi-6 (India).

Richard Gay. Mascanada, 6. San Feliu de Guixols. Gerona (España).

Alicia Lamenti. Carrera 18, número 20-37 Sur. Bogotá (Colombia).

Pamela E. Barnett (miss). 43 Southal Ave. Brighton, 7. Sussex (England).

Liliane Vets. Terlinchstraal, 100. Berchem-Anvers (Bélgica).

BUZON FILATELICO

RAFAEL LLERENA MENDEZ. Calzada de Guanabacoa, 68. Reparto Vista Alegre. Cotorro. La Habana (Cuba). Desea correspondencia con lectores de MUNDO HISPÁNICO para intercambiar sellos de Cuba nuevos y usados a cambio de anillas de cigarros o vitolas. Envíos previo acuerdo.

EMILIO MENA DE PERALTA. Gran Vía, 18. Salamanca (España). Desea intercambio de sellos de Correos con personas de todo el mundo.

CARLOS LOPEZ RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid-15 (España). Envíe 50-100 sellos de Filipinas o Venezuela y recibirá la misma cantidad de España o países europeos.

DOMINGO IBAÑEZ. Barrio de Moratalaz, Casa núm. 428, 2.º C. Madrid (España). Cambia sellos de España y otros países por universales. Máxima seriedad.

M. EMILIO BETANCUR G. Calle Caracas, 50A-13, Ap.º 501. Medellín (Colombia). Intercambia sellos de arte, flores y fauna.

GARQUI. Apartado 73. Mataró. Barcelona (España). Vendo sellos de España y Provincias africanas, haciendo descuentos sobre los precios de catálogos españoles.

FRANCISCO BOTELLA RAMIREZ. Mayor, 28. Orihuela. Alicante (España). Solicita intercambio de sellos de todo el mundo a cambio de españoles.

OPORTUNIDADES COMERCIALES

EMILIA RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid-15 (España). Vende colección completa de MUNDO HISPÁNICO. Quince tomos encuadernados en tela con títulos dorados en lomo y portada. Contiene 27 números agotados, 9 extraordinarios fuera de serie e índices.